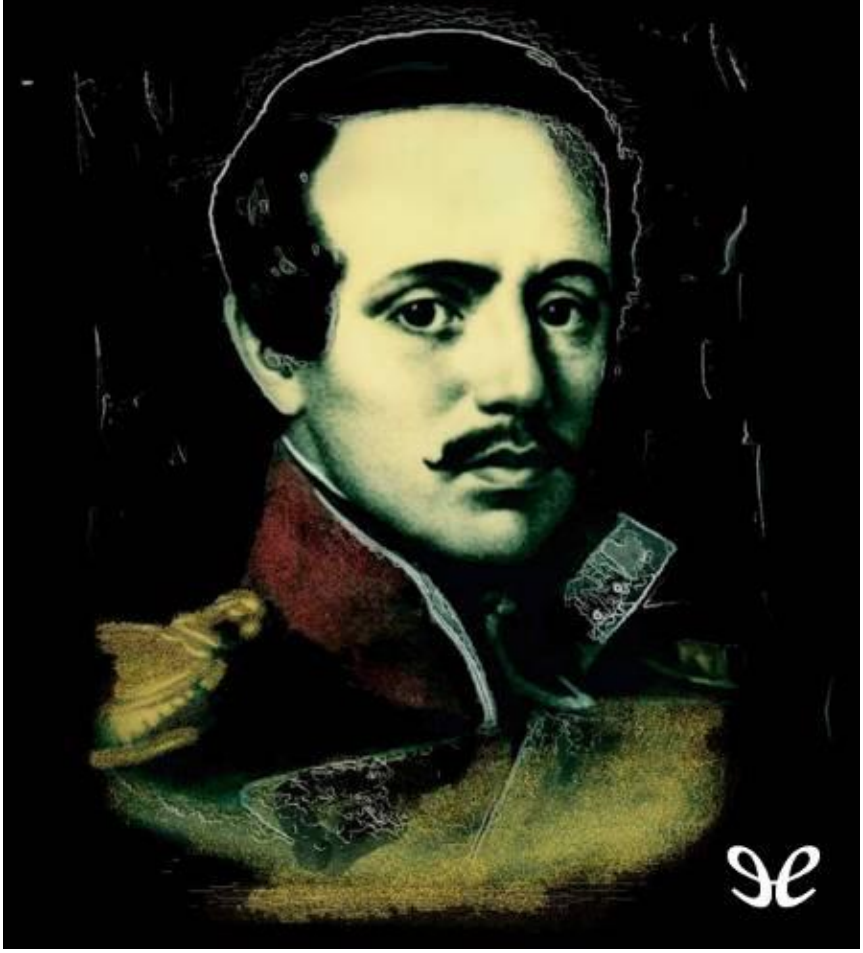
Mijaíl Y. Lérmontov

Un héroe de nuestro tiempo

Prólogo de Vladimir Nabokov



Un héroe de nuestro tiempo, título fundamental para entender el paso del Romanticismo al Realismo en la literatura rusa, se compone de cinco relatos conectados por una estructura narrativa espiral centrada en un único protagonista, Pechorin, un joven oficial ruso desilusionado de la vida y del género humano, que describe su propia alma como medio muerta y la felicidad como la capacidad de tener poder sobre los demás.

Nabokov en su prólogo da una lección magistral de literatura rusa. En algún momento señala: «Las cinco historias van creciendo, girando, revelando y enmascarando sus contornos, alejándose y reapareciendo con una nueva perspectiva o luz como cinco cimas montañosas que acompañarán a un viajero por los meandros de un cañón del Cáucaso».

Lérmontov, al igual que otros grandes autores rusos como Pushkin (*El prisionero del Cáucaso*) y Tolstói (*Hadyi Murat, Los cosacos*) rinde homenaje literario a las irreductibles gentes de las montañas que nunca se sometieron a la dominación rusa, que protagonizaron rebelión tras rebelión y que llegaron a compartir con sus más acérrimos enemigos, los cosacos que protegían las fronteras del imperio zarista, un cierto respeto compatible con el odio.

Mijaíl Y. Lérmontov

Un héroe de nuestro tiempo

Título original: *Gerói náshego vrémeni*

Mijaíl Y. Lérmontov, 1839

Traducción: Luis Abollado Vargas

Editor digital: eKionh

PRÓLOGO DE VLADIMIR NABOKOV

1

En 1841, pocos meses antes de su muerte (en un duelo a pistola con otro oficial a los pies del monte Mashuk, en el Cáucaso), Mijaíl Lérmontov (1814-41) compuso este profético poema:

En una cañada de Daguestán, al calor lunar,

con plomo en el pecho, inmóvil yo yacía;

la profunda herida todavía humeaba

y gota a gota la sangre se me escurría.

Solo, yo yacía en el fondo de la cañada;

los riscos se agolpaban en los salientes;

el sol me abrasaba y abrasaba sus cimas pardas.

Pero yo dormía con el sueño de la muerte.

Y en el sueño divisaba una fiesta de noche

que con luces brillantes relucía en mi país;

entre las damitas coronadas de flores

la alegre charla versaba sobre mí.

Pero una que no participaba en la charla

se apartaba perdida en sus pensamientos,

con su joven alma inmersa ¡Dios sabrá

cómo!, en la melancolía de un sueño.

Ella soñaba con una cañada de Daguestán;

en la cañada el cadáver de un amigo yacía;

en su pecho, la herida humeante y ennegrecida

y un hilo de sangre enfriándose cada vez más.

Esta notable composición (que en la versión original está escrita en pentámetros yámbicos con rimas masculinas y femeninas alternándose) podría titularse «El triple sueño».

Hay un soñador inicial (Lérmontov o, más exactamente, su personificación poética) que sueña que está agonizando en un valle del Cáucaso oriental. Este es el primer sueño, que sueña el primer soñador.

El individuo fatalmente herido (segundo soñador) sueña a su vez con una joven que está en una fiesta de San Petersburgo o Moscú. Es el segundo soñador dentro del primer sueño.

La joven que asiste a la fiesta ve en sus pensamientos al segundo soñador (que muere en el curso del poema) en el paisaje del remoto Daguestán. Este es el tercer sueño, incluido dentro del segundo sueño, qué está incluido en el primer sueño; de esta forma, mediante una espiral, retrocedemos a la primera estrofa.

Las circunvoluciones de estas cinco estrofas tienen una cierta afinidad estructural con el entrelazado de las cinco historias que componen la novela de Lérmontov *Un héroe de nuestro tiempo* (*Geroi Nashego Vremeni*).

En los dos primeros relatos, «Bela» y «Maxim Maxímich», Lérmontov o, más exactamente, su personificación narrativa, un viajero curioso, cuenta el viaje que hizo por el camino militar de Georgia (*Voemo-gruzinskaya doroga*), en el Cáucaso, alrededor de 1837. Este es el primer narrador.

Yendo desde Tiflis hacia el Norte conoce a un veterano del ejército, Maxim

Maxímich. Viajan juntos durante cierto tiempo y Maxim Maxímich habla al primer narrador de un tal Gregori Pechorin, quien cinco años antes, en la tierra de los chechenos, al Norte de Daguestán, raptó a una joven circasiana. Maxim Maxímich es el segundo narrador y su historia es «Bela».

En una segunda coincidencia en el camino (en «Maxim Maxímich»), el primer narrador y el segundo narrador encuentran a Pechorin en persona. A partir de este momento Pechorin, cuyo diario publica el primer narrador, se convierte en el tercer narrador, pues las tres historias restantes han sido póstumamente extraídas de su diario.

El buen lector apreciará que la argucia estructural consiste en ir acercando a Pechorin gradual y progresivamente hasta concederle la palabra; pero para entonces ya ha muerto. En la primera historia, Pechorin está doblemente alejado del lector, puesto que su personalidad es descrita por Maxim Maxímich, cuyas palabras nos son transmitidas por el primer narrador. En la segunda historia, la personalidad del segundo narrador ya no se interpone entre Pechorin y el primer narrador, que por fin ve al héroe personalmente. En realidad, Maxim Maxímich desea apasionadamente poner al auténtico Pechorin en el primer plano de su relato. Y por último, en las tres historias finales, tanto el primero como el segundo narrador se retiran y el lector se encuentra cara a cara con Pechorin, el tercer narrador.

Esta estructura espiral tiene la culpa de cierta confusión cronológica que presenta la novela. Las cinco historias van creciendo, girando, revelando y enmascarando sus contornos, alejándose y reapareciendo con una nueva perspectiva o luz como cinco cimas montañosas que acompañarán a un viajero por los meandros de un cañón del Cáucaso. El viajero es Lérmontov, no Pechorin. Las cinco narraciones se suceden en la novela según el orden en que los acontecimientos llegan a oídos del primer narrador; pero el orden cronológico es distinto, viniendo a ser algo así:

1. Alrededor de 1830 un oficial del ejército, Gregori Pechorin (el tercer narrador), yendo de San Petersburgo al Cáucaso, adonde ha sido enviado con cierta misión militar a un destacamento de servicio activo, casualmente queda empantanado en la aldea Tamán (un puerto de la costa noreste de Crimea). La aventura que allí vive constituye el argumento de «Tamán», la tercera historia del libro.

2. Después de cierto tiempo de servicio activo en escaramuzas con las tribus de las montañas, Pechorin llega el 10 de mayo de 1832 a Piatigorsk, un balneario del

Cáucaso, para una temporada de reposo. En Piatigorsk y en Kislovodsk, un lugar de veraneo cercano, toma parte en una serie de sucesos dramáticos que le conducen a matar en duelo a un compañero de armas el 17 de junio. Estos hechos los relata Pechorin en la cuarta historia, «La princesita Meri».

3. El 19 de junio, las autoridades militares envían a Pechorin a un fuerte del noreste del Cáucaso, adonde no llega hasta el otoño (tras un retraso que no se explica). Allí conoce al joven capitán Maxim Maxímich. Esto lo cuenta el primer narrador al segundo narrador en la primera historia, «Bela».

4. En diciembre del mismo año (1832), Pechorin abandona el fuerte durante una quincena, que pasa en un asentamiento cosaco situado al Norte del río Terek, y allí se desarrolla la aventura que él mismo cuenta en la quinta y última historia, «El fatalista».

5. En la primavera de 1833, rapta a la joven circasiana que cuatro meses y medio después es asesinada por un bandido. En diciembre de 1833 parte a Georgia y algún tiempo después regresa a San Petersburgo. Esto se cuenta en «Bela».

6. Unos cuatro años más tarde, en el otoño de 1837 el primer y el segundo narrador, en su viaje hacia el Norte, se detienen en la ciudad de Vladikavkas, donde encuentran a Pechorin, que entre tanto ha vuelto al Cáucaso y ahora se dirige hacia el Sur, a Persia. Esto lo cuenta el primer narrador en «Maxim Maxímich», la segunda historia del libro.

7. En 1838 o 1839, mientras regresa de Persia, Pechorin muere en circunstancias posiblemente relacionadas con una predicción según la cual moriría a consecuencia de un matrimonio desgraciado. Ahora el primer narrador publica el diario del difunto, obtenido a través del segundo narrador. La muerte de Pechorin la menciona el primer narrador en su prólogo como editor (1841) del *Diario de Pechorin*, que contiene «Tamán», «La princesita Meri» y «El fatalista».

Así pues, el orden de las cinco historias con respecto a Pechorin es: «Tamán», «La princesita Meri», «El fatalista», «Bela» y «Maxim Maxímich».

No es probable que Lérmontov tuviera prevista la trama de «La princesita Meri» mientras estaba escribiendo «Bela». Los detalles de la llegada de Pechorin al fuerte de Kameni Brod, tal como los presenta Maxim Maxímich en «Bela», no concuerdan del todo con los detalles que da el propio Pechorin en «La princesita Meri».

Las incoherencias de las cinco historias son abundantes y notorias, pero la narración brota con tal velocidad y fuerza, está empapada de una belleza tan viril y romántica y la intención global de Lérmontov manifiesta tal vehemente pureza, que el lector no se para a preguntarse por qué la sirena de *Tamán* supone que Pechorin no sabe nadar ni por qué el capitán de dragones cree que los padrinos de Pechorin no querrán supervisar la carga de las pistolas. El embarazo de Pechorin cuando, finalmente, se ve obligado a enfrentarse a la pistola de Grushnitski resultaría ridículo si no hubiéramos comprendido que nuestro héroe no confía en el azar sino en el destino. Esto queda bastante claro y en la última historia, «El fatalista», que es la mejor, donde el pasaje fundamental trata también de si una pistola está o no cargada y donde se libra una especie de duelo por poderes entre Pechorin y Vúlich, supervisando las fatales operaciones el Destino en lugar del afectado dragón.

Un rasgo especial de la estructura de nuestro libro es el papel desmesurado, pero perfectamente orgánico, que desempeñan las escuchas a escondidas. Ahora bien, las escuchas solo son una de las formas de un artificio de mayor amplitud que podría clasificarse con el título de la Coincidencia, del que forman parte, por ejemplo, los encuentros casuales, que constituyen otra variedad. Es evidente que cuando un novelista desea combinar la narración tradicional de aventuras románticas (intriga amorosa, celos, venganza, etc.) con el relato en primera persona y no desea inventar nuevas técnicas, padece ciertas limitaciones a la hora de escoger el procedimiento.

La forma epistolar de la novela dieciochesca (con la heroína escribiendo a su amiga y el héroe haciendo lo propio a un antiguo condiscípulo, seguido de otras decenas de combinaciones) estaba tan gastada en la época de Lérmontov que casi le era imposible utilizarla; y puesto que, por otra parte, a nuestro autor le interesaba más darle acción a su historia que modificar, elaborar y ocultar los métodos de hacerlo, recurrió al cómodo expediente de que Maxim Maxímich y Pechorin oyeran por casualidad, espiaran o presenciaran todas las escenas necesarias para dilucidar o desarrollar la trama. De hecho, el autor utiliza este artificio con tal coherencia a todo lo largo del libro que el lector deja de fijarse en lo que tiene de maravilloso capricho del azar y se convierte, por así decirlo, en una rutina casi imperceptible del destino.

En «Bela» hay tres momentos en que se sorprenden conversaciones: desde detrás de una cerca, el segundo narrador espía al muchacho que trata de engatusar al bandido para que le venda un caballo y más adelante el mismo narrador oye a escondidas, primero desde debajo de una ventana y luego desde detrás de una puerta, dos importantes conversaciones entre Pechorin y Bela.

En «Tamán», el tercer narrador sorprende, desde detrás de una roca salediza, la conversación entre la muchacha y el chico ciego que informa a todo el mundo, incluido el lector, de todo lo relativo al contrabando; y el mismo fisgón, desde otra posición ventajosa, un acantilado sobre la costa, escucha la última conversación entre los contrabandistas.

En «La princesita Meri», el tercer narrador escucha a escondidas por lo menos en ocho ocasiones, gracias a lo cual siempre está informado. Desde detrás de la esquina de un paseo cubierto, ve a Meri recuperar el cubilete que ha dejado caer el tullido Grushnitski; oculto por un gran arbusto, escucha el diálogo sentimental entre ambos; tras una robusta dama, oye la charla que conduce al intento, por parte del dragón, de que Meri sea insultada por un borracho dostoyevskiano; a una distancia no especificada observa a escondidas cómo Meri bosteza ante las bromas de Grushnitski; en medio de la sala de baile repleta de gente, sorprende las irónicas réplicas de Meri a las románticas súplicas de Grushnitski; desde el exterior de «una ventana mal cerrada», ve y oye cómo el dragón y Grushnitski maquinan la forma de fingir un duelo con él, con Pechorin; a través de un visillo que no está «completamente echado», observa a Meri sentada pensativamente en su cama; en un restaurante, situado detrás de la puerta que conduce a un reservado, donde están reunidos Grushnitski y sus amigos, Pechorin oye personalmente cómo es acusado de visitar a Meri por la noche; y por último, y con la mayor oportunidad, el Dr. Werner, el padrino de duelo de Pechorin, sorprende una conversación entre el dragón y Grushnitski que lleva a Werner y Pechorin a la conclusión de que solo se cargará una pistola. Esta acumulación de conocimientos por parte del héroe hace que el lector espere, con frenético interés, la inevitable escena en que Pechorin aplastará a Grushnitski descubriendo todo lo que sabe.

2

No es necesario ocuparnos aquí del personaje de Pechorin. El buen lector lo entenderá fácilmente estudiando el libro; pero se han escrito tantos sinsentidos sobre Pechorin, por quienes adoptan una perspectiva sociológica sobre la literatura, que deben decirse unas pocas palabras de advertencia.

No debemos tomarnos con tanta seriedad como la mayoría de los comentaristas rusos las afirmaciones que hace Lérmontov sobre que el retrato de

Pechorin se «compone de todos los vicios de nuestra generación». En realidad, el aburrido y extravagante héroe es el producto de varias generaciones, algunas de ellas no rusas: es el descendiente novelesco de cierto número de personajes novelescos introspectivos, comenzando por Saint-Preux (el amante de Julie d'Etange en *Julie ou la nouvelle Héloise*, 1761, de Rousseau) y por Werther (el admirador de Charlotte S. en *Die Leiden des jungen Werthers*, 1774, de Goethe, conocido por los rusos a través de versiones francesas como la de Sévelinges, 1804), pasando por el *René* (1802) de Chateaubriand, el *Adolphe* (1815) de Constant y los héroes de los poemas largos de Byron (sobre todo *The Giaour [El infiel*], 1813, y *The Corsair [El corsario*], 1814, conocidos en Rusia a través de las versiones francesas en prosa de Pichot desde 1820), y acabando por el *Eugene Onegin* (1825-32) de Pushkin y los diversos y más efímeros productos de los novelistas franceses de la primera mitad del siglo (Nodier, Balzac, etc.). Asociar a Pechorin con un determinado momento y un determinado lugar tiende a prestar un nuevo sabor al fruto trasplantado, pero es dudoso que se añada nada a la apreciación de este sabor haciendo generalizaciones sobre la exacerbación del pensamiento a que dio lugar en los espíritus independientes la tiranía que fue el reinado de Nicolas I (1825-56).

Lo que debe subrayarse en un estudio sobre *Un héroe de nuestro tiempo* es que, pese al tremendo y a veces algo morboso interés de los sociologistas, la «época» tiene menos interés que el «héroe» para los estudiosos de la literatura. En este, el joven Lérmontov consiguió crear un personaje de ficción cuyo cinismo y brío romántico, flexibilidad felina y ojo de águila, sangre caliente y cabeza fría, ternura y melancolía, elegancia y brutalidad, delicadeza de percepción y desagradable pasión de poder, su crueldad y su conciencia de ella, tienen un perdurable atractivo para los lectores de todos los países y tiempos, sobre todo para los jóvenes; pues se diría que la veneración de los grandes críticos por Un héroe de nuestro tiempo es más bien una reminiscencia de lecturas juveniles en el crepúsculo del verano y de fogosa identificación que el resultado directo de una conciencia artística madura.

De los demás personajes del libro tampoco hay mucho que decir. Sin duda, el más atractivo es el capitán Maxim Maxímich, impasible, ceñudo, ingenuamente poético, realista, sincero y absolutamente neurótico. Su histérico comportamiento en el abortado encuentro con su viejo amigo Pechorin constituye uno de los pasajes más queridos para los lectores humanitarios. De los varios villanos del libro, Kázbich y su lenguaje florido (tal como lo reproduce Maxim Maxímich) son evidentes productos del orientalismo literario, y el lector norteamericano puede permitirse sustituir a los circasianos de Lérmontov por los indios de Fenimore Cooper. En la peor historia del libro, «Tamán» (considerada la mejor por algunos críticos rusos, con argumentos que me resultan incomprensibles), Yanko es salvado

de la absoluta banalidad cuando nos damos cuenta que la relación que tienen con el chico ciego es un amable eco de la escena entre el héroe y el adorador del héroe en «Maxim Maxímich».

Otra clase de interrelación ocurre en «La princesita Meri». Si Pechorin es un espectro romántico de Lérmontov, como ya han señalado los críticos rusos, Grushnitski es un espectro grotesco de Pechorin, y el nivel más bajo de imitación lo proporciona el criado de Pechorin. El genio maligno de Grushnitski, el capitán de dragones, es poco más que un personaje de repertorio cómico y sus constantes referencias a la confusión son bastante penosas. No menos penosos son los constantes saltos y cantos de la chica salvaje en «Tamán». Lérmontov era especialmente inepto para la descripción de mujeres. Meri es la joven seriada de las novelitas, sin el menor intento de individualizarla, a no ser quizás por los ojos «aterciopelados», que no obstante se olvidan en el curso de la historia. Vera es un mero fantasma, con una fantasmal marca de nacimiento en la mejilla; Bela, la belleza oriental de la tapadera de una caja de placeres turcos.

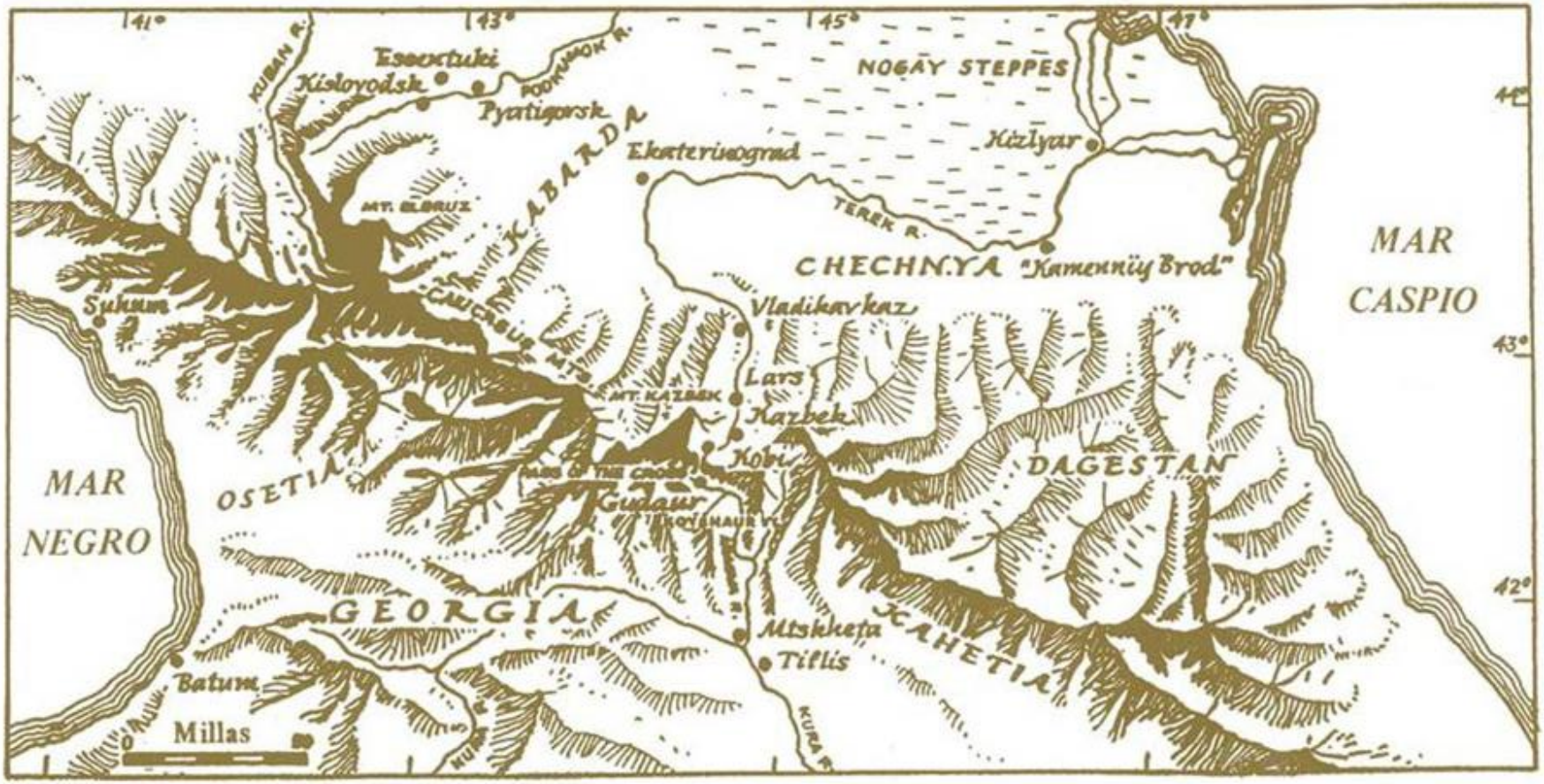
¿Qué queda, pues, del imperecedero encanto de este libro? ¿Por qué es tan interesante de leer y de releer? Desde luego, no por el estilo, bien que, lo cual es bastante curioso, los maestros de escuela rusos lo utilicen para demostrar la perfección de la prosa rusa. Esta es una opinión ridícula, propagada (según un memorialista) por Chéjov, y que solo puede sostenerse a condición de confundir la cualidad moral o la virtud social con el arte literario, o bien cuando el crítico ascético mira la riqueza y el adorno con tanta suspicacia que, por contraposición, el estilo torpe y lleno de lugares comunes de Lérmontov le parece deliciosamente púdico y sencillo. Pero el genuino arte no es púdico ni sencillo, y basta echar una ojeada al estilo prodigiosamente elaborado y mágicamente artístico de Tolstoi (considerado por algunos el descendiente literario de Lérmontov) para darse cuenta de las deprimentes imperfecciones de la prosa de Lérmontov.

Pero si lo juzgamos en cuanto narrador y si recordamos que la prosa rusa estaba todavía en su adolescencia y el autor era un veinteañero cuando escribía, entonces quedamos verdaderamente maravillados de la inmensa fuerza del relato y del notable ritmo con que se suceden los párrafos, más bien que las frases. La aglomeración de palabras, por lo demás insignificantes, cobra vida. Cuando comenzamos a romper las frases o los versos en sus elementos cuantitativos, las banalidades que se nos hacen presentes son muchas veces ofensivas, las insuficiencias no pocas veces cómicas; pero, a la postre, lo que cuenta es el efecto de conjunto y este efecto final puede rastrearse en la hermosa sincronización de todas las partes y partículas de la novela de Lérmontov. El autor tuvo buen cuidado en

disociarse de su héroe; pero, para el lector emocional, gran parte de la fascinación y patetismo de la novela reside en el hecho de que el propio sino trágico de Lérmontov queda de alguna forma superpuesto al de Pechorin, exactamente igual que el sueño de Daguestán gana una fuerza patética adicional cuando el lector se percata de que el sueño del poeta se hace realidad.

UN HÉROE DE

NUESTRO TIEMPO


41°
43°
45°
47°
44°
43°
42°
KUBAN R.
Essentuki
Kislovodsk
Pyatigorsk
PODKUMOK R.
NOGAY STEPPES
KABARDA
Ekaterinogrod
Kizlyar
MT. ELBRUZ
TEREK R.
CHECHNYA
"Kamennïy Brod"
MAR CASPIO
Sukum
Vladikavkaz
MT. KAZBEK
Lars
Kazbek
Kobi
OSETIA
DAGESTAN
MAR NEGRO
Gudaur
GEORGIA
Mtskheta
Tiflis
KAHETIA
Batum
Millas
KURA R.

Prólogo

El prólogo es, a un tiempo, lo primero y lo último de todo libro. Tiende a explicar el objetivo de la obra, o bien a justificarla y a responder a la crítica. Pero el propósito moral y las diatribas periodísticas suelen tener sin cuidado a los lectores. De ahí que no lean los prólogos. Y es una lástima que así suceda, máxime en nuestro país. Nuestro público es aún tan joven e ingenuo, que no comprende la fábula si no encuentra el final de la moraleja. No adivina la broma ni percibe la ironía; está, sencillamente, mal educado. Ignora todavía que en una sociedad correcta y en un libro correcto no caben inventivas desembozadas; que la cultura moderna ha ideado un arma más punzante, casi invisible, aunque no por ello menos mortífera, que, amparándose en el ropaje de la adulación, asesta un golpe certero y fatal. Nuestro público se parece al provinciano que, oyendo una conversación entre dos diplomáticos, pertenecientes a dos cortes hostiles, quedara convencido de que ambos engañaban a sus gobiernos en aras de una amistad mutua y tiernísima.

Este libro sufrió no hace mucho las consecuencias de esa malhadada credulidad en lo literal de que adolecen algunos lectores e incluso revistas. Unos se ofendieron terriblemente, y muy en serio, de que se les brindase como ejemplo un personaje tan inmoral como el *Héroe de nuestro tiempo*; otros indicaron con gran sutileza que el autor había dibujado su propio retrato y los retratos de sus conocidos… ¡Vieja y deplorable broma! Pero a lo que parece Rusia es así: todo en ella se renueva, a excepción de semejantes absurdos. ¡El más mágico de todos los cuentos quizá no se libraría en nuestro país del reproche de ser un atentado a la personalidad!

Un héroe de nuestro tiempo, muy señores míos, es, efectivamente, un retrato, pero no el de un hombre solo: es un registro constituido por los vicios, en pleno desarrollo, de toda nuestra generación. Volveréis a objetarme que un hombre no puede ser tan malvado; a lo cual replicaré que, si habéis creído en la posible existencia de tanto malhechor trágico y romántico, ¿por qué no admitís la realidad de un Pechorin? Si admirasteis invenciones mucho más terribles y monstruosas, ¿por qué ese carácter, incluso como invención, no goza de vuestra indulgencia? ¿No será, acaso, porque hay en él más verdad de lo que quisierais?

Me diréis que la moralidad no gana con ello. Disculpadme: se han venido sirviendo a las gentes demasiadas golosinas; por eso tienen estropeados los estómagos: se precisan medicamentos amargos, verdades acerbas. Sin embargo, no se os ocurra pensar, después de eso, que el autor de este libro ha tenido alguna vez la fatua pretensión de corregir los vicios humanos. ¡Dios le libre de tamaña ignorancia! Sencillamente, le divierte describir al hombre contemporáneo, tal como le entiende, y al cual, para su desgracia y la vuestra, ha encontrado con demasiada frecuencia. Ya es de por sí suficiente haber indicado la enfermedad; pero cómo curarla, ¡eso Dios lo sabe!

PRIMERA PARTE

I. BELA

Iba desde Tiflis en una silla de posta. Todo lo que llevaba en mi carruaje consistía en un maletín, lleno hasta la mitad de apuntes de viaje sobre Georgia. La mayor parte de ellos, por fortuna para vosotros, se perdieron, y la maleta con las cosas restantes, felizmente para mí, quedó intacta.

El sol ya había comenzado a ocultarse tras las nevadas crestas, cuando entré en el valle de Koishaur. El cochero, un osetio, arreaba incansable los caballos, para ascender antes de que anocheciese al monte de Koishaur, y cantaba a voz en cuello. ¡Hermoso lugar aquel valle! Por todos lados montañas inaccesibles, peñas rojizas, tapizadas de verde hiedra y coronadas por bosquecillos de plátanos; precipicios amarillentos, surcados por arroyadas; allá en lo alto, una dorada franja de nieve, y abajo, abrazándose a un riachuelo sin nombre, que surge tumultuoso de un negro y brumoso desfiladero, se extiende cual cinta de plata el Aragva, brillante como escamosa serpiente.

Al llegar a la falda del monte de Koishaur nos detuvimos junto a una taberna, donde se agolpaban bulliciosos unos veinte georgianos y montañeses; allí cerca había acampado para pernoctar una caravana de camellos. Tuve que alquilar bueyes para subir mi carreta a la maldita montaña, porque ya estábamos en otoño, el camino estaba helado y hasta la cima había unas dos verstas[1]…

Así pues, alquilé seis bueyes y contraté a varios osetios. Uno de ellos cargó con mi maleta y los restantes se pusieron a ayudar a los bueyes, aunque su ayuda se limitaba a dar gritos.

Detrás de mi carreta, cuatro bueyes arrastraban otra como si tal cosa, a pesar de que iba cargada hasta arriba. Eso me sorprendió. La seguía su dueño, fumando una pequeña pipa kabarda, montada en plata. Vestía capote de oficial sin charreteras e iba cubierto con un peludo gorro circasiano. Parecía tener unos cincuenta años; su morena tez denotaba que estaba familiarizado hacía mucho con el sol transcaucasiano, y el prematuramente encanecido bigote no estaba en consonancia ni con la firmeza de su paso ni con su vigoroso aspecto. Me acerqué a él y le saludé; me correspondió con una silenciosa reverencia, y lanzó una enorme bocanada de humo.

—¿Al parecer, somos compañeros de viaje?

Asintió en silencio con una nueva inclinación.

—¿Seguramente se dirige usted a Stávropol?

—Sí, señor, con enseres del ejército.

—Dígame, por favor, ¿por qué su pesada carreta la arrastran con tanta facilidad cuatro bueyes, mientras que la mía, que va vacía, apenas si la pueden mover seis animales, ayudados por los osetios?

Sonrió maliciosamente y me miró con aire significativo.

—Por lo visto, lleva usted poco tiempo en el Cáucaso.

—Cosa de un año —respondí.

Volvió a sonreír.

—¿Por qué se sonríe?

—Por nada. ¡Estos asiáticos son unos bestias terribles! ¿Usted cree que ayudan con sus gritos? ¡Solo el diablo sabe lo que vociferan! Los bueyes sí que los entienden; unza incluso veinte, que si ellos les gritan a su manera, no se moverán del sitio. ¡Son unos granujas tremendos! ¿Y qué puede uno hacer con ellos? Les gusta despellejar a los viajeros. Están demasiado consentidos, los muy truhanes; ya verá usted cómo le sacarán aún para vodka. Yo los conozco ya y conmigo no valen tretas.

—¿Hace mucho que sirve usted aquí?

—Sí, ya estaba aquí en tiempos de Alexiéi Petróvich[2] —respondió con apostura—. Cuando llegó aquí, a la línea fronteriza, era yo suboficial —añadió—. Y a sus órdenes ascendí dos grados por acciones contra los montañeses.

—¿Y qué es usted en la actualidad?

—Ahora pertenezco al tercer batallón fronterizo. ¿Y usted, permítame preguntarle?

Se lo dije.

Ahí terminó nuestra conversación, y seguimos caminando en silencio, uno junto al otro. En la cumbre de la montaña tropezamos con nieve. Se puso el sol, y la noche sucedió al día sin transición, como suele ocurrir en el Sur; pero gracias al fulgor de la nieve podíamos distinguir fácilmente el camino, que seguía ascendiendo, aunque ya no era tan empinado. Ordené que pusieran mi maletín en la carreta, que sustituyeran los bueyes por los caballos y dirigí una última mirada al valle, pero la espesa niebla que emanaba en oleadas de los desfiladeros lo ocultaba por completo y a nuestro oído no llegaba desde allí el menor sonido. Los osetios me rodearon con gran algazara, exigiéndome que les diera para vodka; pero el capitán les gritó con ceño tan amenazador, que se dispersaron en un abrir y cerrar de ojos.

—Así son —dijo—, ni siquiera saben decir «pan» en ruso, pero han aprendido muy bien a repetir: «¡Oficial, dame para vodka!». Yo creo que hasta los tártaros son mejores, por lo menos no beben.

Hasta la posta faltaba todavía alrededor de una versta. En torno nuestro todo estaba en silencio, tanto que por el zumbido de un mosquito se podía seguir la dirección de su vuelo. A la izquierda negreaba un profundo desfiladero; tras él, y delante de nosotros, cumbres montañosas de color azul oscuro, surcadas de rugosidades y cubiertas por capas de nieve, se proyectaban en el pálido horizonte que iluminaban aún los últimos resplandores del crepúsculo. En el oscuro cielo comenzaban a parpadear las estrellas y, cosa extraña, me pareció que estaban mucho más altas que en nuestras regiones del Norte. A ambos lados del camino sobresalían piedras desnudas y negras; en algunos sitios asomaban matorrales por entre la nieve, pero ni una sola hoja seca se movía, y causaba alegría oír, en medio del sueño muerto de la Naturaleza, el jadear de los fatigados caballos de la troika de posta y el irregular tintineo de los cascabeles rusos.

—Mañana hará un tiempo magnífico —dije yo. El capitán no respondió palabra y me señaló con el dedo una alta montaña que surgía frente a nosotros.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—El monte Gud.

—Bueno, ¿y qué?

—Mire el humo que echa.

En efecto, el Gud humeaba; por sus laderas se deslizaban las nubes en ligeras espirales y sobre la cumbre se tendía un nubarrón negro, tan negro que en la oscuridad del cielo parecía una mancha.

Ya distinguíamos la posta, los tejados de las chozas que la rodeaban y ante nosotros centelleaban unas hospitalarias lucecitas, cuando se dejó sentir un viento húmedo y frío y comenzó a lloviznar. Apenas había alcanzado a cubrirme con mi capote caucasiano de fieltro, mi burka, cuando comenzó a nevar copiosamente. Miré con veneración al capitán.

—Tendremos que hacer noche aquí —dijo disgustado—; con semejante ventisca es imposible cruzar las montañas. Qué, ¿ha habido aludes en el monte Krestóvaia? —preguntole al cochero.

—No, señor —respondió el osetio—; pero hay mucha nieve amenazando desprenderse.

Como en la posta no había habitaciones para los viajeros, nos alojaron en una choza llena de humo. Invité a mi compañero de viaje a tomar el té conmigo, ya que llevaba una tetera de metal, mi único solaz en los viajes por el Cáucaso.

La choza estaba adosada por uno de los lados a la roca: tres resbaladizos y húmedos peldaños conducían a la puerta. Entré a tientas y tropecé con una vaca (el establo, entre esa gente, hace las veces de zaguán). No sabía dónde meterme: aquí balaban las ovejas, allí gruñía un perro. Afortunadamente, una luz macilenta, que resplandecía a un lado, me ayudó a encontrar otro boquete con apariencia de puerta. Se ofreció ante mis ojos un cuadro bastante ameno: la espaciosa choza, cuyo tejado se apoyaba en dos columnas cubiertas de hollín, estaba llena de gente. En medio crepitaba la lumbre encendida en el suelo de tierra, y el humo, que el viento devolvía hacia adentro a través de un agujero practicado en el tejado, se extendía por toda la estancia formando un velo tan espeso que tardé en apercibirme de cuanto me rodeaba; junto al fuego estaban sentadas dos viejas, una caterva de chiquillos y un enjuto georgiano, todos harapientos. Sin otro remedio, nos acomodamos junto a la hoguera y encendimos las pipas. Poco después la tetera comenzó a hervir alegremente.

—¡Qué gente tan mísera! —dije al capitán, señalando a nuestros mugrientos patrones, que nos miraban silenciosos y estupefactos.

—Son de lo más estúpido —me respondió—. ¡Créame, no saben nada, ni son

capaces de aprender! Por lo menos, nuestros kabardos o chechenos, aunque bandidos y desharrapados, son gente valiente, pero estos ni siquiera tienen afición a las armas; ninguno de ellos lleva ni un mal puñal. ¡Son verdaderos osetios!

—¿Y ha estado usted mucho tiempo en Chechenia?

—Sí, estuve unos diez años con una compañía en el fuerte próximo a Kámenyi Brod. ¿Lo conoce?

—De referencia.

—Pues bien, señor mío, qué hartos nos tenían aquellos facinerosos; ahora, gracias a Dios, están más tranquilos; pero entonces bastaba alejarse un centenar de pasos de la muralla y ya había un diablo desgreñado al acecho: al menor descuido o le echaba a uno un lazo al cuello o le metía una bala en la nuca. ¡Hay que reconocer que son gente brava!

—¿Seguramente habrá usted corrido muchas aventuras? —pregunté, sintiendo aguijoneada mi curiosidad.

—¡Cómo no! Alguna que otra.

Y acto seguido comenzó a pellizcarse la guía izquierda del bigote, inclinó la cabeza y quedó pensativo. Me roían atroces deseos de hacerle contarme alguna que otra historia, deseo propio de todos los que viajan y acostumbran a escribir. Mientras tanto, el té ya estaba a punto; yo saqué de la maleta dos vasitos de viaje y llenándolos puse uno delante de él. Bebió un sorbo y dijo como hablando consigo mismo: «¡Sí, alguna que otra!». Esta exclamación me hizo concebir grandes esperanzas.

Yo sabía que a los que han vivido mucho tiempo en el Cáucaso les gusta charlar y contar cosas; ¡tienen tan pocas ocasiones de hacerlo! Hay quien se pasa cinco años al mando de su compañía en cualquier rincón perdido sin que en todo ese tiempo nadie le diga *buenos días* (porque el brigada le dice *le deseo salud*.) Y eso que asuntos de que hablar no faltaban: gente salvaje y de costumbres singulares a su alrededor, peligros diarios, lances tan prodigiosos, que uno lamenta involuntariamente que entre nosotros se tome nota de tan pocas cosas.

—¿No quiere echarle un poco de ron? —dije a mi interlocutor—. Lo tengo blanco, de Tiflis; no viene mal ahora que hace frío.

—No, se lo agradezco, no bebo.

—¿Y eso, cómo?

—Pues, sí. Me lo juré a mí mismo. Una vez, sabe, siendo aún suboficial, corrimos una juerga y por la noche tocaron a rebato; salimos a formar más que alegrillos y había que ver la que se armó cuando Alexiéi Petróvich lo supo. ¡Santo Dios, cómo se puso! Por poco no nos sumaria. El caso es que a veces se pasa uno un año sin ver un alma y de pronto aparece el vodka y es uno hombre perdido.

Al oír esto se desvanecieron casi por completo mis esperanzas.

—Ahí tiene usted a los circasianos —prosiguió—. En cuanto se emborrachan de *buzá*[3] en una boda o en un entierro comienzan las cuchilladas. En una ocasión me salvé de milagro, y eso que era huésped de un príncipe pacífico.

—¿Cómo fue eso?

—Pues verá usted —llenó la pipa, dio unas chupadas y empezó a contar—. Estaba yo entonces con mi compañía en un fortín situado al otro lado del río Térek, pronto hará de eso cinco años. Un buen día, en otoño, llegó un convoy con víveres; venía con él un joven oficial de unos veinticinco años. Se presentó a mí perfectamente uniformado y me comunicó que tenía orden de quedarse en el fortín. Era tan esbelto, tan blanquito y vestía una guerrera tan flamante, que en el acto adiviné que llevaba poco tiempo en el Cáucaso. «Sin duda —le pregunté— ¿viene usted trasladado de Rusia?». «En efecto, mi capitán», me respondió. Le tomé del brazo y le dije: «Me alegro, me alegro mucho. Se aburrirá usted algo, pero eso sí, viviremos como amigos. Y por favor, llámeme simplemente Maxim Maxímich y deje usted de vestir el uniforme que lleva. Cuando venga a verme póngase gorra». Le dimos vivienda y se instaló en la fortaleza.

—¿Cómo se llamaba? —inquirí.

—Se llamaba. Grigori Alexándrovich Pechorin. Era un buen muchacho, se lo aseguro, pero algo extraño. Por ejemplo, con lluvia y con frío, se pasaba el día entero cazando: todos estaban ateridos y muertos de fatiga; pues él, como si nada. Por el contrario, en otras ocasiones se metía en su habitación, y si soplaba un poco de viento, ya decía que estaba resfriado. Golpeaba una contraventana, y él se estremecía, perdiendo el color; en cambio, yo le he visto lanzarse solo contra un jabalí. A menudo no había quien le sacase una palabra durante horas; y en cambio, cuando se ponía a hablar, era como para desternillarse de risa oyéndole. Sí. un

personaje muy raro, y seguramente hombre de dinero; ¡la de objetos de valor que tenía!

—¿Vivieron mucho tiempo juntos? —volví a preguntar.

—Un año, poco más o menos. Un año que se me ha quedado para siempre en la memoria. ¡Me armó una de líos! Olvidémoslos piadosamente. De verdad, hay personas que parecen destinadas a que les ocurran cosas extraordinarias.

—¿Extraordinarias? —exclamé con aire de curiosidad, sirviéndole más té.

—Pues oiga y juzgue. A unas seis verstas de la fortaleza vivía un pacífico príncipe. A su hijito, un muchachuelo de unos quince años, le dio por visitarnos; venía diariamente, bien por una cosa, bien por otra. En verdad, tanto Grigori Alexándrovich como yo le mimábamos más de la cuenta. ¡Y qué arrojo, qué destreza para todo! Igual levantaba del suelo un gorro a galope tendido, que disparaba con el fusil. Una cosa tenía mala: demasiada afición al dinero. Cierta vez, en broma, Grigori Alexándrovich le prometió diez rublos si robaba el mejor macho cabrío del rebaño de su padre. ¿Y qué cree? A la noche siguiente lo trajo por los cuernos. De cuando en cuando se nos ocurría hacerle rabiar; y entonces se le inyectaban los ojos en sangre, y acto seguido echaba mano al puñal. «Ay, Azamat, perderás la cabeza —le decía yo—, *yamán*[4] para tu cabeza».

Un buen día se presentó el viejo príncipe en persona para invitarnos a una boda: casaba a su hija mayor, y nosotros éramos *kunáks*[5] suyos. No había modo de negarse, ¿sabe?, aunque era tártaro. Fuimos, pues. En el *aúl*[6] nos recibió ladrando un sinfín de perros. Las mujeres se escondían al vernos; aquellas cuyos rostros pudimos ver no eran beldades, ni mucho menos. «Tenía mucho mejor opinión de las circasianas», me dijo Grigori Alexándrovich. «Espere», le repliqué sonriendo. Razones no me faltaban.

En la *saklia*[7] del príncipe se había congregado ya muchísima gente. Los asiáticos, ¿sabe?, tienen la costumbre de invitar a la boda a todo el mundo. Nos recibieron con mil honores y nos llevaron a la sala de los *kunáks*. Yo, a pesar de eso, no dejé de fijarme en dónde habían puesto nuestros caballos, ¿sabe?, por si acaso.

—¿Y cómo se celebran las bodas? —pregunté al capitán.

—Pues nada extraordinario. Primero, el mulá les lee algo del Corán, después se entregan los regalos a los recién casados y a todos sus parientes; se come, se bebe *buzá*, luego comienza la *dzhiguitovevka*[8] y siempre hay un mugriento desharrapado

que, a lomos de un jamelgo cojo y de mala suerte, es el hazmerreír de la gente; luego, cuando anochece, comienza en la sala de los *kunáks* lo que nosotros llamaríamos el baile. Un pobre vejete rasguea un instrumento de tres cuerdas, no recuerdo cómo se llama en su idioma. Bueno, algo parecido a nuestra balalaica. Las muchachas y los muchachos se colocan en dos filas, unos frente a otros, baten palmas y cantan. En esto salen al medio una muchacha y un hombre, y empiezan a decirse versos medio cantando, lo que se les ocurre; y los restantes les corean. Pechorin y yo ocupábamos el lugar de preferencia, y hete aquí que se le acercó la hija menor del dueño, una muchacha de unos dieciséis años, y le entonó, ¿cómo explicarle?, una especie de requiebro.

—¿No recuerda el canto?

—Me parece que fue así: «Esbeltos son nuestros jóvenes *dzhiguíts*[9], y sus caftanes están bordados de plata, pero el joven oficial ruso es más esbelto, y sus galones son de oro. Es como un álamo entre ellos, pero no crecerá, ni florecerá en nuestro jardín». Pechorin se levantó, la saludó llevándose la mano a la frente y al corazón y me suplicó que le contestara; yo conozco bien su lenguaje, y traduje la respuesta.

Cuando se alejó de nosotros, susurré a Grigori Alexándrovich: «¿Qué, qué tal?».

—¡Un encanto! ¿Cómo se llama?

—Se llama Bela —respondí.

Ciertamente, era hermosa: alta, fina; los ojos, negros como los de una gacela montañesa, parecían penetrar el alma. Pechorin, meditabundo, no apartaba de ella la vista, y la muchacha también le miraba de reojo con frecuencia. Pero no era Pechorin el único que admiraba a la hermosa princesita: en un ángulo de la habitación había otro par de ojos, inmóviles y ardientes, clavados en ella. Puse atención e identifiqué a Kázbich, un antiguo conocido mío. No es que fuera pacífico, pero tampoco rebelde. Las sospechas contra él eran muchas, aunque no se le había sorprendido en ninguna travesura. A veces nos llevaba corderos a la fortaleza y los vendía baratos, pero no toleraba regateos: había que darle lo que pedía; y aunque le mataran, no rebajaba nada. Se decía que le gustaba ir al otro lado del Kubán con los *abréks*[10], y, en honor a la verdad, su fisonomía resultaba la de un forajido: era pequeño, enjuto, de anchos hombros. ¡Y qué ágil! Ágil como un diablo. El *beshmet*[11] lo llevaba siempre roto, remendado; el arma, en cambio, tenía incrustaciones de

plata. Su caballo era famoso en toda Kabardá, y, efectivamente, no es posible imaginarse nada mejor. Por algo le envidiaban todos los jinetes, y más de una vez intentaron robárselo, sin conseguirlo. Me parece que le estoy viendo: negro como el azabache, las patas, tensas como cuerdas, y los ojos, no eran peores que los de Bela; ¡y si viera qué resistencia! ¡Hasta cincuenta verstas podía uno galopar con él! ¡Era cosa de ver qué bien adiestrado lo tenía! ¡Cómo un perro corría tras de su amo; hasta le conocía por la voz! Kázbich ni siquiera lo ataba. ¡Un caballo bandidesco!…

Aquella noche, Kázbich estaba más sombrío que de costumbre, y, al notar que debajo del *beshmet* llevaba una cota de malla, pensé: «Por algo la lleva; seguramente algo trama».

El calor era asfixiante en la *saklia* y salí al aire libre a refrescarme. La noche descendía ya sobre las montañas, y la niebla iniciaba su deambular por los desfiladeros.

Se me ocurrió torcer hacia el cobertizo, donde estaban nuestras monturas, para cerciorarme de si tenían pienso, y, además, la precaución nunca estorba: yo tenía un buen caballo y más de un kabardino lo miraba conmovido, diciendo: *iakshí tje, chek iakshí*[12].

Cuando avanzaba a lo largo de la cerca, oí, de repente, voces; una la reconocí al punto: era la del pillete de Azamat, el hijo del dueño; su interlocutor hablaba en voz más baja y espaciada. «¿De qué estarán tratando ahí? —pensé—. ¿No será de mi caballo?». Me senté al lado de la cerca y presté oído, tratando de no perder ni palabra. A veces el eco de las canciones y el vocerío de la *saklia* ahogaban la conversación que había despertado mi curiosidad.

—¡Buen caballo tienes! —decía Azamat—. Si yo fuera el dueño de la casa y tuviera una yeguada de trescientas cabezas, te daría la mitad por tu trotador, Kázbich.

«¡Ah, Kázbich!», pensé, y me vino a la memoria la cota de malla.

—Sí —repuso Kázbich, después de breve silencio—, en toda Kabardá no encontrarás uno que le iguale. Una vez —eso ocurrió al otro lado del Térek— salí con los *abréks* para arrebatarles sus yeguadas a los rusos; pero no tuvimos suerte y nos dispersamos cada cual por donde pudo. Cuatro cosacos me daban caza; a mis espaldas se oían ya los gritos de los *guiaures*[13] y por delante se extendía un bosque tupido. Me pegué al cuello de la montura, me encomendé a Alá y, por primera vez

en la vida, ofendí al caballo con un latigazo. Se metió entre el ramaje con la rapidez de un pájaro, agudas espinas me desgarraban las ropas; las ramillas secas de los olmos sacudían mi rostro: el caballo saltaba por los tocones, se abría paso con el pecho por entre los zarzales. Más me hubiera valido abandonarlo en la linde e internarme a pie en el bosque, pero me daba pena separarme de él, y el profeta me recompensó. Varias balas me pasaron silbando por encima de la cabeza; oía ya cómo los cosacos, pie a tierra, seguían mis huellas… De repente se abrió ante mí un profundo barranco. Mi caballo se detuvo un momento y saltó. Sus cascos traseros resbalaron en la orilla opuesta, y quedó suspendido de las patas delanteras. Yo solté las riendas y me lancé al fondo; esto salvó al animal, que consiguió salir. Los cosacos lo vieron todo, pero ninguno de ellos pensó en ir a buscarme; seguramente creyeron que me había matado, y les oí precipitarse a capturar el caballo. Mi corazón sangraba; me arrastré por la espesa hierba, a lo largo del barranco. El bosque había terminado, y vi a varios cosacos que salían a la pradera, y a mi Karaguioz que galopaba directamente a su encuentro; todos se lanzaron gritando hacia él; lo estuvieron persiguiendo mucho, mucho tiempo, sobre todo uno, que faltó poco para que lo apresara dos veces con el lazo; me eché a temblar, bajé los ojos y comencé a rezar. Unos instantes más tarde alcé la mirada y vi que mi Karaguioz volaba libre como el viento, agitando la cola en el aire, mientras los guiaures, allá a lo lejos, iban uno tras otro por la estepa sobre sus cansados caballos. ¡*Valaj*[14] que es cierto! Hasta muy avanzada la noche permanecí en el barranco. ¿Y qué crees, Azamat? Oigo cómo en la oscuridad, bordeando la vaguada, corre un caballo, relincha, resopla y traquetea con las pezuñas en la tierra. Reconocí la voz de mi Karaguioz; ¡era él, mi compañero!… Desde entonces no nos separamos.

Y le sentí palmotear el lustroso cuello de su caballo, prodigándole toda suerte de nombres cariñosos.

—Si tuviera mil yeguas —dijo Azamat—, todas te las daría por tu Karaguioz.

—*Iok*[15], no quiero —respondió en tono despectivo Kázbich.

—Escúchame, Kázbich —insistía el muchacho, halagándole—: Tú eres bueno, un *dzhiguit* valiente; en cambio, mi padre tiene miedo a los rusos y no me permite ir a la montaña; dame tu caballo, y haré lo que se te antoje, robaré para ti el mejor fusil, el mejor sable de mi padre, lo que desees; su sable es un auténtico *gurdá*[16]; si te pones la hoja en la mano, se hunde sola en la carne; incluso una cota de malla como la tuya no sirve para nada.

Kázbich callaba.

—La primera vez que vi tu caballo caracolear y saltar contigo encima, con las aletas de la nariz palpitantes y las pezuñas despidiendo chispas —prosiguió Azamat—, algo incomprensible pasó en mi alma, y desde entonces todo empezó a cansarme: despreciaba los mejores potros de mi padre; me abochornaba ir montado en ellos, y la tristeza se apoderó de mí; lleno de angustia, me pasé días enteros sentado en una roca, recordando a cada instante tu trotador negro, con su andar gallardo, con su lomo liso y recto como una flecha; me miraba a los ojos con tanta viveza en las pupilas, como si quisiera decirme algo. ¡Moriré, Kázbich, si no me lo vendes! —suspiró Azamat con voz temblorosa.

Me pareció oír que lloraba; y debo decirle que Azamat era un chiquillo de lo más terco, a quien nada hacía llorar, ni siquiera siendo más joven que entonces.

En respuesta a sus lágrimas se oyó algo parecido a la risa.

—¡Oye! —dijo el mozo con voz firme—. Mira, estoy resuelto a todo. ¿Quieres que rapte para ti a mi hermana? ¡Cómo baila! ¡Cómo canta! ¡Y bordando en oro, hace maravillas! Ni el sultán de Turquía ha tenido una mujer así… ¿Quieres? Espérame mañana por la noche en el desfiladero, donde corre el torrente: pasaré con ella por allí, hacia el *aúl* vecino, y será tuya. ¿Acaso no vale ella lo que tu caballo?

Kázbich permaneció callado mucho, mucho tiempo. Por fin, en lugar de responder, entonó a media voz una antigua canción[17]:

Bellas mujeres encierra el aúl;

Brillan sus ojos como astros de luz.

Dulce es amarlas; botín codiciable.

Pero ser libres es más envidiable.

Cuatro mujeres se pueden comprar,

Un buen corcel no podrás valorar.

Cruza la estepa igual que un ciclón;

Es enemigo de engaño y traición.

En vano le suplicaba Azamat que accediera; lloros, adulaciones, juramentos por último, Kázbich le interrumpió con impaciencia:

—¡Vete, chiquillo insensato! ¡Cómo vas a ser tú capaz de montar mi caballo! A los tres pasos te tiraría y te rompería la nuca contra las piedras.

—¡A mí! —gritó Azamat furioso, y el acero de su diminuto puñal chirrió contra la cota de malla. Una mano vigorosa le empujó, arrojándole contra la cerca con tanta fuerza, que la hizo estremecerse.

«¡Aquí va a haber jaleo!», pensé yo, y me lancé a la cuadra, puse el bocado a nuestros caballos y los saqué al patio posterior. Dos minutos más tarde se armó en la *saklia* un alboroto terrible. Verá usted lo que había ocurrido: Azamat entró a todo correr con el *beshmet* desgarrado, diciendo que Kázbich había querido asesinarle. Todos saltaron, empuñaron los fusiles y, ¡allí fue Troya! Gritos, tumulto, disparos; pero Kázbich estaba ya a caballo en la calle, y se revolvía como un diablo en medio del gentío, defendiéndose a sablazos.

—Donde riñen dos, sobra el tercero —dije a Grigori Alexándrovich, tomándole del brazo—, ¿no nos valdría más marcharnos cuanto antes?

—Espere, veamos cómo termina la cosa.

—Seguramente, terminará mal; entre estos asiáticos siempre sucede lo mismo, se atiborran de *buzá*, y ¡a darse de cuchilladas!

Montamos a caballo y nos fuimos a casa.

—¿Y Kázbich, qué? —pregunté con impaciencia al capitán.

—¡A esos no hay Dios que los confunda! —respondió, apurando su vaso de té—. ¡Se escapó!

—¿Y ni siquiera herido?

—¡Dios lo sabe! ¡Hierba mala nunca muere! He visto a algunos combatir: acribillados por las bayonetas, siguen largando sablazos —después de un cierto silencio, el capitán continuó, dando una patada en el suelo—: ¡Jamás me perdonaré una cosa! El diablo me empujó a contar a Grigori Alexándrovich, al regresar a la fortaleza, todo lo que había oído sentado junto a la cerca: se echó a reír, ¡el muy ladino! Pero algo maquinaba su cabeza.

—¿Qué? ¡Cuéntemelo, por favor!

—¡Qué remedio! Ya que he comenzado, habrá que seguir.

Unos cuatro días después vino Azamat a la fortaleza. Como de costumbre, entró en casa de Grigori Alexándrovich, que siempre le daba golosinas. Yo estaba presente. La charla giró sobre caballos, y Pechorin se puso a encomiar el de Kázbich: que era muy vivo, muy hermoso, como una gacela; en fin, de sus palabras resultaba que no había caballo igual en todo el mundo.

Los ojillos del pequeño tártaro centelleaban, pero Pechorin fingía no darse cuenta; y, aunque yo trataba de desviar la conversación, él volvía inmediatamente al caballo de Kázbich. La misma historia se repetía siempre que nos visitaba Azamat. Pasadas unas tres semanas, comencé a observar que se iba quedando mustio y pálido, como suele ocurrir a los enamorados en las novelas. ¡Qué cosa más extraña!…

Solamente después me enteré de todo: Grigori Alexándrovich le había exasperado hasta tal punto, que estaba dispuesto a tirarse de cabeza al agua. Una vez va y le dice:

—Veo, Azamat, que te gusta mucho ese caballo; pero jamás lo verás, como no te puedes ver la nuca… A ver, dime, ¿qué le darías al que te lo regalara?…

—Todo lo que me pidiera —respondió Azamat.

—En ese caso, te lo conseguiré, pero con una condición… Júrame que la cumplirás…

—Lo juro… ¡Júralo también tú!

—Bueno. Juro que serás el dueño del caballo, mas, por él, tendrás que entregarme a tu hermana Bela: Karaguioz será su *kalim*[18]. Creo que el trato es ventajoso para ti.

Azamat callaba.

—¿No quieres? Bueno, allá tú. Pensaba que eras un hombre, pero veo que eres todavía un chiquillo: aún no has crecido lo bastante para montar a caballo…

Azamat, enrojeciendo, objetó:

—¿Y mi padre?

—¿Es que tu padre no se ausenta nunca?

—Pues es verdad…

—¿De acuerdo, entonces?

—De acuerdo —balbuceó Azamat, pálido como la muerte—. ¿Cuándo?

—En cuanto Kázbich venga por aquí. Me ha prometido traer una docena de corderos; lo restante es cosa mía. ¡Y tú, a lo tuyo, Azamat!

Así, pues, cerraron el trato… A decir verdad, era un mal asunto. Yo se lo dije después a Pechorin, pero él se limitó a responderme que una salvaje circasiana debía sentirse feliz de tener un marido tan atractivo, pues, según sus costumbres, él, a pesar de todo, sería considerado su esposo; y Kázbich, en cambio, ¿qué era?: un bandido, que llevaría su castigo. Juzgue por sí mismo, ¿qué le podía replicar yo?… Pero en aquel entonces desconocía lo que maquinaban. Una vez vino Kázbich y preguntó si no necesitábamos corderos y miel; le dije que los trajera al día siguiente.

—¡Azamat! —dijo Grigori Alexándrovich—, mañana Karaguioz caerá en mis manos; si esta noche Bela no esta aquí, no verás el caballo…

—¡Bien! —contestó el mozo, y arrancó al galope hacia el *aúl*.

Al caer la tarde, Grigori Alexándrovich se armó y salió de la fortaleza; no sé cómo se las arreglaría; lo cierto es que, ya anochecido, regresaron los dos, y el centinela vio que, atravesada en la silla de Azamat, venía una mujer atada de pies y manos y con la cabeza envuelta en una *chadrá*[19].

—¿Y el caballo? —pregunté al capitán.

—Ahora llegamos.

Al día siguiente, por la mañana temprano, se presentó Kázbich, trayendo una docena de corderos para la venta. Ató el caballo a la cerca y entró en mi habitación. Le ofrecí té, porque, aunque bandido, era mi *kunak*.

Nos pusimos a charlar de esto y de lo otro… Repentinamente, veo que Kázbich se estremece, cambia de expresión y corre hacia la ventana, pero esta, por

desgracia, daba al patio.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

—¡Mi caballo!… ¡Mi caballo! —exclamó, todo tembloroso.

Yo, en efecto, había oído el galopar de un caballo.

—Seguramente, habrá llegado algún cosaco…

—¡No! ¡*Urus yamán, yamán*[20]! —rugió él y lanzose hacia la salida, como pantera. En dos brincos se plantó en el patio; a las puertas de la fortaleza el centinela le atajó el paso con el fusil; saltó por encima del arma y se precipitó al camino… A lo lejos se veían remolinos de polvo: Azamat galopaba en el veloz Karaguioz; Kázbich desenfundó el fusil, sin dejar de correr, y disparó. Permaneció inmóvil un minuto, hasta convencerse de que había errado el tiro; después rompió a gritar, golpeó el fusil con ira una piedra y lo hizo astillas, se arrojó al suelo y estalló en sollozos como un niño… En derredor suyo se había congregado el personal de la fortaleza, pero él no advertía la presencia de nadie; la gente se detuvo allí algún tiempo, comentando lo sucedido, y terminó por dispersarse; yo ordené que se dejara a su lado el dinero de las ovejas, mas no lo tocó; yacía de bruces, como muerto. ¿Quiere creer que se pasó así toda la noche?… Tan solo a la mañana siguiente fue a la fortaleza para suplicar que le dijeran quién era el ladrón. El centinela, que había visto a Azamat desatar y llevarse el caballo, no consideró necesario ocultarlo. Al oír el nombre del muchacho, los ojos de Kázbich centellearon, y se dirigió al *aúl* donde vivía el padre de aquel.

—¿Y el padre, qué?

—Pues ahí está la cosa; Kázbich no le encontró; se había marchado para unos seis días. De otro modo, ¿cómo hubiera conseguido Azamat raptar a su hermana?

Y cuando el padre regresó, se encontró sin hija y sin hijo. Azamat fue muy astuto: comprendió que no salvaría la pelleja si le echaban mano. Y desde entonces desapareció: probablemente, se uniría a alguna cuadrilla de *abréks* y habrá perdido su mala cabeza al otro lado del Térek o del Kubán; ¡es lo que se merecía!…

Debo confesarle que a mí también me tocó lo mío. Tan pronto supe que la circasiana estaba en casa de Grigori Alexándrovich, me puse las charreteras, ceñí la espada y fui a verle.

Pechorin estaba acostado en la cama de la primera habitación, con una mano bajo la nuca y sosteniendo en la otra una pipa apagada; la puerta que conducía a la segunda habitación estaba cerrada con candado y sin llave. Reparé en ello inmediatamente… Comencé a toser y a golpear ligeramente con los tacones en el umbral, pero él aparentaba no oírme.

—¡Señor alférez! —dije con el tono más severo que pude—. ¿Es que no me ha visto entrar?

—¡Ah, buenos días, Maxim Maxímych! ¿No quiere fumar una pipa? —respondió sin incorporarse.

—¡Perdone! No soy Maxim Maxímich, sino el capitán.

—Es igual. ¿No quiere usted té? ¡Si supiera la preocupación que me atormenta!

—Lo sé todo —repuse, acercándome a la cama.

—Tanto mejor, no tengo humor para contar nada.

—Señor alférez, ha cometido usted un delito, cuya responsabilidad puede recaer también sobre mí…

—¿Y qué? ¿Qué mal hay en ello? Ya hace tiempo que lo compartimos todo.

—¿Qué bromas son esas? ¡Haga el favor de entregarme su espada!

—¡Mitka, trae la espada!…

Mitka obedeció. Una vez cumplido mi deber, me senté en la cama y dije:

—Escucha, Grigori Alexándrovich, confiesa que no está bien.

—¿Qué es lo que no está bien?

—Pues el que hayas raptado a Bela… ¡Qué bestia es ese Azamat!… Bueno, confiésalo —le dije.

—¿Y qué le voy a hacer, si me gusta?…

Dígame, qué podía responderle yo… Me quedé cortado. No obstante, tras una breve pausa, sugerí que, si el padre la reclamaba, habría que devolverla.

—Nada de eso.

—¡Pero él se enterará de que está aquí!

—¿Cómo se va a enterar?

Volví a quedarme cortado…

—Escúcheme, Maxim Maxímich —dijo Pechorin, incorporándose—, usted es persona bondadosa, y estará conmigo en que, si devolvemos la hija a ese salvaje, la degollará o la venderá. La cosa está hecha; luego no hay que estropearla a sabiendas; déjemela, y quédese con mi espada…

—Bueno, pero muéstreme a la muchacha —le pedí.

—Detrás de esa puerta está; pero en vano he intentado verla hoy; se ha acurrucado en un rincón, envuelta en su capa, no habla, ni mira; se asusta como una gacela salvaje. He contratado a nuestra cantinera, que sabe hablar el tártaro, para que la cuide y la acostumbre a la idea de que es mía. Porque a nadie pertenecerá más que a mí —añadió, dando un puñetazo en la mesa—. También con esto me conformé… ¿Qué otro partido tomar? Hay gente con la cual no hay más remedio que condescender.

—¿Y qué? —pregunté a Maxim Maxímich—, ¿consiguió que la chica se acostumbrara a él o se marchitó en el cautiverio, añorando la patria?

—¿Cómo añorando la patria? Desde la fortaleza se veían las mismas montañas que desde el *aúl*, y esos salvajes no necesitan otra cosa. Además, Grigori Alexándrovich le llevaba regalos diariamente; al principio, ella los repelía, altanera y en silencio, y los obsequios pasaban entonces a mano de la cantinera, estimulando su elocuencia. ¡Ah, los regalos! ¿Qué no hará una mujer por un trapo de color?… ¡Pero, bueno, eso es aparte!… Durante mucho tiempo, Bela se resistió a Grigori Alexándrovich; él, mientras tanto, estudiaba el tártaro, y ella había empezado a comprender algo nuestra lengua. Poco a poco se acostumbró a su presencia; primero le miraba de reojo, a hurtadillas. Siempre se la veía triste; y canturreaba a media voz, de tal modo, que hasta a mí me contagiaba su tristeza, cuando la oía desde la habitación vecina. Jamás olvidaré una escena; pasaba yo al lado de la casa y miré por la ventana; Bela estaba sentada en la cama, con la cabeza hundida en el

pecho, y Grigori Alexándrovich, de pie ante ella. «Escúchame, mi *peri*[21] —decía él—, tú sabes que tarde o temprano debes ser mía, ¿por qué te complaces en atormentarme? ¿Es que quieres a algún checheno? Si es así, te dejo volver inmediatamente a casa». Bela sufrió un estremecimiento apenas perceptible y movió la cabeza. «¿O bien —prosiguió él—, te soy tan odioso?». Ella suspiró. «¿Es que, tal vez, tu religión te prohíbe amarme?». La muchacha palideció, pero siguió callada. «Créeme, Alá es único para todos los pueblos, y si él me permite amarte, ¿por qué te va a prohibir que me pagues con lo mismo?». Bela le miró fijamente a las pupilas, como sorprendida por esa nueva idea; sus ojos expresaron desconfianza y deseos de convencerse. ¡Qué ojos! ¡Brillaban como ascuas!

—¡Escúchame, mi querida, mi buena Bela! —continuó Pechorin—. Tú ves cómo te amo; estoy dispuesto a darlo todo con tal de alegrarte; quiero que seas feliz; pero si sigues tan triste, me moriré. Dime, ¿verdad que vas a estar más alegre?

La joven permaneció pensativa, sin apartar de él sus negros ojos; después sonrió cariñosamente y movió la cabeza en señal de asentimiento. Él tomó su mano y comenzó a convencerla de que le besase; ella se defendía débilmente y no hacía más que repetir: «Ay, no, por favor, no». Pechorin insistía. Bela, temblando, se echó a llorar. «Soy tu prisionera —decía—, tu esclava; claro, me puedes obligar». Y vuelta a las lágrimas.

Grigori Alexándrovich se dio un puñetazo en la frente y salió de un salto a la otra habitación. Entré a verle; cruzadas las manos sobre el pecho, se paseaba sombrío de un extremo a otro. «¿Qué tal amigo?», le pregunté. «¡Es un diablo, y no una mujer! —me contestó—. Pero le doy palabra de honor que será mía…». Yo moví negativamente la cabeza. «¿Apuesta algo? —propuso él—. ¡Dentro de una semana!». «¡Conforme!». Sellamos la apuesta con un apretón de manos y nos despedimos.

Al día siguiente envió sin dilación un mensajero de compras a Kizliar; trajo un sinfín de diversas telas persas.

—¿Qué opina usted, Maxim Maxímich —me dijo enseñando los obsequios—, resistirá la beldad asiática a semejante batería?

—No conoce usted a las circasianas —le respondí—; son muy distintas de las georgianas o de las tártaras de Transcaucasia, completamente distintas. Tienen sus hábitos; están educadas de otro modo.

Grigori Alexándrovich sonrió y se puso a silbar una marcha.

Pues resultó que yo estaba en lo cierto: los regalos influyeron solamente a medias; se hizo menos díscola, más confiada, pero no pasó de ahí; por eso, Pechorin se decidió a emplear el último recurso. Una mañana ordenó que le ensillaran el caballo, se vistió a lo circasiano, ciñó las armas y entró en la habitación. «Bela —le dijo—, tú sabes lo mucho que te quiero. Decidí raptarte pensando que, al conocerme mejor, ibas a quererme, pero me he equivocado. ¡Adiós! Quédate como dueña de todos mis bienes; si así lo deseas, vuelve con tu padre, eres libre. Soy culpable ante ti, y debo castigarme; adiós, me voy. ¿A dónde? ¡Qué sé yo! Tal vez no corra mucho tiempo en pos de una bala o de un sablazo: entonces, acuérdate de mí y perdóname». Volvió la cabeza y le tendió la mano en son de despedida. Ella callaba, sin tocarle la mano. Mirando por la rendija, de pie tras la puerta, pude observar el semblante de la muchacha, y me dio lástima. ¡Qué palidez tan espantosa cubrió su bello rostro! Viendo que no obtenía respuesta, Pechorin dio unos pasos en dirección a la salida; temblaba y ¿sabe lo que le digo?, creo que era capaz de cumplir verdaderamente lo que decía bromeando. ¡Él era así! ¡Sabe Dios! Pero, tan pronto rozó la puerta, ella saltó, prorrumpió en llanto y se abalanzó a su cuello. ¿Quiere creerme? Yo, detrás de la puerta, también me eché a llorar, es decir, no es que llorase, sino que, en fin… estupideces…

El capitán guardó silencio.

—Sí, lo confieso —concluyó retorciéndose los bigotes—, me dolió que jamás ninguna mujer me hubiera querido así.

—¿Duró mucho tiempo su felicidad? —me interesé.

—Sí, ella nos confesó que, desde el mismo día en que vio a Pechorin, soñó a menudo con él, y que jamás ningún hombre le había producido semejante impresión. ¡Efectivamente, fueron felices!

—¡Qué aburrido! —exclamé involuntariamente—. Yo esperaba un desenlace trágico, y de pronto, ¡mis esperanzas se desvanecen!… ¿Pero es posible que el padre no sospechara que la tenían ustedes en la fortaleza?

—Qué quiere que le diga: yo creo que lo sospechaba, pero unos días más tarde supimos que al viejo le habían matado. Verá cómo fue…

Volvió a despertarse mi curiosidad.

—Debo decirle que Kázbich se imaginó que Azamat le había robado el caballo en connivencia con su padre; al menos, eso es lo que yo supongo. Y un día se puso al acecho cerca del camino, a unas tres verstas del *aúl*; el anciano regresaba de buscar inútilmente a su hija; sus *uzdeni*[22] se habían rezagado; era ya de noche; marchaba pensativo, al paso, cuando, de repente, Kázbich surgió como un gato de un matorral, se encaramó al caballo por la grupa, derribó al viejo de una puñalada, agarró las riendas y desapareció; algunos *uzdeni* lo vieron todo desde un montículo; se lanzaron en su persecución, pero lúe inútil.

—Se cobró el caballo y tomó venganza —aventuré para sonsacar la opinión de mi interlocutor.

—Claro; según sus costumbres, tenía absoluta razón —respondió el capitán.

No pude por menos de sorprenderme de la capacidad de los rusos para adaptarse a los hábitos de los pueblos con que conviven; 110 sé si será censurable o digna de alabanza esta peculiaridad de su intelecto; pero lo que sí demuestra es una increíble flexibilidad y ese claro sentido común que perdona el mal allí donde ve que es inevitable o imposible de extirpar.

Mientras tanto, nos habíamos bebido el té; los caballos, enganchados ya hacía tiempo, tiritaban fuera; la luna palidecía en el Oeste y se aprestaba a sumergirse ya entre sus negras nubes, suspendidas en las lejanas cumbres como jirones de una cortina desgarrada. Salimos de la *saklia*. A pesar del pronóstico de mi compañero de viaje, el tiempo había despejado y nos prometía una apacible mañana; cúmulos de estrellas se entrelazaban, formando caprichosos dibujos en el lejano horizonte, y se extinguían unas tras otras, a medida que el mortecino reflejo de Oriente se extendía por la bóveda, de un morado oscuro, iluminando poco a poco las abruptas laderas de las montañas, revestidas de inmaculada nieve. A derecha e izquierda negreaban sombríos y misteriosos abismos; y la niebla, remolineando y retorciéndose como una culebra, se escurría por las rugosidades de las rocas vecinas, como si presintiera y temiese la proximidad del día.

Todo era silencio en el cielo y en la tierra, como en el corazón del hombre en el momento de la oración matinal; solamente de vez en cuando soplaba una fresca brisa desde Oriente, alborotando las crines de los caballos cubiertas de escarcha. Arrancamos: cinco flacos caballejos tiraban penosamente de nuestros carros por un tortuoso camino hacia el monte Gud; íbamos a pie detrás, calzando con piedras las ruedas cuando los animales se paraban, exhaustos; parecía que el camino condujese al cielo, porque, en todo cuanto abarcaba la vista, seguía elevándose sin

interrupción hasta perderse en la nube que desde la tarde anterior flotaba sobre la cumbre del Gud como un buitre acechando la presa; crujía la nieve bajo nuestros pies; el aire iba enrareciéndose, hasta el punto de hacer daño al respirar; la sangre fluía continuamente a la cabeza, pero al mismo tiempo una sensación de bienestar iba inundando todas mis venas y produciéndome una inexplicable alegría; la de sentirme tan por encima del mundo. No discuto que era un sentimiento pueril, pero al alejarnos de los convencionalismos sociales y acercarnos a la Naturaleza nos hacemos involuntariamente niños: todo lo adquirido se desprende del alma y esta vuelve a ser tal como fue antaño y como probablemente volverá a ser. Quien, igual que yo, haya tenido ocasión de vagar por montañas desiertas, de contemplar larga, muy largamente, sus fantásticas formas y de aspirar con avidez el aire vivificador expandido entre sus precipicios, no dejará de comprender mi afán de transmitir, relatar, dibujar esos mágicos cuadros. Por fin subimos al Gud, nos detuvimos y miramos en derredor: una nube gris pendía sobre la cúspide, y su frío hálito amenazaba con una próxima tormenta; pero en el Este era todo tan luminoso y dorado, que nosotros, es decir, el capitán y yo, la olvidamos por completo… Sí, también el capitán: en los corazones sencillos el sentimiento de la hermosura y majestad de la Naturaleza es más vigoroso, cientos de veces más vivo que en nosotros, los que narramos, admirados, valiéndonos de la palabra y del papel.

—Supongo que usted ya estará habituado a estos magníficos cuadros —le dije.

—Sí, como también puede uno acostumbrarse al silbido de las balas, es decir, a ocultar el involuntario trepidar del corazón.

—Pues yo había oído decir, por el contrario, que para algunos viejos guerreros esa es incluso una música agradable.

—Evidentemente, si a eso vamos, es agradable; pero lo es tan solo porque obliga a latir más deprisa al corazón. Mire —añadió, señalando al Este—, ¡fíjese qué tierra!

En efecto; es dudoso que vuelva a ver un panorama semejante en cualquier otra parte: a nuestros pies se extendía el valle de Koishaur, atravesado por los hilos de plata del Aragva y de otro riachuelo; la niebla azulada resbalaba por él, esquivando los tibios rayos de la mañana y refugiándose en los cercanos desfiladeros; a derecha c izquierda, las crestas de las montañas, a cuál más alta, se entrecruzaban y extendían con su colcha de nieve y sus breñales. En lontananza, más montañas, pero no veríais en ellas dos rocas parecidas; y la nieve ardía con un

fulgor sonrosado tan alegre y brillante, que invitaba a quedarse a vivir allí para siempre; apuntaba el sol tras una montaña de un azul oscuro, a la que solamente una vista acostumbrada podría diferenciar de una nube tormentosa; pero por encima del sol había una franja sangrienta que atrajo la mayor atención de mi compañero.

—Ya le decía —exclamó— que hoy tendríamos tormenta; hay que apresurarse, pues, si no, podrá sorprendernos en el monte Krestóvaia. ¡Arread! —gritó a los cocheros.

A modo de frenos, liamos cadenas a las ruedas, para que no resbalaran; tomamos a los caballos por las jáquimas e iniciamos el descenso; a la derecha, un peñón; a la izquierda, un abismo de tal profundidad, que una aldea de osetios situada en el fondo parecía un nido de golondrinas; me estremecí al pensar en el correo que, sin salir de su traqueteante carruaje, recorre en las noches, unas diez veces al año, este camino, en el que dos carros no pueden cruzarse. Uno de nuestros cocheros era ruso, un campesino de la provincia de Yaroslavl; el otro, osetio. El osetio llevaba el caballo por la jáquima con todas las precauciones de rigor; a los otros dos los habían desenganchado; en cambio, nuestro negligente ruso ni siquiera había tenido a bien apearse del pescante. Cuando le indiqué que al menos debiera preocuparse de mi maleta, por la cual no tenía yo el más mínimo deseo de descender a aquel abismo, me replicó: «Señor, con la ayuda de Dios llegaremos tan bien como ellos; no es la primera vez». Llevaba razón: podíamos no haber llegado, pero, sin embargo, llegamos; y si todos los hombres razonaran más a menudo, se convencerían de que la vida no merece que uno se preocupe tanto de ella…

Ahora bien: ustedes tal vez desearán conocer la continuación de la historia de Bela. En primer término, lo que escribo no es un relato, sino apuntes de viaje; por lo tanto, no era yo quién para obligar al capitán a hablar antes de que, efectivamente, hubiera comenzado a hacerlo. Así pues, esperad, o si queréis, saltad algunas páginas, aunque no os lo aconsejo, porque el paso por el monte Krestóvaia (o como lo llama el sabio Gamba, le Mont St. Christophe[23]) es digno de vuestra atención. De modo que descendimos del Gud al valle de Chertova[24]… ¡Vaya un nombre romántico! Ya os habréis imaginado el antro del espíritu del mal entre rocas inaccesibles; pero no se trataba de eso: el nombre del valle de «Chertova» procede de la palabra «chertá», y no de «chort», porque antaño pasaba por aquí la frontera de Georgia. Abundaban en el valle las dunas de nieve, que traían vivamente a la memoria Sarátov, Tambov y otros *dulces* lugares de nuestra patria.

—¡Aquí tiene al Krestóvaia! —me dijo el capitán cuando descendimos al valle

de Chertova, señalando un cerrillo revestido por una sábana de nieve; sobre la cumbre erguía su negra silueta una cruz de piedra, al lado de la cual pasaba un camino apenas visible, que se utiliza solamente cuando la carretera lateral está obstruida por la nieve; nuestros cocheros dijeron que aún no se habían producido desprendimientos, y, para no exponer a los caballos, nos llevaron rodeando el monte. Al dar la vuelta, nos encontramos con unos cinco osetios, se ofrecieron a nosotros y, agarrándose a las ruedas, se pusieron a tirar de nuestra carreta, sujetándola a un tiempo, y acompañando de gritos la operación. El camino era, efectivamente, peligroso: a la derecha, suspendidas sobre nuestras cabezas, moles de nieve, que a cada impulso del viento parecían amenazar con derrumbarse sobre el desfiladero. El angosto camino estaba, en parte, cubierto de nieve, que en algunos lugares se hundía bajo los pies y en otros se había congelado a causa de los rayos del sol y de las helada nocturnas, hasta tal punto que nosotros mismos caminábamos con dificultad: los caballos se caían; a la izquierda se abría una profunda grieta por donde rodaba tumultuoso un torrente, bien ocultándose bajo una corteza helada, bien saltando, espumeante, sobre las negras piedras. ¡Dos horas tardamos en rodear el monte Krestóvaia! ¡Dos verstas en dos horas! Mientras tanto, las nubes habían descendido; comenzó a granizar y a nevar; el viento, irrumpiendo en los desfiladeros, aullaba y silbaba como Soloviéi-Rasbóinik[25]; y poco después la cruz de piedra quedó oculta por la niebla que, en oleadas sucesivas, cada vez más espesas y compactas, venía del Este… A propósito, sobre esa cruz existe una leyenda extraña, pero unánime: la de que la erigió el emperador Pedro I cuando pasó por el Cáucaso. Pero, en primer lugar, Pedro I estuvo solamente en el Daguestán y, en segundo, la cruz lucía una inscripción en grandes caracteres, diciendo que había sido colocada por orden del general Yermólov, y precisamente en 1824. No obstante, la leyenda, a despecho del letrero, está arraigada hasta el extremo de que, en verdad, no sabe uno a qué carta quedarse, tanto más no teniendo por costumbre creer en las inscripciones.

Había que descender aún cinco verstas por heladas rocas y fangosa nieve para llegar a la estación de Kobi. Los caballos estaban fatigados y nosotros ateridos; ululaba la tempestad con más y más violencia; creyérase que fuese una de nuestras nevascas del Norte, pero su salvaje cántico era más triste, más angustioso. «¡También tú, desterrada, lloras, añorando tus anchas y espaciosas estepas! —pensé yo—. Allí tienes donde desplegar tus alas frías; en cambio aquí te ahogas en tanta estrechez, como el águila que, gritando, aletea contra las rejas de su jaula de hierro».

—¡Mal asunto! —exclamó el capitán—. Mire, alrededor no se ve nada, solamente niebla y nieve; a cada paso podemos despeñarnos o quedarnos estancados, y, más abajo, el Baidara seguramente irá tan revuelto, que ni pasarlo

podremos. ¡Qué Asia más endemoniada! ¡No puede uno confiar ni en la gente ni en los ríos!

Los cocheros, entre gritos y blasfemias, fustigaban a los caballos que, pese a la elocuencia de los látigos, se resistían, reacios, a dar un solo paso, limitándose a bufar.

—Señor —dijo por fin uno—, está visto que hoy no llegaremos a Kobi; ¿no le parece que torzamos a la izquierda antes de que sea tarde? En aquella cuesta se ven puntos negros; seguramente son *saklias*: allí se hospedan los viajeros siempre que hace mal tiempo y —añadió, señalando a un osetio— estos dicen que nos conducirán si se les da una propineja para vodka.

—Lo sé, hermano, lo sé sin necesidad de que me lo digas —rezongó el capitán—. ¡Vaya unos bestias! Cualquier motivo es bueno para sacar con qué beber.

—Reconozca, sin embargo —aduje yo—, que sin ellos estaríamos peor.

—Así es, así es —masculló el capitán—. ¡Qué harto me tienen estos guías! Parece que olfatean dónde pueden aprovecharse, como si no pudiéramos encontrar el camino sin su ayuda.

Torcimos a la izquierda y, a trancas y barrancas, después de muchos esfuerzos, llegamos al mísero albergue, constituido por dos *saklias*, hechas de losas y pedruscos y rodeadas de una pared de igual calidad. Los harapientos dueños nos acogieron afablemente. Más tarde supe que el gobierno les paga y proporciona víveres con la condición de que den asilo a los viajeros sorprendidos por las tempestades. «¡No hay mal que por bien no venga! —dije yo, sentándome al lado del fuego—. Ahora terminará de contarme la historia de Bela; de seguro que la cosa no acabó así».

—¿Y por qué está usted tan seguro? —me replicó el capitán, guiñando un ojo y sonriendo con malicia.

—Porque no es corriente: lo que empieza de un modo extraordinario, debe terminar también así.

—Pues ha acertado usted…

—Me alegro mucho.

—Usted se alegra; yo, en cambio, solo de recordarlo me pongo triste. ¡Era una buena chiquilla Bela! Acabé por acostumbrarme a ella como a una hija, y ella también me quería. Sepa usted que no tengo familia: hace unos doce años que no recibo noticias de mi padre ni de mi madre; nunca se me había ocurrido antes tomar esposa, y ahora, ¿sabe?, no es para mis años; por lo tanto, me complació haber encontrado a quien mimar. Ella solía cantarnos o bailarnos la «lesguinka»[26]… ¡Cómo bailaba! He visto a nuestras señoritas de provincia, e incluso una vez, hará veinte años, asistí en Moscú a una velada en sociedad, pero ¡qué va! ¡Ni parecido!… Grigori Alexándrovich la vestía como una muñequita, la cuidaba y la mimaba. Tan guapa se nos puso, que era una maravilla; se le fue del rostro y de las manos el color tostado, se colorearon sus mejillas… ¡Había que ver lo alborozada que estaba y la de travesuras que me hacía!… ¡Dios la perdone!

—¿Y qué sucedió cuando le contasteis la muerte de su padre?

—Durante mucho tiempo se la ocultamos, hasta que se acostumbró a su situación; cuando se la comunicamos, estuvo llorando dos días, y después se olvidó.

Unos cuatro meses la cosa marchó a pedir de boca. Me parece haberle dicho que Grigori Alexándrovich era un apasionado de la caza. Le entusiasmaba el bosque y cazar jabalíes o cabras monteses; sin embargo, ahora ni siquiera trasponía los muros de la fortaleza. Mas, al poco tiempo, observé que volvía a quedarse pensativo, paseándose por la habitación con las manos cruzadas a la espalda; y en cierta ocasión se marchó de caza sin decir nada a nadie; estuvo ausente toda la mañana. Lo repitió una y otra vez, con mayor y mayor frecuencia… «No está bien eso —pensé yo—; seguramente algo habrá pasado entre ellos».

Una mañana entré en su casa. Lo recuerdo como si lo viera; Bela estaba sentada en la cama, con un negro *besbmet* de seda, tan pálida y triste, que me asusté.

—¿Dónde anda Pechorin? —inquirí.

—De cacería.

—¿Se ha ido hoy?

Ella no respondió, como si le costara trabajo hablar.

—No; salió ayer —dijo por fin, suspirando con pesadumbre.

—¿No le habrá ocurrido algo?

—He pasado todo el día de ayer pensando, pensando —me respondió llorosa—; me venían a la imaginación toda suerte de desgracias: que pudiera haberle herido un jabalí salvaje, o que un checheno se le hubiera llevado a las montañas… Pero hoy me parece que ya no me ama.

—De veras, querida, que no se te ha podido ocurrir mayor disparate.

Ella se echó a llorar; después levantó con orgullo la cabeza, se secó las lágrimas y continuó:

—Si no me quiere, ¿quién le impide enviarme a mi casa? Yo no le obligo. Pero si esto sigue así, yo misma me marcharé, no soy su esclava, ¡soy la hija de un príncipe!…

Traté de convencerla.

—Escúchame, Bela, ¿no ves que no puede estar sentado aquí, pegado a tus faldas? Es un hombre joven, le gusta ir de caza, cuando se canse, volverá; pero si te ve triste, se aburrirá antes de ti.

—¡Es verdad, es verdad! —respondió ella—. Seré alegre —y, echándose a reír, agarró su pandereta y se puso a cantar, a bailar y saltar a mi lado; sin embargo, no le duró mucho; de nuevo cayó sobre la cama y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Qué hacer? Yo, ¿sabe?, jamás he tratado con mujeres; estuve piensa que te piensa para ver cómo consolarla, sin que se me ocurriese nada. Permanecimos callados algún tiempo… ¡Una situación de lo más desagradable!

Por fin le propuse: «¿Quieres que vayamos a dar un paseo por las murallas? ¡Hace buen tiempo!». Estábamos en septiembre. Y, efectivamente, el día era divino, luminoso y templado; todas las montañas se veían como en la palma de la mano. Salimos, paseamos en silencio a lo largo de las murallas de la fortaleza; por último, Bela se sentó en el césped, y yo tomé asiento a su lado. Hasta recordarlo me da risa: la seguía como si fuese su niñera.

Nuestra fortaleza estaba en un alto, y el paisaje que se divisaba desde las murallas era magnífico: por una parte, un espacioso claro, surcado de varias *balkas*[27], finalizaba en un bosque, que se extendía hasta la propia cordillera, en la cual humeaban diseminados los *aúles* y pacían las yeguadas; por el otro lado corría

un riachuelo; tupidos matorrales, lindantes con él, cubrían las pedregosas colinas que, a su vez, se unían con la cadena principal del Cáucaso. Nosotros estábamos sentados en una esquina del bastión, así que podíamos divisarlo todo a ambos costados. Y súbitamente, veo que desde el bosque sale alguien a lomos de un caballo tordo; acercándose más y más, se detiene en el otro lado del río, a unas cien *sazhen*[28] de nosotros, y empieza a hacer piruetas con su caballo, como un loco. ¡Qué cosa más rara!…

—Fijate, Bela —dije yo—, tú que tienes los ojos más jóvenes, ¿quién es ese *dzhiguit* y a quién viene a divertir?…

Ella miró y exclamó:

—¡Es Kázbich!…

—¡Ah, bandolero! ¿Habrá venido a burlarse de nosotros? —me fijé y, en efecto, era Kázbich con su fisonomía renegrida, desharrapado y sucio como siempre.

—Es el caballo de mi padre —dijo Bela, asiéndome una mano, temblando como azogada y brillantes los ojos.

«¡Air! —pensé yo—. ¡También por ti, palomita, corre sangre de bandolero!».

—Ven para acá —me dirigí al centinela—, mira a ver si está cargado el fusil y tumba a ese buen mozo. Te valdrá un rublo de plata.

—A las órdenes de Usía; pero es que no se está quieto…

—Pues ordénaselo —respondí riéndome…

—¡Eh, simpático! —gritó el centinela agitando la mano—. Aguárdate un poquito, que das más vueltas que una peonza.

Efectivamente, Kázbich se detuvo y puso oído, creyendo, por lo visto, que querían proponerle algún trato. ¡Arreglado estaba!… Mi granadero apuntó… ¡Pal! Falló el tiro. Tan pronto como se vio el fogonazo de la pólvora, Kázbich espoleó el caballo y este saltó a un lado. Se alzó el jinete en los estribos, gritó en su lenguaje no se sabe qué, amenazando con el látigo, y desapareció.

—¡Vergüenza debiera darte! —reprendí al centinela.

—Se ha ido a buscar sitio donde morir, Usía —respondió él—; esta es una gente maldita, que no muere así como así.

Un cuarto de hora más tarde, regresó Pechorin de la caza. Bela se le abalanzó al cuello y no salió de su boca una queja ni un reproche por tan larga ausencia… Hasta yo me enfadé con él. «Fíjese usted —le dije—; Kázbich acaba de estar aquí, al otro lado del río, y le hemos hecho fuego. ¿Qué tendría de particular que se tropezara con él? Esos montañeses son gente vengativa: ¿cree que él no adivina que usted, en parte, ayudó a Azamat? Y apuesto lo que quiera a que ahora ha reconocido a Bela. Sé que hace un año ella le gustaba muchísimo —él mismo me lo dijo—, y si confiara en reunir un buen *kalim*, seguramente la hubiera pedido en matrimonio…». Pechorin quedó pensativo. «Sí —respondió—, hay que andarse con ojo. Bela, desde hoy no debes salir más a las murallas de la fortaleza».

Por la noche tuve con él una larga conversación: me daba pena que hubiera cambiado de actitud con la pobre chiquilla; además de pasarse la mitad del tiempo de cacería, la trataba con frialdad, sus caricias eran raras, y ella comenzó a marchitarse a ojos vistas; se alargó su carita, sus grandes ojos se empañaron. A veces, solía preguntarle: «¿Por qué suspiras, Bela? ¿Estás triste?». «No». «¿Necesitas algo?». «No». «¿Echas de menos a tus parientes?». «No tengo parientes». Pasaban días enteros sin que se consiguiera sacarle otras palabras que «sí» y «no».

Y de eso precisamente le hablé. «Escuche, Maxim Maxímich —me declaró—, tengo un carácter funesto; ignoro si será la educación la que me ha hecho así, o si Dios me ha creado de esta suerte; lo único que sé es que, si causo la desgracia de los demás, yo no soy menos desdichado. Cierto que esto no es un consuelo para ellos, pero esa es la verdad. Desde mi temprana juventud, a partir del momento mismo en que salí de la tutela de mis padres, me entregué locamente a todos los placeres que podía proporcionarme el dinero y, como es de suponer, esos placeres acabaron por asquearme. Después me lancé al gran mundo y en seguida me hastió también la sociedad; me prendaba de sus bellezas y ellas me correspondían, pero sus amores no bastaban más que a excitar mi imaginación y mi amor propio, dejándome vacío el corazón… Comencé a leer, a estudiar, pero aborrecí, asimismo, las ciencias; comprendí que ni la gloria ni la felicidad dependían de ellas, ni mucho menos, ya que las personas más dichosas eran ignorantes, y la gloria consiste en la buena fortuna, cuya consecución no requiere más que habilidad. Entonces me sentí aburrido… Poco después me trasladaron al Cáucaso: ese fue el momento más feliz de mi vida. Confiaba en que no habría lugar al tedio bajo las balas de los chechenos; vana creencia: al cabo de un mes me había familiarizado tanto con el silbido de las balas y la proximidad de la muerte, que, se lo aseguro, prestaba más atención a los

mosquitos, y me sentí más hastiado que antes, porque había perdido casi la última esperanza. Cuando vi a Bela en mi casa y cuando, teniéndola por vez primera en mis rodillas, besaba sus negros rizos, pensé, ¡tonto ele mí!, que era un ángel enviado por el piadoso destino… y de nuevo me equivoqué: el amor de una salvaje es poco mejor que el de una dama distinguida; la ignorancia y la simplicidad de la una cansan tanto como la coquetería de la otra. Si le interesa saberlo, la quiero todavía, le estoy agradecido por algunos momentos dulces, daría por ella la vida, pero me aburro con ella… No sé si soy un necio o un malvado; pero la pura verdad es que también soy muy digno de compasión, tal vez más que ella: mi alma está depravada por el mundo, mi imaginación es inquieta, mi corazón insaciable; nada me basta; me acostumbro a la amargura tan fácilmente como al deleite, y mi vida se hace más huera cada día; tan solo me queda un recurso: viajar. En cuanto haya ocasión, me marcharé, pero no a Europa, ¡Dios me libre! Iré a América, a Arabia, a la India, tal vez encuentre la muerte por el camino, en cualquier parte. Por lo menos estoy convencido de que las tempestades y los detestables caminos harán duradero este último consuelo». Así me estuvo hablando mucho tiempo, y sus palabras quedaron grabadas en la memoria, porque era la primera vez que oía cosas semejantes de un joven de veinticinco años, y Dios quiera que sea la última… ¡Qué barbaridad! «Dígame, por favor —añadió el capitán dirigiéndose a mí—: Usted, según parece, estuvo hace poco en la capital. ¿Es posible que allí toda la juventud sea por el estilo?».

Le respondí que eran muchos los que así hablaban; que probablemente habría entre ellos quienes dijeran la verdad; que, por otra parte, la desilusión, como tantas otras modas, comenzando por las capas superiores de la sociedad, ha descendido a las inferiores, las cuales las llevan de segunda mano, y que, en la actualidad, los que más se aburren, realmente, tratan de ocultar esa desgracia como un vicio. El capitán no entendió tales sutilezas, movió la cabeza y sonrió con picardía:

—De fijo que son los franceses los que han traído esa moda del tedio.

—No, los ingleses.

—¡Ah, ya!… —respondió él—. ¡Es natural: siempre han sido unos borrachines empedernidos!

Recordé, por asociación, a una señora moscovita que afirmaba que Byron no fue más que un borrachín. Por lo demás, la observación del capitán era más disculpable: para abstenerse del vino, trataba, evidentemente, de convencerse de

que todas las calamidades del mundo procedían de la embriaguez.

Entretanto, el capitán prosiguió su relato del siguiente modo:

—Kázbich no volvió a aparecer. Pero, sin que pudiera explicarme la razón, no se apartaba de mí la idea de que no había venido sin más ni más y de que planeaba alguna fechoría.

Una vez Pechorin se empeñó en que le acompañase a cazar jabalíes; durante mucho tiempo me negué: ¡qué aliciente podía ofrecerme un jabalí! No obstante, consiguió arrastrarme con él. Nos llevamos unos cinco soldados y salimos de madrugada. Hasta las diez de la mañana husmeamos por los cañaverales y por el bosque, sin encontrar a la fiera. «Qué, ¿no será cosa de regresar? —insinué yo—. ¿A qué obstinarnos? ¡Bien se ve que es un día desdichado!». Pero Grigori Alexándrovich, a pesar del calor y del cansancio, no quiso regresar sin botín… Así era: si se empeñaba en algo, no cedía; de fijo que en su infancia le había mimado su mamaíta… Por fin, al mediodía encontramos al maldito jabalí, ¡pif-paf!… ¡pero, quia!, se escabulló por los cañaverales… ¡Era un día realmente desgraciado!… Y, después de descansar un rato, nos dirigimos a casa.

Marchábamos en silencio, sueltas las bridas; ya estábamos al lado mismo de la fortaleza; solamente unos matorrales nos la ocultaban. De pronto oímos un disparo… Nos miramos, embargados por la misma sospecha… Partimos al galope en la dirección del estampido y vimos en la muralla soldados que, apiñados en montón, señalaban hacia el campo, donde un jinete volaba con la velocidad de una saeta, sujetando en la silla una cosa blanca. Grigori Alexándrovich lanzó un alarido digno de cualquier checheno; desenfundó el fusil y se precipitó en su seguimiento; yo salí detrás.

Por suerte, la poca fortuna de nuestra caza no había dado pie a que se cansasen los caballos: corrían raudos, y a cada instante nos acercábamos más y más… Por fin, reconocí a Kázbich, pero no pude distinguir lo que llevaba por delante. Coloqueme entonces al nivel de Pechorin y le grité: «¡Es Kázbich!». Me miró, asintió con la cabeza y fustigó al caballo.

Terminamos por ponérnosle a tiro de fusil: no sé si su montura estaba fatigada o era peor que las nuestras; el caso es que, a pesar de todos sus esfuerzos, no avanzaba gran cosa. Pienso que en aquella ocasión se acordaría de su Karaguioz…

De repente vi que Pechorin, al galope, apuntaba con el fusil… «¡No dispare! —le grité—. Economice los cartuchos; de todas formas le alcanzaremos». ¡Ah, la juventud! Siempre se acalora a destiempo… El tiro salió, y la bala atravesó una de las patas traseras del animal que, enardecido, dio todavía unos diez saltos, tropezó y cayó de rodillas. Kázbich saltó a tierra, y entonces acertamos a ver lo que llevaba en los brazos: una mujer envuelta en una *chadrá*. Era Bela… ¡Pobre Bela! Kázbich nos gritó algo en su lenguaje y blandió un puñal sobre ella… No había tiempo que perder; disparé al azar; la bala debió darle en el hombro, porque instantáneamente dejó caer el brazo… Cuando se disipó el humo, vi que en el suelo yacía el caballo herido, y a su lado Bela; Kázbich, abandonando el rifle, trepaba como un gato, peñas arriba por entre la maleza; sentí deseos de quitarle de en medio, pero tenía descargado el fusil. Nos apeamos y corrimos hacia la joven. La infeliz estaba inmóvil, y la sangre corría a raudales de su herida… ¡Qué infame! Bien pudiera haberle metido la puñalada en el corazón; todo habría terminado en el acto; pero no: en la espalda… ¡el golpe más canallesco! Bela seguía sin conocimiento. Desgarramos la *chadrá* y vendamos la herida lo más prieto posible; en vano Pechorin besaba sus labios fríos; nada la hacía volver en sí.

Pechorin se subió al caballo; levanté a Bela del suelo y a duras penas pude sentársela en la silla: él la rodeó con un brazo y dimos la vuelta. Pasados unos minutos de silencio, Grigori Alexándrovich me dijo: «Escuche, Maxim Maxímich, de este modo no llegará con vida». «Es cierto», respondí yo, y nos lanzamos al galope. A la entrada de la fortaleza nos esperaba un verdadero gentío; trasladamos cuidadosamente a la herida a casa de Pechorin y enviamos a buscar al médico. Aunque borracho, vino; la examinó y declaró que no le quedaba más que un día de vida; pero se equivocó…

—¿Sanó? —pregunté al capitán, agarrándole de la mano y dejándome llevar por la alegría.

—No —respondió—; el médico se equivocó, porque vivió aún dos días.

—Pero, explíqueme, ¿cómo pudo raptarla Kázbich?

—Pues así: a pesar de que Pechorin se lo tenía prohibido, Bela salió de la fortaleza en dirección al río. Hacía mucho calor, ¿sabe? Se sentó en una piedra y metió los pies en el agua. Kázbich acercóse cautelosamente, la agarró, la amordazó y la arrastró a los matorrales; una vez allí, saltó sobre el caballo y echó a correr. Mientras tanto, Bela se las ingenió para dar un grito; los centinelas se alborotaron, abrieron fuego, pero se les escapó el blanco. En ese momento llegamos nosotros.

—Mas ¿para qué quería raptarla Kázbich?

—¡Vaya una pregunta! Esos circasianos tienen fama de ladrones: no pueden dejar de robar lo que está mal guardado, incluso aunque no les haga falta. En eso hay que disculparles. Además, ella le gustaba hacía tiempo.

—¿Y murió Bela?

—Murió; pero después de largos sufrimientos, que también nos hicieron padecer lo nuestro. Aproximadamente a las diez de la noche recobró el conocimiento; nosotros estábamos sentados junto a su cama, y tan pronto abrió los ojos comenzó a llamar a Pechorin. «Estoy aquí, a tu lado, *dzhánechka* mía» (es decir, alma mía, en nuestro idioma) —respondió él, tomándole una mano—. «Me muero», susurró Bela. Tratamos de consolarla diciendo que el médico había prometido curarla infaliblemente. Ella movió la cabecita y se volvió hacia la pared: ¡no quería morir!…

Por la noche comenzó a delirar; su cabeza ardía, temblores de fiebre recorrían a veces todo su cuerpo; pronunciaba frases incoherentes, refiriéndose a su padre, a su hermano; quería reintegrarse a las montañas, a su casa… También habló después de Pechorin. Tan pronto le prodigaba un sinfín de nombres cariñosos, como le reprochaba el haber dejado de amar a su *dzhánechka*…

Él escuchaba en silencio, con la cabeza hundida entre las manos; pero en todo el tiempo no observé una sola lágrima en sus ojos; no sé si en realidad no podía llorar o si se dominaba; en cuanto a mí, le aseguro que nunca había visto nada tan lastimoso.

Al amanecer dejó de delirar; durante una hora permaneció inerte, lívida, y tan débil, que a duras penas se le notaba la respiración; después se sintió mejor y empezó a hablar; pero ¿de qué creerá usted?… ¡Solo a un agonizante se le ocurre!… Comenzó a lamentarse de no ser cristiana, de que en el otro mundo su alma jamás se encontraría con la de Grigori Alexándrovich, y de que otra mujer sería su compañera en el paraíso. Yo discurrí bautizarla antes de morir; se lo propuse; ella me miró indecisa y durante mucho tiempo no pudo pronunciar palabra; por fin respondió que moriría con la fe en que había nacido. Así transcurrió un día entero. ¡Cómo cambió en ese día! Sus pálidas mejillas se hundieron, los ojos se le agrandaron, desorbitados, los labios le ardían. Un fuego interno la abrasaba, como si en el pecho tuviera un hierro candente.

Llegó otra noche; nosotros no pegamos ojo, ni nos apartamos de su lecho. Padecía terriblemente, gemía; pero en cuanto disminuía el dolor, trataba de convencer a Grigori Alexándrovich de que le iba mejor, de que se fuera a dormir; le besaba la mano, sin soltarla de entre las suyas. Antes de que amaneciera se sintió presa de las angustias de la muerte; agitada, se arrancó la venda y la sangre volvió a correr. Cuando le vendaron la herida, se tranquilizó un momento y pidió a Pechorin que la besara. Él se arrodilló al lado de la cama, le alzó de la almohada la cabeza y acercó sus labios a los de ella, casi fríos ya; Bela le rodeó fuertemente el cuello con sus brazos trémulos, como si en aquel beso quisiera transmitirle el alma entera… Sí, ¡hizo bien en morirse! ¿Qué habría sido de ella si Grigori Alexándrovich la hubiese abandonado? Y esto ocurriría tarde o temprano…

La mitad del día siguiente se mantuvo silenciosa, serena y dócil, pese a que nuestro médico la atormentó con medicinas y cataplasmas. «Tenga compasión —le objetaba yo—, si usted mismo ha dicho que morirá infaliblemente, ¿a qué vienen, entonces, todos esos remedios?». «De todas maneras, Maxim Maxímich, es mejor —me respondía—, para tener la conciencia tranquila». ¡Arreglado estaba! ¡Vaya una conciencia!

Pasado mediodía, comenzó a torturarla la sed. Abrimos las ventanas, pero fuera hacía más calor que en la habitación; pusimos hielo al lado de la cama; nada la aliviaba. Yo sabía que aquella sed irresistible era un indicio del próximo fin, y se lo advertí a Pechorin. «¡Agua, agua!», decía ella con voz ronca, incorporándose en la cama.

Pechorin se puso blanco como el lienzo, cogió un vaso, lo llenó y le dio de beber. Me tapé los ojos con la mano y comencé a rezar una oración, no recuerdo cuál… Sí, amigo, he visto morir a mucha gente en los hospitales y en el campo de batalla, pero es distinto, muy distinto… Le confieso, además, otra cosa que me entristece: antes de expirar, no se acordó de mí una sola vez, y eso que yo la quería como un padre… ¡Pero, bueno, que Dios la perdone!… Y, en verdad, ¿quién soy yo para que me recordara antes de morir?

Tan pronto se bebió el agua, sintióse mejor, y falleció a los tres minutos. Le pusimos un espejo ante la boca: nada… Saqué a Pechorin del cuarto, y nos fuimos a las murallas de la fortaleza: caminamos de aquí para allá largo tiempo, sin proferir palabra, con las manos atrás; su semblante no expresaba ninguna emoción particular, y eso me producía rabia; yo, en su lugar, me hubiera muerto de pena. Por último, se sentó en el suelo, a la sombra, y se puso a trazar no sé qué dibujos en la arena con un palito. Yo, ¿sabe?, más que nada por cumplir, quise darle consuelo

con unas palabras; él alzó la cabeza y se echó a reír… Sentí que se me helaba la sangre al oír la risa… Me marché a encargar el ataúd.

Confieso que si me hice cargo de los preparativos del entierro fue, en parte, por distraerme. Tenía un trozo de *termalama*[29]; guarnecí con ella el ataúd y lo adorné con los galones circasianos de plata que Grigori Alexándrovich había comprado para Bela.

Al día siguiente, por la mañana temprano, la enterramos fuera de la fortaleza, a la orilla del río, en el mismo sitio donde estuvo sentada por última vez; alrededor de su tumba crecen ahora frondosos arbustos de acacias blancas y saúco. Quise poner una cruz, pero ¿sabe?, me dio reparo, pues, al fin y al cabo, no era cristiana…

—¿Y qué ha sido de Pechorin? —indagué yo.

—Pechorin estuvo enfermo mucho tiempo; se quedó el pobre muy desmejorado; y a partir de entonces jamás hablamos de Bela; me daba cuenta de que le disgustaría y ¿para qué? Unos tres meses más tarde le destinaron al regimiento X… y se fue a Georgia. Desde ese momento acá no hemos vuelto a vernos… Recuerdo que, hace poco, no sé quién me dijo que había regresado a Rusia, pero su destino no salió en la Orden del Cuerpo. Por otra parte, a nosotros nos llegan muy tarde tales noticias.

Aquí la emprendió con una larga disertación sobre lo desagradable que es enterarse de los sucesos un año más tarde; probablemente lo hacía para ahogar recuerdos tristes.

Yo ni le interrumpía, ni le escuchaba.

Al cabo de una hora se nos presentó la oportunidad de reanudar el viaje. La tempestad había amainado; despejose el cielo, y partimos. Ya en camino, no resistí al incentivo de volver a la conversación sobre Bela y Pechorin.

—¿Y no sabe lo que fue de Kázbich? —pregunté.

—¿De Kázbich? Pues la verdad, no lo sé… Tengo entendido que en el flanco derecho[30] de los *shapsuguis*[31] se bate un tal Kázbich, un valentón que lleva un *beshmet* encarnado, cabalga al paso bajo los tiros de los nuestros y saluda con mucha cortesía cuando una bala le silba de cerca; pero no creo que sea el mismo Kázbich…

Maxim Maxímich y yo nos separamos en Kobi; yo tomé una diligencia y él, a

causa de su gran equipaje, no pudo seguirme. No esperábamos vernos más; sin embargo, volvimos a encontrarnos y, si queréis, os lo referiré: es una verdadera historia… Pero reconoced que Maxim Maxímich es un hombre digno de respeto… Si lo confesáis, me sentiré recompensado plenamente por mi relato, demasiado largo, quizá.

II. MAXIM MAXÍMICH

Después de separarme de Maxim Maxímich, traspuse rápidamente los desfiladeros del Térek y del Darial, desayuné en Kazbiek, tomé té en Lars y llegué a la hora de cenar a Vladikavkaz. Os hago gracia de la descripción de las montañas, de exclamaciones que nada expresan, de cuadros que nada representan, sobre todo para quien no ha estado allí, y de observaciones estadísticas que no serían leídas absolutamente por nadie.

Me hospedé en una hostería en que se detienen todos los viajeros y donde, a pesar de eso, no hay a quién ordenar que ase un faisán y prepare una sopa, porque los tres inválidos encargados de ella son tan tontos o tan borrachos, que nada se puede conseguir de ellos.

Me dijeron que tendría que aguardar allí unos tres días, porque la «ocasión» procedente de Yekaterinogrado[32] aún no había llegado, y por lo tanto no podía hacer el viaje de vuelta. ¡Vaya una ocasión!… Pero un mal juego de palabras no acierta a consolar a un ruso, y, a fin de distraerme, se me ocurrió apuntar el relato de Maxim Maxímich sobre Bela, sin imaginarme que sería el primer eslabón de una larga cadena de novelas; ya estáis viendo las funestas consecuencias que a veces acarrea un suceso de poca importancia… Ustedes tal vez ignoren lo que significa «ocasión». Pues significa una escolta, formada por media compañía de infantería y un cañón, que acompaña a los convoyes a través de Kabardá, desde Vladikavkaz a Yekaterinogrado.

El primer día lo pasé muy aburrido; a la mañana siguiente, temprano todavía, entró en el patio una carreta… ¡Ah, Maxim Maxímich!… Nos saludamos como viejos amigos. Le ofrecí mi habitación y no se anduvo con cumplidos; incluso me dio una palmada en el hombro y torció la boca en un gesto con amagos de sonrisa. ¡Qué hombre más chusco!…

Maxim Maxímich poseía profundos conocimientos del arte culinario: asó a las mil maravillas un faisán, lo adobó sabrosamente con salsa de pepinos, y debo confesar que, a no ser por él, habría tenido que conformarme con fiambres. Una botella de vino de Kajietia contribuyó a que olvidásemos el exiguo número de platos, que no pasaba de uno, y encendiendo las pipas nos sentamos: yo, al lado de

la ventana, él, junto a la estufa encendida, porque el día era frío y húmedo. Permanecíamos callados. ¿De qué íbamos a hablar?… Él me había contado todo lo que en su vida había de interesante; y yo, sin nada que referir, me puse a mirar por la ventana. Se veían entre los árboles numerosas casuchas esparcidas por la orilla del Terek, que iba ampliándose en el horizonte; y más allá azuleaban las montañas como muros almenados. Detrás sobresalía el Kazbiek con su blanco capelo cardenalicio. Mentalmente, me despedía de ellos; me apenaba dejarlos…

Así nos mantuvimos largo tiempo. El sol se había ocultado tras las frígidas cumbres, y una niebla blancuzca comenzaba a invadir los valles, cuando se oyó fuera tintineo de cascabeles y gritos de cocheros. Varias carretas regentadas por mugrientos armenios entraron en el patio de la hostería seguidas de una calesa de viaje vacía; su grácil movimiento, su comodidad y elegancia le atribuían un cierto sello extranjero. Marchaba detrás un individuo de grandes bigotes, con una guerrera a lo húsar, bastante bien vestido para el oficio de lacayo; la arrogancia con que sacudía la ceniza de su pipa y gritaba al cochero bastaba a deshacer cualquier equívoco respecto a su condición. Era, a todas luces, el criado favorito de algún señor indolente, una especie de Fígaro ruso.

—Dime, buen mozo —le grité desde la ventana—, ¿ha llegado la «ocasión»?

Me miró con bastante insolencia, se arregló la corbata y me dio la espalda; un armenio, que marchaba a su lado, sonriose y respondió por él que, en efecto, había llegado la «ocasión», y a la mañana siguiente saldría de vuelta.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Maxim Maxímich, que en aquel momento había acudido a la ventana—. ¡Qué magnífica calesa! —añadió—; será de algún funcionario que va de investigación a Tiflis. Bien se ve que no conoce nuestras montañas. ¡Pues vas equivocado, amigo! No son tan acogedoras, y la traquetearían aunque fuera inglesa.

—¿Y quién podrá ser el dueño? Venga, procuraremos enterarnos…

Salimos al pasillo. Al final del corredor estaba abierta la entrada de una habitación lateral, a la que el lacayo y el cochero trasladaron el equipaje.

—Escucha, hermano, ¿de quién es esa magnífica calesa?… —preguntó el capitán—. ¿Eh?… ¡Estupenda!…

El lacayo, sin dignarse dar la cara, mascullaba algo para sus adentros, desatando una maleta. Maxim Maxímich se enfadó, tocó al descomedido en un

hombro y le dijo:

—A ti te lo pregunto, simpático…

—¿Qué de quién es la calesa?… Pues de mi señor…

—¿Y quién es tu señor?

—Pechorin…

—¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Pechorin?… ¡Ah, Dios mío!… ¿No sirvió un tiempo en el Cáucaso?… —exclamó Maxim Maxímich, tirándome de la manga. Sus ojos irradiaban júbilo.

—Sí, me parece que sirvió; pero yo hace poco que estoy con él.

—Claro, hombre, claro… Grigori Alexándrovich… ¿no es así como se llama?… Tu señor y yo fuimos amigos —añadió, descargando en el hombro del lacayo una palmada tan efusiva, que le hizo tambalearse…

—Por favor, caballero; me está usted estorbando —gruñó el lacayo con ceño agrio.

—¡Qué poco aguante tienes, hermano!… Tu señor y yo, ¿sabes?, éramos amigos entrañables, vivíamos juntos… ¿Pero dónde anda él ahora?

El criado respondió que Pechorin se había quedado a cenar y a dormir en casa del coronel N…

—¿Y no pasará por aquí esta noche? —inquirió Maxim Maxímich—. O acaso tú, simpático, tendrás que ir para algo allí donde esta él… Si vas, dile que está aquí Maxim Maxímich; con eso basta… él sabe… Te daré una propineja de ochenta *kopecks*…

El lacayo hizo una mueca despectiva al oír tan modesto ofrecimiento; no obstante, aseguró al capitán que cumpliría su encargo.

—Vendrá a escape —me dijo Maxim Maxímich con expresión de triunfo—, iré a esperarle ahí fuera… ¡Eh! ¡Qué lástima que no conozca a N…!

Sentóse en un banco que había en la calle al lado de la puerta, y yo me retiré a

mi habitación. Confieso que también me embargaba cierta impaciencia por ver aparecer al tal Pechorin. Aunque, por el relato del capitán, había formado de él un concepto no muy favorable, me parecía que algunos rasgos de su carácter eran dignos de admirar. Una hora más tarde, uno de los inválidos me trajo un samovar hirviendo y una tetera.

—Maxim Maxímich, ¿no quiere té? —le grité desde la ventana.

—Gracias, no tengo ganas.

—¡Venga y tome un poco! Mire que es tarde y hace frío.

—No importa; se lo agradezco…

—Bueno, como guste.

Me puse a tomar el té solo; al cabo de diez minutos entró mi buen capitán.

—Tiene usted razón, más vale que beba un trago; pero es que como esperaba que viniera… Va para largo que se fue el criado; de fijo que algo le habrá retenido.

Bebió apresuradamente una taza de té, rehusó la segunda y salió de nuevo a la calle con atisbos de inquietud; era evidente que al viejo le contrariaba la frialdad de Pechorin, tanto más que poco antes me había encomiado su amistad y hacía una hora estaba aún convencidísimo de que vendría a todo correr tan pronto como oyera su nombre.

Ya era tarde y había anochecido cuando abrí de nuevo la ventana y llamé a Maxim Maxímich, diciéndole que era hora de recogerse; contestó algo entre dientes; repetí la invitación y no obtuve respuesta alguna.

Arrebujado en el capote, me tumbé en el diván, dejando en la palmatoria una vela encendida; concilié el sueño enseguida, y habría dormido de maravilla si, ya muy tarde, no me despierta Maxim Maxímich al entrar en la habitación. Arrojó la pipa sobre la mesa, comenzó a andar de un lado para otro, a atizar la estufa y, por fin, se acostó, pero pasó tosiendo largo rato; escupía, daba vueltas…

—¿Le pican las chinches? —pregunté.

—Sí, las chinches… —respondió, suspirando entristecido.

Al día siguiente me desperté temprano; pero Maxim Maxímich se me había adelantado. Le encontré a la puerta, sentado en el banco.

—Necesito ver al comandante de la plaza —me dijo—; así que, por favor, si viene Pechorin, envíe a buscarme…

Se lo prometí, y salió corriendo, como si sus piernas hubieran recobrado el vigor y la agilidad de la juventud.

La mañana era hermosa dentro de su frescor. Nubes doradas se aglomeraban en los montes, cual una nueva cordillera etérea; ante la hostería se dilataba una espaciosa explanada; bullía detrás de ella el mercado, porque era domingo: descalzos chicuelos osetios, llevando a sus espaldas zurrones con orzas de miel, giraban a mi alrededor; sin humor para aguantarlos, los ahuyenté. Empezaba a compartir la inquietud del bueno del capitán.

No habrían pasado ni diez minutos, cuando en el extremo de la plaza apareció el que esperábamos. Venía con el coronel N… que, acompañándole hasta la hostería, se despidió de él y torció hacia la fortaleza. Inmediatamente envié a un inválido en busca de Maxim Maxímich.

Al encuentro de Pechorin salió su lacayo: le informó que el tiro se engancharía al momento, le entregó una caja de cigarros puros y, después de recibir algunas órdenes, se marchó a ejecutarlas. Su señor encendió un cigarro, bostezó un par de veces y se sentó en el banco que estaba al lado de la puerta. Debo ahora dibujar su retrato.

Era de estatura mediana; su talle, esbelto y fino, y la anchura de sus hombros denotaban una constitución recia, apta para soportar todos los rigores de la vida nómada y el cambio de climas, no quebrantada por las disolutas costumbres de la capital ni por las tormentas espirituales; su polvoriento levitín de terciopelo, abrochado solamente con los dos botones inferiores, ofrecía a la vista una camisa resplandeciente de limpieza, signo de que se trataba de persona seria; los manchados guantes parecían hechos a la medida de su pequeña y aristocrática mano, y cuando se quitó uno, me sorprendió la delgadez de los dedos marfileños. Sus andares eran desaliñados y perezosos, mas observé que no braceaba, seguro indicio de un carácter algo reservado. Pero esta es una impresión muy particular, fruto de mis propias observaciones, y no aspiro a imponérosla ni a que la admitáis ciegamente. Al sentarse en el banco, su erguido talle se dobló, como si la espalda careciera de todo hueso; la posición de su cuerpo dejaba entrever una cierta

debilidad nerviosa; sentado, su postura era la de una coqueta de treinta años en su sillón de plumas después de un baile extenuador, tal como las pinta Balzac. A la primera ojeada, no le eché más de veintitrés años, aunque después me incliné a darle treinta. Había en su sonrisa un aire infantil. La piel tenía cierta delicadeza femenina; sus rubios cabellos ondulados orlaban de un modo muy original la pálida y noble frente, en la cual solo una larga observación podría descubrir huellas de arrugas entrecruzadas, que seguramente resaltarían más en los momentos de ira o de conmoción espiritual. A pesar de lo claro de su cabello, el bigote y las cejas eran negros, síntoma de raza en el hombre, como la crin y la cola negra en el caballo blanco. Para terminar su retrato diré que tenía una nariz algo respingona, los dientes de una blancura deslumbrante y los ojos castaños; a propósito de sus ojos he de añadir unas palabras.

Lo primero es que no se reían cuando reía él. ¿Nunca habéis tenido ocasión de observar semejante fenómeno en algunas personas?… Es indicio de mal carácter o de tristeza profunda y constante. A través de sus pestañas semientornadas, las pupilas brillaban con un fulgor fosforescente, si es que cabe esta expresión. No era el reflejo de una llama interna o de una rica fantasía: era un brillo símil al del acero pulido, deslumbrador, pero frío; su mirada fugaz, penetrante y dura, dejaba la impresión desagradable de una pregunta indiscreta, y hubiera podido reputarse de insolente si no expresara tanta serenidad e indiferencia. Tal vez todas estas observaciones se me ocurrieran porque conocía ciertos antecedentes de su vida: quizá a otra persona su aspecto le hubiera producido una sensación completamente distinta; pero como nadie más que yo os hablará de él, tendréis que contentaros con lo descrito. Resumiendo, diré que era guapo y poseía una de esas fisonomías originales que tanto gustan a las mujeres de la alta sociedad.

Los caballos ya estaban enganchados; sonaba con intermitencias el cascabel de la collera; el lacayo se había acercado dos veces a Pechorin, comunicándole que todo estaba dispuesto, pero Maxim Maxímich seguía sin aparecer. Afortunadamente, Pechorin, sumido en una profunda meditación, contemplaba los azulados picos del Cáucaso, y no mostraba mucha prisa por partir. Me llegué a él.

—Si usted se digna esperar un poco —le dije tendrá el placer de ver a un viejo amigo…

—¡Ah, es verdad! —respondió rápidamente—. Me lo dijeron ayer: pero ¿dónde está?

Me volví hacia la plaza y vi a Maxim Maxímich, que venía corriendo a más

no poder… Unos minutos después, ya le teníamos a nuestro lado; respiraba a duras penas; el sudor le corría a torrentes por el rostro; húmedos mechones de sus canosos cabellos, escapados del gorro, se le habían pegado a la frente; le temblaban las rodillas… Quiso lanzarse al cuello de Pechorin, pero este, bastante frío, aunque con afable sonrisa, le tendió la mano. El capitán quedó estupefacto un instante, mas, recuperándose pronto, se la estrechó ávidamente entre las suyas: aún no había tomado aliento para hablar.

—¡Cuánto me alegro, querido Maxim Maxímich! ¿Qué hay, cómo está? —dijo Pechorin.

—¿Y… tú?… ¿Y usted?… —murmuró el viejo con lágrimas en los ojos—. ¡Cuántos años!… ¡cuántos días!… ¿y qué camino lleva?

—Voy a Persia, y más allá…

—¡Pero no se irá ahora mismo!… ¡Espere, querido!… ¿Cómo vamos a separarnos sin más ni más?… ¡Después de tanto tiempo sin vernos!…

—Se me hace tarde, Maxim Maxímich —fue la respuesta.

—¡Por Dios! ¡Por Dios! ¿Pero adónde va con esa prisa? Me gustaría decirle tantas cosas… Tengo tanto que preguntarle… ¿Y qué tal? ¿Está retira-tío?… ¿Qué vida lleva?… ¿Qué ha hecho desde entonces?

—Aburrirme —respondió Pechorin, sondándose.

—¿Se acuerda de cuando vivíamos en la fortaleza?… Magnífica tierra para la caza… ¡Cómo le apasionaba a usted! ¿Y Bela?…

Pechorin palideció levemente y volvió el rostro.

—Sí, lo recuerdo —dijo, y a continuación bostezó con embarazo…

Maxim Maxímich comenzó a rogarle que se quedara con él un par de horas.

—Comeremos como príncipes —le explicaba—, tengo dos faisanes, y hay aquí un vino de Kajietia estupendo… Cierto que no llega al de Georgia, pero es de la mejor calidad… Hablaríamos… me contaría su vida en Petersburgo… ¿Qué le parece?…

—En verdad que nada tengo que contar, querido Maxim Maxímich… Conque, adiós, debo marcharme… tengo prisa… Le agradezco que no me haya olvidado… —añadió estrechándole la mano.

El viejo frunció el ceño… Estaba triste y dolido, aunque pretendía ocultarlo.

—¡Olvidar! —rezongó—. ¡Cómo me voy a olvidar yo!… Pero, bueno, ¡márchese con Dios!… ¡No pensaba que nuestro encuentro fuera así!…

—Vaya, vaya, no se enfade —dijo Pechorin abrazándole amigablemente—, ¿acaso no soy el mismo?… ¿Qué se va a hacer? Cada uno tiene su camino… ¡Dios sabe si nos volveremos a ver!

Mientras hablaba, ya se había sentado en su calesa, y el cochero aprestaba las riendas.

—¡Espera, espera! —gritó de pronto Maxim Maxímich, agarrándose a la portezuela del coche—. Lo había olvidado por completo… Tengo en mi poder papeles suyos, Grigori Alexándrovich… Los llevo conmigo… Pensaba volver a verle a usted en Georgia, y mire dónde ha querido Dios que nos encontrásemos… ¿Qué hago con ellos?…

—Lo que quiera —respondió Pechorin—. Adiós…

—¿De modo que va usted a Persia?… ¿Y cuándo volverá?… —le gritó Maxim Maxímich cuando el carruaje había arrancado.

La calesa estaba ya lejos; pero Pechorin hizo un ademán que pudiera interpretarse así: «Es poco probable y, además, ¿para qué?».

Llevaba tiempo sin oírse el tintineo del cascabel ni el rechinar de las ruedas por el pedregoso camino y, no obstante, el buen capitán seguía clavado en su sitio y sumido en penoso ensimismamiento.

—Sí… —dijo, por fin, tratando de adoptar un aire indiferente, aunque de vez en cuando brillaba en sus pestañas una lágrima de despecho—. Cierto que éramos amigos, pero ¡qué significa ser amigos en este siglo!… ¿Quién soy yo para él? Ni soy rico ni ocupo un cargo elevado; y por mis años, no hago en absoluto pareja con él… ¡Miren lo lechuguino que se ha vuelto desde que regresó a Petersburgo!… ¡Qué coche! ¡Cuánto equipaje!… ¡Y qué lacayo más orgulloso! —pronunció estas palabras con irónica sonrisa—. Dígame —prosiguió volviéndose hacia mí—, ¿qué piensa

usted de esto?… ¿Qué diablo le lleva ahora a Persia?… ¡Da risa, palabra que da risa!… Claro que yo le he tenido siempre por un tronera, del cual no podía uno fiarse… y realmente es una lástima que acabe mal… Pero así será… Siempre he dicho que no ha de esperarse gran cosa del que olvida a los viejos amigos…

Diciendo esto, volvió la cara para no delatar su emoción y empezó a pasearse por el patio al lado de su carreta, fingiendo interesarse por el estado de las ruedas, mientras unas lágrimas rebeldes pugnaban por asomar a sus ojos.

—Maxim Maxímich —le dije, aproximándome—, ¿qué papeles son los que dejó Pechorin?

—¡Dios lo sabe! Unos apuntes…

—¿Qué piensa usted hacer con ellos?

—¿Qué? Mandaré que hagan tacos para mi escopeta.

—Démelos mejor a mí.

Me miró con sorpresa, masculló algo entre dientes y se puso a escudriñar en su maleta; sacó un cuaderno y lo arrojó con desprecio al suelo; el segundo, el tercero, el décimo siguieron el mismo camino; en su despecho había una puerilidad que me producía lástima y risa…

—Ahí están todos —concluyó—, le felicito por el hallazgo…

—¿Puedo hacer con ellos lo que se me antoje?

—Publíquelos en los periódicos, si eso le place. ¡A mí qué me importa!… ¿Soy, acaso, algún amigo o pariente suyo?… Nos hemos cobijado mucho tiempo bajo el mismo techo, es cierto… ¡pero he vivido con tantos otros!…

Recogí los papeles y me apresuré a llevármelos, temeroso de que el capitán se arrepintiera. Poco después nos avisaron que dentro de una hora saldría la «ocasión». Ordené enganchar los caballos. El capitán entró en el cuarto en el momento en que me ponía el gorro. No parecía disponerse a partir; su aspecto era frío, poco natural.

—¿Y usted, Maxim Maxímich, es que no se va?

—No.

—¿Y eso?

—No he visto aún al comandante y debo entregarle algunas vituallas.

—¿Pero no ha estado usted allí?

—Estar, sí que he estado —contestó titubeando—, pero no le encontré en casa… y no le esperé…

Lo comprendí: el pobre viejo, tal vez por primera vez en su vida, había abandonado el servicio por *un asunto particular*, según el lenguaje oficial, ¡y cómo había sido recompensado!

—Es una lástima —dije yo—; lamento mucho, Maxim Maxímich, que tengamos que separarnos antes de tiempo.

—¡Cómo podemos nosotros, viejos incultos, ir a vuestro compás!… Los jóvenes mundanos sois orgullosos; todavía aquí, cuando estáis bajo las balas circasianas, menos mal…, pero después, si nos encontráis, os da vergüenza tendernos la mano.

—No he merecido esos reproches, Maxim Maxímich.

—No, si es tan solo un decir, ¿sabe? Por lo demás, le deseo buena suerte y feliz viaje.

Nos despedimos con bastante frialdad. El bueno de Maxim Maxímich se había convertido en el capitán terco y gruñón. ¿Y por qué? Pues porque Pechorin, distraído, o quizá llevado de otros motivos, se limitó a tenderle la mano, cuando él hubiera querido abrazarle. Causa tristeza ver a un joven perder sus mejores esperanzas e ilusiones al descorrerse el cendal rosado a través del cual contemplaba las obras y los sentimientos humanos; pero a un joven le queda el recurso de sustituir los antiguos desvaríos por otros tan pasajeros como aquellos, si bien no menos dulces… Ahora bien: ¿qué sustitución cabe a la edad de Maxim Maxímich? Aunque no quiera uno, se endurece el corazón y se enfría el alma…

Me fui solo.

DIARIO DE PECHORIN

Introducción

Hace poco me enteré de que Pechorin había muerto a su regreso de Persia. La noticia me complació en extremo; me permitía publicar estos apuntes, y no desperdicié la ocasión de poner mi nombre al pie de una obra ajena. ¡Quiera Dios que los lectores no me hagan expiar tan cándida falsificación!

Ahora debo explicar someramente las causas que me han inducido a airear la vida íntima de una persona a la que jamás conocí. Sería explicable si yo fuese su amigo: la pérfida indiscreción de un verdadero amigo se le alcanza a cualquiera; pero yo le había visto una sola vez en mi vida, en una carretera, y no podía, por tanto, profesarle ese odio inexplicable que, oculto tras la máscara de la amistad, espera tan solo la muerte o la desgracia del ser querido para descargar sobre su cabeza un aluvión de reproches, consejos, burlas y condolencias.

Releyendo los apuntes, me he persuadido de la sinceridad del que, de modo tan despiadado, puso al descubierto sus propias flaquezas y lacras. La historia de un alma humana, aunque se trate de la más mezquina, resulta, tal vez, más curiosa y útil que la historia de un pueblo entero, máxime si es el fruto de una mente madura que se observa a sí misma y si se ha escrito sin el vanidoso deseo de despertar compasión o asombro. La confesión de Rousseau tiene ya el defecto de que la leyó a sus amigos.

Así pues, al publicar fragmentos del diario que el azar puso en mis manos, no me ha guiado otro móvil que el de la utilidad. Aunque he sustituido todos los nombres propios, es de suponer que los afectados se reconocerán a sí mismos, y acaso justifiquen actos que, hasta la fecha, incriminaban a una persona desvinculada ya del mundo terrenal: casi siempre disculpamos lo que comprendemos.

Figura en este libro únicamente lo que concierne a la estancia de Pechorin en el Cáucaso; conservo, además, un voluminoso cuaderno donde relata su vida entera. Alguna vez comparecerá también ante el juicio del mundo; mas, por ahora, muchas razones de importancia me hacen rehuir esa responsabilidad.

Tal vez haya lectores que quieran conocer mi opinión sobre el carácter de Pechorin. Mi respuesta es el título del libro. «¡Ironía malévola!», dirán ellos.

No lo sé.

1. TAMÁN

Tamán[33] es el villorrio más infame de todos los pueblos costeros de Rusia. Estuve a punto de perecer allí de hambre, y, además, quisieron ahogarme. Llegué en una diligencia, ya entrada la noche. El cochero detuvo la fatigada troika a la puerta de la única casa de piedra que se alzaba a la entrada del pueblo. El centinela, un cosaco del mar Negro, al oír el cascabeleo, gritó medio dormido, con voz furiosa: «¡Alto! ¿Quién vive?». Salieron el *uriádnik*[34] y un *desiátnik*[35]. Expliqueles que era un oficial enviado en comisión de servicio a un grupo de operaciones, y requerí orden de alojamiento. El *desiátnik* me condujo por el pueblo. Todas las isbas a las que llamaba estaban ocupadas. Hacía frío; yo llevaba tres noches sin dormir, me caía de puro cansancio y empezaba a enojarme. «¡Llévame a cualquier parte, bandido, aunque sea al infierno, con tal de que haya sitio para descansar!», le grité. «Queda por ver un alojamiento —me contestó rascándose la nuca—, solo que a Usía no le gustará, no es sitio limpio». Sin percatarme bien del sentido que atribuía al vocablo último, le ordené seguir adelante y, tras un largo vagar por sucias callejuelas, a cuyos lados no se veían más que viejas empalizadas, llegamos a una caseta a la orilla misma del mar.

La luna llena iluminaba el tejado de junco y las blancas paredes de mi nueva vivienda; en el patio, rodeada por una tapia de pedruscos, se alzaba otra casucha, un tanto inclinada, más pequeña y vetusta que la primera. La abrupta costa descendía en acantilado hacia el mar, casi desde los muros de la casucha. Abajo, con un perenne murmullo, chapoteaban las olas, de un azul oscuro. La luna contemplaba, serena, las aguas inquietas, pero dóciles a ella, y a su luz pude distinguir, lejos de la costa, dos barcos cuyos negros cordajes, semejantes a telas de araña, se dibujaban inmóviles sobre el pálido horizonte. «Hay buques en el atracadero —me dije—, mañana saldré para Guelendzhik».

Tenía de ordenanza a un soldado cosaco. Le mandé sacar la maleta y despedir al cochero. Y me puse a llamar al dueño de la casa, que no dio señales de vida; golpeé en la puerta, y otra vez silencio… ¿Qué significaba aquello? Por fin, salió del zaguán un chico de unos catorce años.

«¿Dónde está el dueño?». «No hay dueño». «Así que esto no tiene dueño». «Ninguno». «¿Y la dueña?». «Se ha ido a las afueras». «¿Quién me abrirá,

entonces?», dije yo, golpeando fuertemente la puerta con el pie. Se abrió sola; el interior de la casa olía a humedad. Encendí una cerilla y, poniéndola ante las narices del muchacho, alumbré dos ojos blancos. Era ciego, ciego de nacimiento. Estaba inmóvil ante mí, y pude examinar los rasgos de su rostro.

Confieso mi aprensión contra todos los ciegos, tuertos, sordos, mudos, cojos, mancos, cheposos, etc. He advertido que siempre existe una extraña relación entre la apariencia externa y el alma del individuo, como si, cercenado un miembro del cuerpo, el espíritu perdiera alguna de sus facultades.

Así pues, procedí a estudiar el semblante del ciego. Pero ¿qué queréis que uno lea en un rostro sin ojos?… Le estuve mirando largamente, con involuntaria compasión, cuando, de pronto, una sonrisa apenas perceptible recorrió sus finos labios, y no sé por qué me produjo la más desagradable de las impresiones. Nació en mi mente la sospecha de que el ciego no lo era tanto como parecía. En vano traté de convencerme de que es imposible imitar las cataratas y, además, ¿qué objeto podía tener? Pero no puedo remediarlo. Suelo ser propenso a las prevenciones…

«¿Eres hijo de la dueña?», le pregunté por fin. «No». «¿Quién eres, pues?». «Un huérfano, un desvalido». «¿Y la dueña, tiene hijos?». «No. Tuvo una hija, pero se escapó al otro lado del mar con un tártaro». «¿Con qué tártaro?». «¡El diablo lo sabe! Era un tártaro de Crimea, un barquero de Kierch».

Entré en la casa. Dos bancos y una mesa, más una enorme arca cercana al hogar componían todo el mobiliario. En las paredes no había un solo icono: ¡Mala señal! Por un vidrio roto penetraba la brisa marina. Saqué de la maleta un cabo de vela, lo encendí y me puse a arreglar mis cosas, dejando en un rincón sable y fusil. Coloqué las pistolas encima de la mesa y extendí mi capa circasiana sobre uno de los bancos, mientras el asistente hacía lo mismo con la suya en el otro. Pasados diez minutos, él roncaba. Y yo, sin poder conciliar el sueño: el chico de los ojos blancos seguía deambulando ante mi vista en la oscuridad.

Así transcurrió casi una hora. La luna alumbraba la ventana, y sus rayos jugueteaban sobre el piso de tierra de la casa. De repente, una sombra cruzó, rápida, la franja azul de luz que dividía el suelo. Me incorporé y miré por la ventana: alguien pasó por segunda vez cerca de ella, desapareciendo Dios sabe dónde. No era razonable admitir que hubiera descendido por el acantilado; sin embargo, en ninguna otra parte podía escabullirse. Me levanté, echeme sobre los hombros el *beshmet*, me puse el puñal al cinto y salí de la casa sin el menor ruido: a mi encuentro venía el muchacho ciego. Me escondí en la cerca, y él, con seguro y

cauteloso andar, pasó junto a mí. Bajo el brazo llevaba un envoltorio, y, dirigiéndose hacia el embarcadero, empezó a bajar por una estrecha y empinada vereda. «Y ese día hablarán los mudos y verán los ciegos», pensé yo, echando a andar detrás de él a una distancia que me permitía no perderle de vista.

Mientras tanto, las nubes comenzaban a velar la luna, y sobre el mar se extendió la niebla; a través de ella apenas si lucía el farol de popa del barco más próximo; en la orilla refulgía la espuma de las olas que amenazaban a cada minuto con hundirlo. Yo descendía con dificultad, avanzando penosamente por la abrupta pendiente, cuando de pronto observé que el ciego se detenía y después, ya en la orilla, tiraba hacia la derecha. Tan cerca del agua iba, que parecía que las olas pudieran envolverle y arrebatarle; pero se notaba que no era su primera correría a juzgar por la seguridad con que pasaba de piedra en piedra y rehuía las hendiduras. Por fin se detuvo, como quien pone oído a algo, y se sentó, colocando a su lado el envoltorio. Yo observaba sus movimientos, parapetado tras los salientes de una roca de la orilla. Transcurridos unos minutos, por el lado opuesto apareció una silueta blanca; se acercó al mozalbete y sentóse junto a él. El viento me traía de vez en cuando su conversación.

«¿Qué hay, ciego? —dijo una voz de mujer—. La tempestad es fuerte; Yanko no vendrá». «Yanko no teme a los temporales», contestó el muchacho. «La niebla se va haciendo más espesa», objetó la voz femenina, con acento triste. «La niebla hace más fácil burlar la vigilancia de los guardacostas», fue la respuesta. «Pero ¿y si se hunde?». «¿Si se hunde? Pues no te pondrás la cinta nueva cuando el domingo vayas a la iglesia».

Siguió un silencio; yo no podía por menos de asombrarme de una cosa: hablando conmigo, el ciego se había aferrado al dialecto ucraniano; y ahora se expresaba en ruso puro.

«¿Lo ves? Yo tenía razón —volvió a decir el ciego, dando una palmada—. ¡Yanko no le teme al mar, ni a los vientos, ni a la niebla, ni a los vigilantes de la costa! Escucha: no es el chapoteo del agua; no me engaño, no; es el ruido de sus largos remos».

La mujer, levantándose de un salto, escrutó, inquieta, la lejanía.

«¡Tú estás delirando, ciego! —habló, al fin—. Yo no veo nada».

Confieso que, por mucho que procuré distinguir en la lontananza algo que se

asemejara a una embarcación, todo fue inútil. Transcurrieron unos diez minutos; y he aquí que, de repente, entre olas como montañas, apareció un punto negro, que unas veces se agrandaba y otras disminuía. Ya elevándose, pausada, sobre las crestas de las olas, ya descendiendo vertiginosamente, avanzaba una barca rumbo a la orilla. Audaz debía ser el remero que en una noche como aquella osaba atravesar el estrecho de veinte verstas, y grande el motivo que le impulsara. Así pensando, contemplaba con acelerado latir del corazón la pobre barquichuela; mas esta se sumergía como un ánade y, después, batiendo con rapidez los remos, que di ríanse alas, salía del abismo entre salpicaduras de espuma. «De un momento a otro —pensaba yo— va a estrellarse contra las rocas y se hará astillas»; pero la embarcación viró ágilmente y entró indemne en la pequeña bahía. Saltó a tierra un individuo de mediana estatura, con un gorro tártaro de piel de carnero; hizo una señal con la mano a los que le aguardaban, y los tres se pusieron a extraer algo de la barca: tanta era la carga, que aún no me explico cómo no se hundió aquel cascarón. Echándose cada uno de ellos un bulto al hombro, abrieron marcha a lo largo de la costa, y pronto los perdí de vista. Era necesario volver a casa, pero confieso que me intranquilicé al ver cosas tan extrañas, y ansiaba que llegara cuanto antes la mañana.

Mi cosaco se sorprendió sobremanera al despertarse y verme completamente vestido. Mas no le dije la causa. Después de admirar algún tiempo, desde la ventana, el cielo azul cubierto de jirones de nubecillas y el lejano litoral de Crimea, que se extiende como una cinta violácea rematada por una roca, en cuyo pico blanquea la torre de un faro, me encaminé al fuerte de Fanagoria para que su jefe me comunicara la hora de salida para Guelendzhik.

Pero ¡ay!, el jefe no pudo asegurarme nada. Los barcos atracados al muelle o eran guardacostas, o mercantes sin cargar aún. «Quizá dentro de tres o cuatro días arribe un buque correo —me dijo—, y entonces veremos». Volví a casa malhumorado y sombrío. En la puerta encontré a mi cosaco que parecía asustado:

—¡Mala cosa, señor! —me dijo.

—Desde luego, hermano. ¡Dios sabe cuándo saldremos de aquí!

Él, más alarmado todavía, se inclinó hacia mí y me susurró:

—¡Este no es sitio limpio! Hoy he encontrado a un *uriádnik* del mar Negro, un conocido mío; estuvo el año pasado en el destacamento. Cuando le conté dónde nos alojamos, me dijo: «¡No es sitio limpio ni seguro, hermano, es mala gente!…». Y, en

efecto, ¡qué ciego más raro!… A todas partes va solo: por pan al mercado, por agua… A lo que se ve, aquí ya están acostumbrados a eso.

—¿Y qué? Al menos, ¿se ha presentado la dueña?

—Hoy, estando usted fuera, llegó la vieja con su hija.

—¿Cómo con su hija? Si no tiene hija ninguna.

—Si no es hija, Dios sabe lo que será. Mire, allí está ahora la vieja, dentro de la casa.

Entré en la casucha. La chimenea estaba caldeada, y en ella se estaba haciendo un guiso bastante suculento para gente tan pobre. A todas mis preguntas, la vieja respondía que era sorda, que no me oía. ¿Qué me quedaba que hacer con ella? Resolví dirigirme al ciego, que estaba sentado junto al hogar atizando el fuego con ramas secas: «¡A ver, diablillo ciego! —le dije tirándole de una oreja—; dime, ¿adónde ibas anoche con aquel lío, eh?». Rompió inopinadamente en llanto, gritos y aspavientos: «¿Qué adónde iba?… ¡A ninguna parte!… ¿Con un lío? No sé nada de líos». La vieja oyó esta vez y empezó a refunfuñar: «¡Qué maneras son esas de mentir y de calumniar a un infeliz! ¿A qué viene el meterse con él? ¿Qué le ha hecho el pobrecillo?». Eso me fastidió, y salí de la casa firmemente decidido a descifrar el misterio.

Me envolví en la capa circasiana y me senté en una piedra junto a la valla, mirando al horizonte; vi ante mí el mar, todavía agitado después de la tempestad de la noche anterior, y su monótono ruido, semejante al murmullo de una ciudad que se adormece, me trajo a la memoria los años pasados, y me trasladó mentalmente al Norte, a nuestra fría capital. Conmovido por los recuerdos, me abstraje de cuanto me rodeaba… Así corrió casi una hora; es posible que más… De pronto sorprendió mi oído algo así como una copla. Sí, era una copla, cantada por una lozana voz de mujer. Pero ¿de dónde salía?… Agucé el oído. La tonada era extraña, tan pronto lenta y triste como rápida y viva. Miré a mi alrededor: no había nadie; torné a escuchar con atención: el sonido parecía caer del cielo; levanté la vista y vi de pie sobre el tejado de mi casa a una muchacha con un vestido a rayas, sueltas las trenzas: una auténtica ondina. Protegiéndose los ojos con la palma de la mano para preservarlos de los rayos del sol, estaba fija en el horizonte y ora reía, hablando consigo misma, ora continuaba su cantar.

Lo recuerdo palabra por palabra:

Por el libre, libre,

por el verde mar,

siempre los navíos

de blancas velitas

navegando van.

Entre los navíos

mi barquita está,

mi barca sin velas

movida por remos

que bogan al par.

Cuando enfurecido

ruge el temporal,

los viejos navíos

despliegan sus alas

por el libre mar.

Al mar un saludo

profundo le haré,

y que, con su ira,

no toque a mi barca

le suplicaré.

Tesoros valiosos

lleva de guardar

y en la oscura noche

un hombre la guía

de semblante audaz.

Deduje involuntariamente que durante la noche había oído aquella misma voz; quedé pensativo un instante y, cuando de nuevo miré hacia el tejado, la muchacha ya no estaba allí. Súbitamente, pasó corriendo delante de mí. Entonaba ahora una canción distinta y, chasqueando los dedos, dirigiose veloz hacia la anciana, con quien se puso a discutir. La vieja se enfadaba y la joven reía a carcajadas. Pero he aquí que mi ondina renueva su carrera, dando brincos; al llegar a mi lado, detuvo su vista en la mía, como si la asombrara el verme allí. Después dio la vuelta con negligencia y se dirigió lentamente al embarcadero. Mas no acabó ahí; se pasó el día entero rondando por las cercanías de mi habitación, sin interrumpir un minuto las canciones ni los saltos. ¡Vaya un ser extraño! Su fisonomía no presentaba ningún síntoma de locura; al contrario, posaba en mí las pupilas con penetrante vivacidad; creyérase que sus ojos estuviesen dotados de algún poder magnético, y cada vez parecían esperar una pregunta. Sin embargo, tan pronto como empezaba yo a hablar, salía corriendo, y en sus labios se esbozaba una sonrisa llena de perfidia.

Francamente, jamás había visto una mujer igual. Estaba lejos de ser una beldad, pero yo tengo también mi criterio sobre la belleza. Había en ella bastantes síntomas de buena raza… En las mujeres, como en los caballos, la raza es un gran aliciente; el descubrimiento pertenece a la Joven Francia[36]. Ella, es decir, la raza y no la Joven Francia, suele revelarse, preferentemente, en los andares, en las manos y en los pies; la nariz, sobre todo, es de suma importancia. Una nariz bien delineada se encuentra en Rusia aún con menos frecuencia que un pie menudo. Mi sirena no parecía rebasar los dieciocho años. La rara flexibilidad de su talle, el garbo peculiarísimo de la postura de su cabeza, sus largos cabellos de color castaño claro, el tono dorado de su piel, ligeramente tostada por el sol en el cuello y en los hombros, y, en particular, su nariz de perfecta línea, todo me resultaba encantador. A pesar de que en su furtiva mirada leía yo algo salvaje y sospechoso, y, no obstante haber en su sonrisa un no sé qué de indefinido, es tal la fuerza de las ideas preconcebidas, que la perfección de su nariz me hacía perder el juicio. Antojóseme haber encontrado a la Mignon de Goethe, ese fantástico fruto de su imaginación alemana; y, en realidad, mucho había de parecido entre ellas: la misma transición

brusca de una gran inquietud a la inmovilidad más absoluta, el mismo hablar enigmático, los mismos saltos, las extrañas canciones…

Al anochecer, la detuve a la entrada de la casa y entablé con ella la conversación siguiente:

«Dime, preciosa —le pregunté—, ¿qué es lo que hacías hoy en el tejado?». «Miraba a ver de qué parte soplaba el viento». «¿Por qué te interesa?». «De donde sopla el viento, llega la dicha». «¿Y qué? ¿Pensabas que con tu cantar la atraías?». «Allí donde se canta, se vive feliz». «¿Y si tu canción te trae tristezas?». «¡Bah! Si no viene lo bueno, vendrá lo malo, y de lo malo a lo bueno no hay tanto trecho». «¿Quién te ha enseñado esa canción?». «Nadie. Si tengo ganas, la canto; quien debe oírla, la oye; y quien no debe, no la entiende». «¿Cómo te llamas, jilguero mío?». «Quien me bautizó lo sabe». «¿Y quién te bautizó?». «¿Cómo puedo yo saberlo?». «¡Muy reservada eres! Pues yo sé algo de ti —el rostro de la muchacha no se alteró lo más mínimo; ni siquiera movió los labios, como si no se tratara de ella—; sé que anoche anduviste por la orilla». Y, dándole mucha importancia, le referí todo lo que había presenciado, con ánimo de turbarla. ¡Menudo fiasco! Soltose a reír a grandes carcajadas. «Vio usted mucho, pero sabe poco; y lo que sepa, guárdelo bajo llave». «¿Y si yo, por ejemplo, pensara comunicárselo al comandante?», dije, poniendo un ceño muy serio, e incluso rígido. Ella dio un repentino salto, arrancó a cantar y desapareció de mi vista como un pajarillo espantado. Mis últimas palabras habían sido imprudentes; por entonces no les atribuí mayor trascendencia, pero después tuve ocasión de arrepentirme.

Cuando empezó a oscurecer, encargué al cosaco que calentara el té como en campaña, encendí una vela y me senté a la mesa, fumando la pipa de viaje. Apuraba el segundo vaso, cuando, de repente, chirrió la puerta y oí detrás de mí un sigiloso roce de ropa y pisadas. Me volví con sobresalto: era ella, mi ondina. Eligió asiento frente por frente y, sin proferir palabra, posó en mí la vista; no sabría decir por qué, pero su mirar se me antojó pletórico de prodigiosa ternura; me hacía recordar una de aquellas miradas que en años ya remotos habían jugado tan despóticamente con mi destino. La muchacha parecía esperar mis preguntas, pero yo callaba, presa de indecible confusión. Una palidez mate le cubría el rostro, poniendo de relieve el desasosiego del alma; su mano, distraída, recorría la mesa, y noté en ella un ligero temblor; tan pronto ensanchaba el pecho como parecía contener la respiración. Empezaba ya a cansarme la comedia y me disponía a romper el silencio del modo más prosaico, es decir, ofreciéndole un vaso de té, cuando, de manera inopinada, dio un salto, me echó los brazos al cuello y me estampó en los labios un beso ardiente y húmedo. Se me nubló la vista, y la cabeza se me hizo un remolino. La

estreché con todo el fuego de la pasión juvenil, pero ella se escurrió de entre mis brazos como una culebra, murmurándome al oído: «Esta noche, cuando todos duerman, te espero en la orilla». Y escapó del cuarto con la celeridad de una flecha. En el zaguán volcó la tetera y la vela, que estaba en el suelo. «¡Endiablada moza!», refunfuñó el cosaco, que, recostado en la paja, soñaba con calentarse tomándose el té restante. Solo entonces me recobré.

Transcurridas unas dos horas, cuando en el embarcadero se hizo el silencio, desperté a mi cosaco. «Si oyes un disparo —le dije—, corre a la orilla». Desencajó extrañado los ojos y contestó maquinalmente: «A las órdenes de Usía». Me ceñí la pistola y salí. Ella me esperaba al borde de la pendiente; iba vestida de un modo más que ligero; un pequeño pañuelo rodeaba su flexible talle.

«¡Sígame!», dijo, cogiéndome de la mano, e iniciamos el descenso. No comprendo cómo no me rompí la crisma. Una vez abajo, torcimos a la derecha y tomamos el mismo camino que recorriera yo la víspera, en pos del ciego. Aún no había salido la luna, y solo dos estrellitas, a modo de faros salvadores, reverberaban en el firmamento azul oscuro. Las densas olas se sucedían con acompasada regularidad, meciendo apenas una solitaria barca amarrada a la orilla. «Adentro» dijo mi acompañante. Yo vacilé. No me seducen los paseos sentimentales por el mar; pero no era oportuno retroceder. Entró de un salto en la barca, y la seguí. Aún no me había hecho cargo de la situación, cuando me apercibí de que ya navegábamos. «¿Qué significa esto?», la interpelé enfadado. «Esto significa —me contestó, haciéndome tomar asiento y rodeándome la cintura con los brazos—, significa que le quiero…». Apretó su mejilla contra la mía, y sentí en el rostro su cálido aliento. En esto, algo cayó ruidosamente al agua; me eché mano al cinto y noté que me faltaba la pistola. ¡Oh! ¡Una terrible sospecha se apoderó de mi alma, la sangre se me subió a la cabeza! Volví la vista atrás y vi que estábamos a unos cincuenta *sazhen* de la orilla. ¡Y yo no sé nadar! Quise deshacerme de ella, pero se aferraba a mi ropa igual que una gata; de súbito, un violento empellón estuvo a punto de arrojarme al mar. Balanceose la barca, pero recobré el equilibrio, y nos enzarzamos en un forcejeo desesperado; la cólera me infundía bríos, pero pronto me di cuenta de que mi enemiga me superaba en agilidad… «¿Qué quieres de mí?», grité, apresándole con frenesí las manos diminutas; sus dedos crujieron, pero no gritó: su naturaleza de serpiente se sobrepuso al martirio.

«¡Tú lo has visto todo y nos denunciarás!», respondió ella. Apelando a un esfuerzo sobrehumano, me derribó sobre la borda; ambos colgábamos de la barquichuela por la cintura; sus cabellos tocaban el agua. El momento era decisivo: apoyando una rodilla en el fondo de la barca, la agarré de la trenza con una mano y

del cuello con la otra; ella se desprendió de mí y, en un abrir y cerrar de ojos, la tiré entre las olas.

En medio de la oscuridad, ya bastante grande, su cabeza apareció por dos veces entre la espuma del mar, y luego la perdí de vista…

En el fondo de la barca hallé la mitad de un viejo remo, y, valiéndome de él, atraqué a duras penas en el embarcadero. Por la orilla, camino de la casa, miré instintivamente al sitio donde el ciego esperó al navegante nocturno la noche anterior. La luna hacía ya su ronda por el cielo, y me pareció distinguir una figura vestida de blanco sentada en la orilla. Me aproximé con cautela, incitado por la curiosidad, y me tumbé sobre la hierba en lo alto del acantilado; asomando ligeramente la cabeza, pude ver desde la roca todo lo que abajo sucedía. No me sorprendí gran cosa, y hasta diría que me alegré de reconocer a mi ondina. Estaba escurriendo la espuma del mar de sus largos cabellos; la camisa empapada moldeaba su esbelto talle y su pecho exuberante. A poco se divisó a lo lejos una embarcación que se acercaba velozmente; igual que la víspera, saltó de ella un hombre con gorro tártaro, pero llevaba el pelo cortado al estilo de los cosacos; del cinturón de cuero asomaba un gran puñal. «¡Yanko —dijo ella—, todo está perdido!». Después siguieron hablando, aunque en tono tan bajo, que nada pude oír. «¿Y dónde está el ciego?», inquirió Yanko en voz más alta. «Haciendo un recado mío», fue la respuesta. Al cabo de unos minutos se presentó el requerido: llevaba a la espalda un saco que depositó en la barca.

«¡Escucha, ciego! —ordenó Yanko—. Vigila aquel lugar… ¿sabes? Hay allí mercancías de valor… Di a (el nombre escapó a mi oído) que dejo de ser su criado; los asuntos van de mal en peor, y no me volverá a ver. Por ahora, es peligroso; voy a buscar trabajo a otro sitio, y él no encontrará otra ganga como yo. Y una cosa más: dile que si hubiera pagado mejor el trabajo, Yanko no le abandonaría. Yo tengo camino abierto dondequiera que sople el viento y ruja el mar». Hizo una breve pausa y prosiguió: «Esta se viene conmigo, no es cosa de dejarla aquí; y di a la vieja que va siendo hora de que se muera; bastante ha vivido ya y no debe ponerse pesada. A nosotros, no nos vuelve a ver». «¿Y yo?», preguntó el ciego con voz plañidera. «¿Para qué te necesito?», sonó la contestación.

Entre tanto, mi ondina saltó a la barca e hizo una seña a su compañero; Yanko depositó algo en la mano del ciego, al tiempo que decía: «Toma, para que te compres unos bollos». «¿Nada más?», protestó el zagal. «¡Vaya, hombre, ahí va eso!». La moneda cayó, tintineando en la roca. El ciego no hizo por recogerla. Yanko se había embarcado ya. Soplaba el viento desde tierra. A bordo izaron una pequeña

vela, y zarpó, rauda, la barquilla. A la luz de la luna pude divisar largo tiempo la vela blanca entre las ondas oscuras. El ciego seguía sentado en la orilla, y tuve la impresión de oír algo semejante a un sollozo: en efecto, estaba llorando; lloró mucho, mucho rato… Me invadió la tristeza. ¿No era un capricho del destino el haberme arrojado en aquel apacible mundo de *honrados contrabandistas*? Como una piedra lanzada en un remanso, alteré su sosiego. ¡Y, como una piedra, estuve en un tris de hundirme!

Regresé a casa. La ya consumida vela crepitaba en el zaguán sobre un plato de madera; el cosaco, vulnerando mis órdenes, dormía a pierna suelta, sujeto el fusil con ambas manos. No quise interrumpir su sueño: tomé la vela y entré en la casa. Pero ¡ay!, mi arqueta, mi sable con empuñadura de plata, mi puñal daguestano, regalo de un amigo, todo había volado. Entonces caí en la cuenta de lo que contenía el saco del maldito ciego. Desperté al cosaco de un empujón bastante descortés, le regañé, me di a los diablos. ¡Pero la cosa no tenía remedio! ¿Y no hubiera sido ridículo denunciar a las autoridades que un chico ciego me había robado y que una muchacha de dieciocho años por poco me ahoga? Gracias a Dios, a la mañana siguiente se presentó la ocasión de partir y abandoné Tamán. Ignoro cuál habrá sido la suerte de la vieja y del ciego infeliz. ¡Pero qué pueden importarme las alegrías ni las desdichas humanas, a mí, un oficial errante, y además con salvoconducto oficial!…

SEGUNDA PARTE

2. LA PRINCESITA MERI

11 de mayo

Ayer llegué a Piatigorsk. He alquilado una casa en un extremo de la ciudad, en su parte más alta, al pie del Mashuk; en caso de tormenta, las nubes descenderán hasta mi tejado. Al abrir los ventanales esta mañana a las cinco, invadió mi habitación la fragancia de las flores que crecen en un modesto jardincillo. Florecientes ramas de cerezos casi rozan mis ventanas, y a veces el viento esparce blancos pétalos sobre mi mesa de escritorio. Diviso un maravilloso panorama por tres lados. Al Oeste azulea el Beshtú, con sus cinco cabezas, como la «última nube de la tormenta disipada»[37]; al Norte se yergue el Mashuk, cual un lanudo gorro persa, ocultando toda esa parte del horizonte; más alegre es el paisaje del Este: abajo nos brinda su polícromo panorama una pequeña ciudad, pulcra y nueva; susurran los manantiales de aguas medicinales, murmura la muchedumbre en diversos idiomas; a lo lejos, describiendo un anfiteatro, se entrelazan las montañas, cada vez más azules y nebulosas: y remata el horizonte la argéntea cadena de cumbres nevadas, que comienza por el Kazbek y termina con el bicéfalo Elbrús… ¡Qué placer vivir en estas tierras! Una sensación de bienestar inunda mis venas. El aire es puro y fresco como el beso de un niño; refulge el sol, el cielo es color turquesa, ¿qué más puede apetecerse? ¡Atrás, pasiones, deseos y remordimientos!… Sin embargo, ya es hora. Me voy a la Fuente de Elisabeta: dicen que allí se congrega por la mañana toda la sociedad del balneario.

……

Bajando al centro, encontré en el bulevar varios grupos de gente abúlica que subía la cuesta poco a poco; eran, en su mayoría, familias de terratenientes de la estepa: lo delataban a ojos vistas las desgastadas y ya anacrónicas levitas de los maridos y los empingorotados vestidos de las esposas y de las hijas; a no dudarlo,

llevan la cuenta de todos los jóvenes del balneario, porque me miraron con curiosidad afable: el corte petersburgués de mi levita las desorientó, pero poco después, al distinguir las charreteras militares, volvieron la cara con indignación.

Las esposas de las autoridades locales, vale decir las dueñas del balneario, son más benévolas; usan impertinentes, se fijan menos en el uniforme; están habituadas a encontrar en el Cáucaso, bajo un botón numerado, un corazón ardiente, y bajo una gorra blanca, una inteligencia cultivada[38]. ¡Esas damas son muy amables; amables con largueza! Cambian de adoradores cada año, y tal vez ahí radique el secreto de su infatigable amabilidad. Subiendo por un estrecho sendero que conduce a la Fuente de Elisabeta, adelanté a un grupo de paisanos y militares que, según he sabido, constituyen una clase especial entre los que anhelan el efecto de los manantiales; beben, pero no agua, pasean poco y, si cortejan, es tan solo al vuelo; se dan al juego y se quejan de aburrimiento. Son unos lechuguinos que, al hundir su vaso trenzado en el pozo del agua sulfurosa, adoptan posturas académicas; los de paisano llevan corbatas de color azul celeste; los militares dejan asomar la chorrera debajo del cuello. Profesan profundo desprecio a las casas provincianas y suspiran por los salones aristocráticos de la capital, vedados para ellos.

Mas he aquí, por fin, la fuente… En la plazoleta de al lado ha sido construida una casita de rojo tejado encima del baño, y más allá, una galería para pasear cuando llueve. Varios oficiales heridos, pálidos y tristes, estaban sentados en un banco, con las muletas recogidas; algunas damas iban y venían rápidas por la plazoleta, esperanzadas en el efecto de las aguas. Había entre ellas dos o tres rostros bonitos. Por las hileras de viñedos que se extendían por las laderas del Mashuk asomaban de vez en cuando los sombreritos multicolores de las jóvenes propensas a la soledad por parejas, pues al lado de cada sombrerito de esos se distinguía infaliblemente una gorra militar o un horrible chapeo redondo. Una abrupta roca, donde se alza el pabellón del Arpa de Eolo, era la querencia de los aficionados a las vistas, que enfocaban el telescopio sobre el Elbrús; entre ellos había dos ayos con sus educandos, venidos a curarse de escrofulosis.

Me detuve, fatigado, al borde de la montaña y, reclinándome en el ángulo de una casita, me puse a contemplar los pintorescos alrededores. De pronto oí a mis espaldas una voz conocida:

—¡Pechorin! ¿Desde cuándo por aquí?

Me volví: ¡Grushnitski! Nos abrazamos… Le había conocido en el ejército de

operaciones. Herido de un balazo en una pierna, había salido para el balneario una semana antes que yo.

Grushnitski es *junker*[39]. No lleva más que un año en filas y, por una coquetería peregrina, usa un grueso capote de soldado. Tiene una Cruz de San Jorge, también de soldado. Es de buena contextura, tez morena y cabello negro; por su aspecto pudieran echársele veinticinco años, aunque es poco probable que haya cumplido veintiuno. Cuando habla, engalla la cabeza, y a cada instante se retuerce el bigote con la mano izquierda, porque con la derecha se apoya en la muleta. Su discurso es rápido y rebuscado: pertenece a esa categoría de gentes que tienen una frase ampulosa para cada caso, que no se conmueven ante lo simplemente bello y que, con aire de importancia, se adornan de sentimientos extraordinarios, pasiones sublimes y penas excepcionales. El efecto es su deleite y hacen furor entre las provincianas románticas. A la vejez se convierten en pacíficos terratenientes o en borrachines recalcitrantes; a veces, en lo uno y lo otro. Poseen, a menudo, no pocas virtudes, pero ni pizca de poesía. La pasión de Grushnitski consiste en declamar: basta que la plática rebase el círculo de los conceptos ordinarios, para que le abrume a uno con el fárrago de su verborrea. Jamás he podido discutir con él. No responde a las objeciones, ni escucha a su interlocutor. Tan pronto se detiene uno, suelta él una larga parrafada, que, no obstante guardar una remota relación con lo que acaba de decírsele, no es, verdaderamente, otra cosa que la continuación de su propia perorata.

Es bastante ingenioso: sus epigramas suelen ser divertidos, pero jamás certeros y mordaces; no es capaz de matar a nadie con una palabra; no conoce a la gente ni los lados flacos de esta, porque su vida entera ha sido un culto perenne de sí mismo. Su ilusión es convertirse en héroe de novela. A fuerza de imbuir a los demás que su reino no es de este mundo, y que está predestinado a un calvario enigmático, ha llegado casi a creérselo él mismo. De ahí la arrogancia con que luce su grueso capote de hombre de filas. Como yo le he calado, no me estima, aunque aparentemente nuestras relaciones son la mar de cordiales. Grushnitski tiene fama de intrépido y arrojado; yo le he visto en el combate: agita el sable, grita y se lanza adelante, cerrando los ojos. ¡Es un valor distinto al de los rusos!…

Tampoco yo le tengo afecto: siento que algún día nos toparemos en un camino estrecho y uno de los dos saldrá malparado.

Su venida al Cáucaso es también una consecuencia de su fanatismo romántico; estoy convencido de que, en vísperas de abandonar la aldea paterna, aseveró con aire lúgubre a alguna linda vecina, que su marcha no era una simple

incorporación a filas, sino que iba en busca de la muerte, porque… de fijo que al decirlo se tapó los ojos con la mano y siguió así: «No, ¡usted (o tú) no debe saberlo! ¡Su alma virginal se estremecería horrorizada! Y, además, no tiene objeto. ¿Qué soy yo para usted? ¿Será usted capaz de comprenderme?…».

A mí mismo me dijo una vez que la causa que le había impulsado a ingresar en el regimiento K. sería eternamente un secreto entre él y los cielos.

No obstante, cuando se despoja de su manto trágico, Grushnitski es bastante simpático y divertido. Me gustaría verle en presencia de mujeres. ¡Me imagino cómo se esmerará!

Nos encontramos como viejos amigos. Comencé a interrogarle sobre la vida que se hacía en el balneario y los personajes más notables.

—Nuestra existencia es harto prosaica —dijo suspirando—; los que beben agua por la mañana son abúlicos, como todos los enfermos, y los que beben vino por la noche, insoportables, como todos los sanos. Hay mujeres, pero no es grande el consuelo que proporcionan: juegan al *whist*, visten con sumo mal gusto y hablan pésimamente el francés. De Moscú no hay este año más que la princesa Ligóvskaia con su hija. Pero no tengo trato con ellas. Mi capote de soldado es cual sello de oprobio. La simpatía que despierta es agobiante como una limosna.

En esto pasaron dos damas en dirección a la fuente: una, ya de edad; la otra, jovencita y esbelta. No pude fijarme en sus rostros por impedírmelo los sombreros, pero vestían según las severas normas del gusto más perfecto: nada superfluo. La jovencita llevaba un vestido cerrado *gris de perles* y un ligero pañuelo de seda anudado a su grácil cuello. Las botas *couleur puce*[40] ceñían en el tobillo su fina pierna con tanta gracia, que hasta el más lego en los misterios de la belleza lanzaría por lo menos un ¡ah!, de asombro. Su andar ligero, pero aristocrático, encerraba un algo virginal, imposible de definir, pero evidente a simple vista. Cuando pasó por nuestro lado, nos saturó del aroma inexplicable que exhala a veces la esquela de la mujer amada.

—La princesa Ligóvskaia —dijo Grushnitski—; y la que va con ella es su hija Meri, como la llama ella al estilo inglés. No llevan más que tres días aquí.

—¿Sin embargo, conoces su nombre?

—Por casualidad lo he oído —respondió él, enrojeciendo—. Te confieso que no quiero trabar conocimiento con ellas. Esa orgullosa aristocracia nos mira a los

militares como si fuéramos unos salvajes. ¿Qué les importa si hay una mente bajo una gorra numerada y un corazón bajo un basto capote?

—¡Pobre capote! —respondí sonriendo—. ¿Y quién es ese señor que se acerca a ellas tan obsequioso, ofreciéndoles vasos?

—¡Oh! ¡Es Raiévich, un dandi de Moscú! Un jugador: salta a la vista por la enorme cadena de oro que le serpentea por el chaleco azulado. ¡Y qué bastón más grueso, ni que fuera Robinson Crusoe! Por la barba, coincide; y, además, peinado *à la moujik*[41].

—Tienes aversión a todo el género humano.

—¡Razones no faltan!…

—¡Oh! ¿De veras?

En aquel instante las damas, retirándose de la fuente, pasaban cerca de nosotros. Grushnitski tuvo tiempo de adoptar una postura dramática con ayuda de la muleta y me respondió en francés, alzando la voz:

—*Mon cher, je haïs les hommes pour ne pas les mépriser, car autrement la vie serait une farce trop dégoûante*[42].

La bella princesita se volvió y obsequió al orador con una larga y curiosa mirada. Su expresión era muy indefinida, pero nada burlona, por lo cual, en mi interior, felicité sinceramente a Grushnitski.

—Esa princesita Meri es una preciosidad —comenté yo—. ¡Tiene unos ojos tan aterciopelados! Sí, eso es: aterciopelados; te recomiendo apropiarte de esa expresión para cuando hables de sus ojos: con pestañas tan largas, los rayos del sol no se reflejan en sus pupilas. Me encantan esos ojos sin brillo: son tan suaves, que parecen acariciar… Por lo demás, creo que es lo único bonito que tiene en la cara… ¿Son blancos sus dientes? ¡Eso es de gran importancia! ¡Lástima que no haya sonreído a tu rimbombante frase!

—Hablas de una mujer bonita como si fuera un caballo inglés —me reprendió Grushnitski exasperado.

—*Mon cher* —repuse tratando de imitar su tono—, *je méprise les femmes pour ne pas les aimer, car autrement la vie serait un mélodrame trop ridicule*[43].

Di la vuelta y me marché. Estuve cosa de media hora paseando por entre las hileras de vides y las calcáreas rocas pobladas de arbustos. Apretó el calor, y me apresuré a regresar. Al pasar por la fuente sulfurosa me detuve junto a una galería cubierta para descansar a su sombra, y esto me deparó la ocasión de presenciar una escena bastante curiosa. Los protagonistas se hallaban en la siguiente posición: la princesa y el dandi moscovita estaban sentados en un banco debajo de la galería y ambos, al parecer, absortos en una conversación seria; la princesita, que probablemente ya había tomado el último vaso de rigor, se paseaba con aire pensativo junto a la fuente, al lado mismo de la cual estaba Grushnitski; en la plazoleta no había nadie más.

Yo me acerqué y me escondí tras una esquina de la galería. En aquel preciso instante, Grushnitski, que había dejado caer su vaso al suelo, se esforzaba por agacharse para cogerlo, mas la pierna enferma se lo impedía. ¡Pobrecillo! ¡Cómo se las ingeniaba, apoyándose en la muleta! Pero todo en vano. Su rostro, tan expresivo, denotaba verdadero sufrimiento.

La princesita Meri lo vio todo mejor que yo.

Acudió, ligera como una avecilla, recogió el vaso y se lo entregó con un ademán rebosante de gracia indescriptible; después, terriblemente ruborizada, volvió la vista hacia la galería y, pareciéndole que su madre no había visto nada, se tranquilizó en el acto. Cuando Grushnitski abrió la boca para expresarle su agradecimiento, ella ya estaba lejos. Un minuto más tarde salió de la galería con su madre y el pisaverde, pero al pasar ante Grushnitski adoptó un aire sumamente digno y grave: ni siquiera se volvió ni advirtió la ardorosa mirada con que él la acompañó durante mucho tiempo, hasta que, descendiendo la pendiente, ella se ocultó tras los tilos del bulevar… De pronto su sombrerito volvió a aparecer al atravesar ella la calle; entró en el portal de una de las mejores casas de Piatigorsk. La siguió la princesa, y en la puerta se despidió de Raiévich.

Solo entonces el pobre y apasionado *junker* se dio cuenta de mi presencia.

—¿Has visto? —exclamó estrechándome con fuerza la mano—. ¡Es sencillamente un ángel!

—¿Por qué? —pregunté con un aire de perfecta simplicidad.

—¿Es que no lo has visto?

—Claro que sí. La vi recoger tu vaso. Si hubiera estado allí el guarda, habría

hecho lo mismo, solo que más diligente, con la esperanza de una propina. Por lo demás, es muy comprensible que se compadeciera de ti: hiciste una mueca tan horrible cuando te apoyaste en el pie herido…

—¿Y tú no te emocionaste en absoluto al verla en ese momento, con el alma resplandeciente en el rostro?…

—No.

Yo mentía; pero deseaba sacarle de quicio. Poseo un innato afán de contradecir; mi existencia toda no ha sido más que una cadena de tristes y desafortunadas contradicciones al corazón o a la inteligencia. Ante un entusiasta, se apodera de mí un frío glacial, y creo que si me relacionase a menudo con un flemático melancólico me convertiría en un soñador ardiente. Confieso, además, que un sentimiento desagradable, pero conocido, resbaló por mi corazón en aquel instante: era la envidia; digo con franqueza «envidia», porque estoy acostumbrado a confesármelo todo. Y dudo mucho que exista un joven, acostumbrado a vivir en el gran mundo y a halagar su amor propio, que no se sienta desagradablemente sorprendido ante el hecho de que una mujer bonita, digna de su ociosa atención, dé preferencia a otro hombre, también desconocido para ella.

Grushnitski y yo descendimos en silencio de la montaña y pasamos por el bulevar, ante las ventanas de la casa donde se ocultara nuestra bella. Estaba sentada junto a la ventana. Grushnitski me tiró del brazo y le lanzó una de esas miradas de difusa ternura, que tan poca mella hacen en las mujeres. Yo fijé en ella los impertinentes y constaté que la mirada de Grushnitski la hizo sonreír, mientras que la mía, por su insolencia, le había causado irritación. En efecto, ¿cómo se atrevía un militar del Cáucaso a enfocar sus impertinentes sobre una princesa moscovita?…

13 de mayo

Esta mañana me visitó el médico; se llama Werner, pero es ruso. En esto no hay nada del otro mundo: he conocido a un Ivanov que era alemán.

Werner es un sujeto notable por muchos conceptos. Escéptico y materialista, como casi todos los médicos, es al mismo tiempo poeta, pero de verdad; en la práctica lo es siempre y, de palabra, con frecuencia, aunque en su vida no ha escrito un par de estrofas. Ha estudiado las cuerdas vivas del corazón humano, como se estudian los tendones de un cadáver, y jamás ha sabido sacar provecho a sus

conocimientos. ¡Así, a veces, un magnífico anatomista no sabe curar una fiebre! Werner suele burlarse a hurtadillas de sus clientes; pero una vez le vi llorar ante un soldado agonizante… Es pobre, sueña con millones, pero por dinero no daría ni un paso: en cierta ocasión me aseguró que antes haría un favor a un enemigo que a un amigo, porque esto último equivaldría a vender su benevolencia, mientras que el odio no haría más que aumentar en proporción a la magnanimidad del adversario. Tiene mala lengua: su mordacidad ha reputado de tonto vulgar a más de un bonachón. Los médicos del balneario, rivales envidiosos, dieron suelta al bulo de que dibujaba caricaturas de sus pacientes, que, fuera de sí, casi sin excepción, prescindieron de sus servicios. Los amigos, es decir, todas las personas verdaderamente honorables que servían en el Cáucaso, trataron de restablecer su decaído prestigio, sin conseguirlo.

Su aspecto es de los que a primera vista sorprenden desagradablemente, pero que terminan por agradar cuando el ojo se acostumbra a leer en los rasgos irregulares el sello de un alma noble y probada. Se han dado casos de mujeres que, perdidamente enamoradas de hombres así, no hubieran cambiado la fealdad de estos por la belleza de los más lozanos y rubicundos Endimiones. Hagamos justicia a las mujeres: poseen el instinto de la belleza moral; tal vez por eso les profesan tan apasionado amor hombres como Werner.

Era de baja estatura, con la flaqueza y endeblez de un niño; tenía una pierna más corta que otra, como Byron; en comparación con el tronco, su cabeza parecía enorme; se cortaba el pelo al rape y las irregularidades de su mondo cráneo asombrarían a cualquier frenólogo por el extraño entrelazamiento de los rasgos contrapuestos del carácter. Sus pequeños ojos negros, siempre inquietos, se afanaban por penetrar en vuestros pensamientos. Revelaba gusto y pulcritud en el vestir; calzaba sus manos minúsculas, delgadas y nudosas, con guantes de un amarillo pálido. La chaqueta, la corbata y el chaleco eran invariablemente negros. La juventud le llamaba Mefistófeles; él fingía irritarse por el remoquete, pero, en realidad, halagaba su amor propio. No tardamos en congeniar y nos tratamos como buenos conocidos, porque yo soy refractario a la amistad; de dos amigos, uno es siempre esclavo del otro, aunque lo más frecuente es que ninguno de ellos se dé cuenta. Esclavo no puedo ser; y en este caso, ordenar es un trabajo fatigoso, ya que se requiere compaginarlo con el engaño. ¡Y, además, tengo lacayos y dinero! He aquí cómo conocí a Werner: le encontré en S…, en medio de un nutrido y bullicioso círculo de jóvenes; al final de la velada, la conversación tomó un giro filosófico-metafísico; se hablaba de convicciones: cada cual profesaba las creencias más dispares.

—Por lo que a mí se refiere, creo solo en una cosa… —dijo el doctor.

—¿En qué? —pregunté yo, deseando conocer la opinión de un hombre que hasta entonces había permanecido silencioso.

—En que tarde o temprano una espléndida mañana me moriré.

—Pues yo le llevo ventaja —le repliqué—. A más de ese convencimiento, yo tengo otro: el de que una tarde repugnantísima tuve la desgracia de nacer.

Quien más, quien menos, tomó nuestras manifestaciones por chifladuras, pero la realidad es que nadie dijo aquella noche nada más inteligente. A partir de aquel momento, nos distinguíamos el uno al otro. Solíamos reunimos y charlar a solas, muy en serio, sobre temas abstractos, hasta caer en la cuenta de que nos estábamos embaucando mutuamente. Entonces, nos mirábamos a los ojos, con el aire significativo que, según Cicerón, adoptaban los augures romanos; soltábamos la risa y, hartos de reír, nos separábamos, muy satisfechos de la velada.

Cuando Werner entró en mi habitación, yo estaba tumbado en el diván con la vista en el techo y las manos cruzadas bajo la nuca. Sentóse y, poniendo su bastón en un ángulo, me anunció, bostezando, que en la calle comenzaba a hacer calor. Yo le respondí que me molestaban las moscas; y los dos callamos.

—Observe, querido doctor —dije yo—, que si no hubiera tontos, el mundo sería muy aburrido… Mire, por ejemplo: nosotros somos dos personas inteligentes; sabemos de antemano que de todo se puede discutir hasta el infinito; y por eso no discutimos; cada uno conoce casi todos los pensamientos recónditos del otro; una palabra nos revela una historia completa; vemos la médula de cada uno de nuestros sentimientos a través de una triple envoltura. Lo triste nos hace reír, lo cómico nos entristece y, a decir verdad, somos bastante indiferentes a todo, salvo a nuestras propias personas. Así pues, no cabe entre nosotros intercambio alguno de sentimientos o de ideas; sabemos el uno del otro cuanto queremos saber, y no deseamos más; nos queda un recurso: contar novedades. Cuénteme, pues, alguna novedad.

Fatigado de mi largo discurso, cerré los ojos y bostecé.

Después de pensarlo, respondió:

—Ese galimatías, dentro de todo, contiene una idea.

—Dos —respondí yo.

—Dígame una, y yo le diré la otra.

—Bueno, comience —asentí, y continué mirando al techo, mientras sonreía en mi interior.

—Usted desearía conocer detalles acerca de cierta persona del balneario, y yo adivino qué es lo que le interesa, porque allí ya me han preguntado por usted.

—¡Doctor, decididamente no podemos hablar! Leemos el uno en el alma del otro.

—Veamos ahora la segunda idea…

—La segunda es la siguiente: quería que me contara usted algo; primero, porque oír es menos fatigoso; segundo, porque así no se escapa ningún despropósito; tercero, porque puede uno averiguar un secreto ajeno; cuarto, porque personas tan inteligentes como usted prefieren los oyentes a los narradores. Ahora, al grano: ¿qué le dijo la princesa Ligóvskaia de mí?

—¿Tan seguro está usted de que fue la princesa… y no la princesita?…

—Completamente seguro.

—¿Por qué?

—Porque la princesita preguntó por Grushnitski.

—Tiene usted envidiables dotes de adivinador. La princesita dijo que estaba convencida de que ese joven del capote de soldado había sufrido una degradación a causa de un duelo…

—Confío en que la habrá usted dejado con ese agradable equivoco…

—Ni que decir tiene.

—¡Por lo pronto hay trama! —exclamé con entusiasmo—; ya nos preocuparemos del desenlace de la comedia. Es indudable que el destino vela porque no me aburra.

—Presiento —dijo Werner— que el pobre Grushnitski será su víctima…

—Siga, doctor…

—La princesa afirmó que su rostro le era conocido. Le indiqué que seguramente le habría visto en Petersburgo, en sociedad… Le dije su nombre… Lo conocía. Creo que su historia produjo allí gran revuelo… Comenzó a hablarme de las aventuras de usted, añadiendo, probablemente, a los chismes mundanos observaciones de su cosecha… La hija escuchaba con curiosidad. En su imaginación se ha convertido usted en un héroe de novela al gusto moderno… Yo no contradije a la princesa, aun a sabiendas de que estaba diciendo bobadas.

—¡Digno amigo! —exclamé tendiéndole la mano. El doctor la estrechó con gravedad y prosiguió.

—Si quiere, le presentaré…

—¡De ningún modo! —le atajé juntado las manos—. ¿Dónde se ha visto presentar a los protagonistas? Los protagonistas se dan a conocer solamente salvando de una muerte segura a su amada…

—¿Y usted piensa, de veras, galantear a la princesita?…

—¡Qué va, todo lo contrario!… Sin embargo, esto me disgusta, doctor —añadí después de un silencio momentáneo—; yo jamás descubro mis secretos por mí mismo, y me gusta una barbaridad que traten de adivinarlos, porque en ese caso me queda siempre el recurso de negar. Pero debe usted describirme a la madre y a la hija. ¿Qué clase de gente son?

—La princesa ronda los cuarenta y cinco años —respondió Werner—, tiene un estómago magnífico, pero la sangre estropeada. Manchas rojas en las mejillas. Ha pasado en Moscú la última mitad de su vida y el sosiego de allí la ha hecho engordar. Le gustan los chascarrillos escabrosos y si la hija no está delante suele decir ella misma cosas subidas de tono. Me ha dicho que su hija es inocente como una paloma. ¿Qué me importa a mí?… Tentado estuve de responderle que no tuviese cuidado, que 110 se lo diría a nadie. La princesa se trata el reúma, y la hija, Dios sabe qué: he prescrito a ambas tomar dos vasos de agua sulfurosa al día y dos baños medicinales por semana. Me parece que la princesa no es muy mandona; se inclina ante la inteligencia y los conocimientos de su hija, que ha leído a Byron en inglés y sabe álgebra; se ve que en Moscú las señoritas se han dedicado a la ciencia y, realmente, hacen bien. En general, nuestros hombres son tan poco amables, que el

coqueteo con ellos debe resultarle insoportable a una mujer inteligente. A la princesa le agradan sobremanera los hombres jóvenes: la princesita los mira con cierto desdén: ¡costumbre moscovita! En Moscú privan tan solo los cuarentones ingeniosos.

—¿Usted ha estado en Moscú, doctor?

—Sí, tuve allí cierta práctica.

—Continúe.

—Creo que ya se lo he dicho todo… ¡ah, sí!, otra cosa: que a la hija parece gustarle hablar de sentimientos, pasiones, etc. Estuvo un invierno en Petersburgo y quedó decepcionada, sobre todo de la sociedad: de seguro que la recibieron fríamente.

—¿No ha visto usted hoy a nadie en casa de ellas?

—Claro que sí: había un oficial ayudante, otro de la Guardia muy estirado y una dama de las recién venidas, parienta de la princesa por línea marital, bonitísima, pero, al parecer, muy enferma… ¿No la ha visto usted en la fuente? Es de estatura mediana, rubia, de facciones correctas y color de tuberculosa. En la mejilla derecha tiene un lunar negro: su rostro me sorprendió por lo expresivo.

—¡Un lunar! —murmuré entre dientes—. ¿Será posible?

El doctor me miró y pronunció, majestuoso, poniéndome una mano sobre el pecho:

—Usted la conoce…

Efectivamente, mi corazón latía con más fuerza que de ordinario…

—¡Ahora el victorioso es usted! —dije yo—. Mas confío en que no me traicionará. Todavía no la he visto, pero estoy seguro. En el retrato que me acaba de dibujar reconozco a una mujer a quien amé hace tiempo… No le diga nada de mí, y, si le pregunta, dele una mala opinión.

—Si así le place… —contestó Werner, encogiéndose de hombros.

Cuando se marchó, una terrible pesadumbre angustió mi corazón. ¿Es el

destino el que nos reúne de nuevo en el Cáucaso, o bien ella, sabiendo que yo estoy aquí, ha venido intencionadamente?… ¿Cómo nos encontraremos?… Y, por otra parte, ¿será ella?… Nunca me han engañado los presentimientos. No hay en el mundo una persona sobre la cual el pasado ejerza tanto poder como sobre mí. Toda mención de la pena o del placer remotos repercute dolorosamente en mi alma, y siempre provoca en ella las mismas resonancias… Soy una criatura estúpidamente concebida: no olvido nada, ¡nada!

Después de comer, a eso de las seis, fui al bulevar. Había allí mucha gente; la princesa y su hija estaban sentadas en un banco, en medio de un círculo de jóvenes que rivalizaban en amabilidades. Yo me situé a cierta distancia, en otro banco, detuve a dos oficiales conocidos y me puse a contarles no sé qué; debía tener gracia, porque comenzaron a reír como locos. La curiosidad atrajo hacia mí a varios de los que rodeaban a la princesita; poco a poco, todos los demás la abandonaron, incorporándose a mi grupo. Yo no callaba: mis anécdotas eran tontas de puro finas, y mis chanzas sobre los tipos originales que transitaban por allí cerca tenían una mordacidad cruel… Seguí distrayendo al público hasta la puesta del sol. La princesita pasó varias veces junto a nosotros del brazo de su madre, acompañada de un viejecito cojo. Varias veces la mirada de la princesita, al caer sobre mí, expresó enojo, pese a su pretensión de indiferencia…

—¿Qué les ha estado contando? —preguntó a uno de los jóvenes que regresó a su lado por cortesía—. Quizá algún lance muy ameno: sus hechos de armas…

Habló en voz alta, tal vez con el propósito de zaherirme. «¡Ah! —pensé yo—, le ha hecho a usted pupa muy de veras, gentil princesita; pues, espere, ¡qué aún vendrán mayores!».

Grushnitski la vigilaba como un ave de presa y no le quitaba ojo: estoy por apostar que mañana pedirá que alguien le presente a la princesa. Ella se pondrá muy contenta porque se aburre.

16 de mayo

En los dos últimos días he hecho enormes progresos. Es evidente que la princesita me odia: han llegado a mis oídos dos o tres epigramas hechos a mi costa; son bastante cáusticos, pero, al mismo tiempo, muy halagüeños. Le extraña muchísimo que yo, acostumbrado a la buena sociedad y persona íntima de sus

primas y tías de Petersburgo, no trate de entablar conocimiento con ella. Nos vemos a diario, al lado de la fuente, en el bulevar; pongo todo mi empeño en apartar de ella a sus admiradores, ayudantes muy peripuestos, pálidos moscovitas y demás; y casi en cada intento me salgo con la mía. En cambio, ahora mi habitación rebosa de gente un día sí y otro también; comen, cenan, juegan y, ¡ay!, mi champán triunfa sobre el poder magnético de los ojitos de la joven princesa.

Ayer coincidimos en la tienda de Chelájov. Ella quería comprar una maravillosa alfombra persa, y suplicaba a su madre que no escatimara el dinero: adornaría tanto su gabinete… Yo di cuarenta rublos más y me la llevé; recibí como premio una mirada donde brillaba la más encantadora furia. Aproximadamente a la hora de comer, ordené, con toda intención, que paseasen a mi caballo circasiano, enjaezado con la alfombra de marras, por delante de sus ventanas. Werner se hallaba a la sazón en casa de ellas y me dijo que el efecto de la escena había sido de lo más dramático. La princesita intenta predicar una cruzada contra mí; he llegado a observar que incluso dos ayudantes, cuando están en su presencia, me saludan muy secamente, lo cual no es óbice para que coman en mi casa todos los días.

Grushnitski ha adoptado un aire enigmático; pasea con las manos cruzadas a la espalda y no reconoce a nadie; se le ha curado la pierna repentinamente: apenas cojea. Ha tenido oportunidad de entablar conversación con la princesa y decir alguna gentileza a la hija; ella no debe ser muy exigente, porque desde entonces responde a su saludo con la sonrisa más afable.

—¿Decididamente, no quieres ser presentado a las Ligóvskaia? —me preguntó ayer.

—Decididamente.

—¡Pero, hombre! Si es la casa más agradable del balneario. Toda la mejor sociedad de aquí…

—Amigo mío: la de aquí y la que no lo es me tiene terriblemente hastiado. ¿Y tú, las visitas?

—Todavía no; he hablado alguna que otra vez con la princesita. Pero, sabes, es violento dar a entender que quiere uno que le inviten, aunque aquí se acostumbra a hacerlo… Otra cosa sería si llevara charreteras…

—¡Por Dios! ¡Si estás así mucho más atractivo! Lo que pasa es que no sabes aprovecharte de tu ventajosa situación… El capote de soldado te convierte en héroe

y mártir a los ojos de toda señorita sentimental.

Grushnitski sonrió, fatuo.

—¡Qué absurdo! —exclamó.

—Apuesto —proseguí yo— a que la princesita está enamorada de ti.

Enrojeció hasta las orejas y se infló como un pavo. ¡Oh, vanidad! ¡Tú eres la palanca con que Arquímedes quería levantar el globo terráqueo!

—¡Todo lo tomas a broma! —repuso fingiendo enfado—. En primer lugar, me conoce tan poco…

—Las mujeres aman solamente a los que no conocen.

—Pero si no pretendo gustarle… Deseo simplemente poder visitar una casa agradable, y sería ridículo alentar esperanzas… Vosotros, los conquistadores de Petersburgo, tenéis el camino allanado; basta con que miréis a una mujer, para que se derrita… ¿Sabes, Pechorin, que la princesita me ha hablado de ti?…

—¡Qué dices! ¿Te ha hablado ya de mí?

—No te regocijes todavía. Una vez entablamos conversación por pura casualidad, al lado de la fuente; y su tercera frase fue: «¿Quién es ese señor, de mirada tan desagradable y áspera? Estaba con usted el día que…». Se ruborizó y no quiso mencionar el día para no sacar a colación su simpático gesto. «No necesita decir el día —le respondí yo—; lo recordaré eternamente…». ¡Amigo Pechorin!

No te felicito; tiene mala opinión de ti… ¡Y es realmente lamentable! ¡Porque mi Meri es encantadora!…

Anotaremos que Grushnitski pertenece a esa categoría de hombres que, al hablar de una mujer que ha tenido la suerte de gustarles, y a la que apenas conocen, la llaman *mi Meri*, *mi Sophie*, etc.

Yo adopté un aspecto serio y respondí:

—Sí, cierto que no está mal… Pero cuidado, Grushnitski. Las señoritas rusas suelen alimentarse únicamente de amor platónico, sin mezclarlo con la idea del casamiento; y el amor platónico es el más agitado. La princesita se me figura una de

esas mujeres aficionadas a que las distraigan; si llega a aburrirse a tu lado dos minutos consecutivos, estás perdido sin remisión; tu silencio ha de incitar su curiosidad; jamás tu conversación deberá satisfacerla por completo; procura inquietarla de continuo; por ti será capaz de hacer público desprecio de la opinión ajena hasta diez veces y dirá que es un sacrificio; a modo de compensación, empezará a atormentarte; y, por último, declarará pura y simplemente que no te puede aguantar. Si no te impones a ella, su primer beso no te dará derecho ni siquiera a un segundo; coqueteará contigo hasta la saciedad, y unos dos años más tarde se casará con cualquier monstruo por obediencia a su mamaíta, después de lo cual pretenderá convencerse de que es una desgraciada, de que su amor perteneció a un solo hombre, es decir, a ti, pero que los cielos no habían querido unirla a él porque llevaba capote de soldado, aunque bajo ese grueso capote gris latía un corazón apasionado y noble…

Grushnitski descargó un puñetazo en la mesa y comenzó a pasearse por la habitación.

Yo estaba reventando de risa para mis adentros, y hasta llegué a sonreírme dos veces, pero él, por fortuna, no se apercibió. Su enamoramiento es evidente, pues su incredulidad aumenta; lleva, incluso, un anillo de plata esmaltado, de producción local, que me ha parecido sospechoso… Examinándolo, ¿querréis creerlo?, he visto el nombre de *Meri* grabado con letras diminutas en la parte interior, y, junto a él, la fecha del día en que ella recogió del suelo el célebre vaso. He ocultado mi descubrimiento, pues no deseo forzar la confesión; aspiro a que él mismo me elija por confidente. Entonces sí que voy a divertirme…

……

Esta mañana me levanté tarde; cuando llegué a la fuente, ya no había nadie. Comenzaba a picar el calor; nubecitas blancas y esponjosas corrían veloces desde las montañas nevadas, presagiando tormenta; la cúspide del Mashuk humeaba como una antorcha apagada; a su alrededor giraban y se desplazaban serpenteantes unos desgarrados nubarrones grises que, detenidos en su curso, diríanse prendidos en un espinoso matorral. El aire estaba saturado de electricidad. Me adentré en la hilera de vides que conduce a la gruta. Sentía tristeza; pensaba en la mujer joven del lunar en la mejilla, de quien me hablara el doctor… ¿A qué habrá venido? ¿Será ella?

¿Qué me induce a creerlo? Más aún, ¿por qué estoy convencido de que es ella? ¿Acaso hay pocas mujeres con lunares en las mejillas? Embargado por tales pensamientos, me acerqué a la gruta. Miré y vi que a la sombra fresca de una bóveda, sentada sobre un banco de piedra, estaba una mujer con sombrero de paja, envuelta en un chal negro, la cabeza reclinada sobre el pecho. El sombrero le ocultaba el rostro. Quise volverme para no turbar sus sueños, cuando me miró.

—¡Vera! —exclamé sin poder contenerme.

Ella palideció estremecida.

—Sabía que estaba usted aquí —me dijo.

Me senté a su lado y le cogí la mano.

Una palpitación olvidada ya hacía tiempo recorrió mis venas al conjuro de aquella voz acariciante. Me miró a los ojos con los suyos, profundos y serenos: expresaban desconfianza y algo parecido a reproche.

—¡Cuánto tiempo sin vernos! —dije yo.

—¡Sí; y ambos hemos cambiado mucho!

—Por lo tanto, ¿ya no me quieres?…

—¡Estoy casada!… —contestó ella.

—¿Otra vez? Sin embargo, hace unos años existía la misma causa y, no obstante…

Desprendió su mano de las mías y sus mejillas se encendieron.

—¿Tal vez amas a tu segundo marido?…

Ella, sin responder, volvió la cabeza.

—¿O es muy celoso?

Silencio.

—¿Por qué callas? Es joven, guapo y, probablemente, rico; y tú tendrás

miedo…

La miré y quedé asustado; el semblante denotaba una profunda desesperación y las lágrimas brillaban en sus ojos.

—Di me —susurró, por fin—, ¿te divierte mucho atormentarme? Debería odiarte. Desde que nos conocemos, no me has dado más que martirios… —su voz tembló, se inclinó hacia mí y apoyó la cabeza en mi pecho.

«Tal vez —pensé yo—, por eso precisamente me quisiste: las alegrías se olvidan, las penas jamás…».

La abracé fuertemente, y así permanecimos mucho tiempo. Por fin, nuestros labios se juntaron, fundiéndose en un beso ardiente, embriagador; sus manos estaban como el hielo, y su cabeza ardía. Entablamos después una de esas conversaciones que en el papel no tienen sentido, que es imposible reproducir y ni siquiera recordar: la significación de los sonidos sustituye y completa el alcance de las palabras, como en la ópera italiana.

Ella, resueltamente, no quiere presentarme a su marido, el viejecito cojo que vi de paso en el bulevar. Se ha casado con él por el bien de su hijo. Es rico y padece reúma. No me he permitido ninguna burla a cuenta de él: ella le respeta como a un padre, y lo engañará como a un marido… ¡Extraña cosa el corazón humano, en general, y el femenino en particular!

El marido de Vera, Semión Vasilievich G…, es pariente lejano de la princesa Ligóvskaia. Viven en la casa contigua. Vera visita con frecuencia a la princesa; le he dado palabra de hacerme presentar a las Ligóvskaia y de cortejar a la hija para desviar de ella la atención. Así no tengo que modificar para nada mis planes, y me divertiré…

¡Me divertiré!… Sí; ya he dejado atrás la época en que el espíritu busca solo la felicidad y en que el corazón se siente impelido a amar intensa y apasionadamente; ahora no deseo más que ser amado, y no por muchas; hasta creo que me bastaría un solo cariño constante: ¡lamentable costumbre del corazón!…

Una cosa me ha extrañado siempre: jamás he sido esclavo de la mujer amada; por el contrario, en todas las ocasiones he adquirido sobre su voluntad y su corazón un poder invencible, sin esforzarme en absoluto. ¿Por qué será? ¿Tal vez porque nunca he sentido gran estima por nada, y ellas temían perderme a cada minuto? ¿O bien por la influencia magnética de un organismo fuerte? ¿O, simplemente, porque

no tropecé nunca con una mujer de carácter?

Debo confesar que, en efecto, no me gustan las mujeres de carácter. ¿Acaso eso es propio de ellas?

Acabo de recordar, sin embargo, que una vez, una sola vez, me enamoré de una mujer de firme voluntad, a la cual jamás pude vencer… Nos separamos como enemigos, pero tal vez si la hubiera encontrado cinco años más tarde, nuestra separación habría sido muy otra…

Vera está enferma, muy enferma, aunque no lo confiesa. Temo que esté tuberculosa o que padezca la *fièvre lente*, enfermedad no rusa en absoluto, y que en nuestro idioma no tiene nombre.

La tormenta nos sorprendió en la gruta y nos obligó a demorarnos allí media hora más. Vera no me hizo jurarle fidelidad, ni me preguntó si había amado a otras desde que nos despedimos… Se me confió de nuevo con su anterior abandono, y yo no la engañaré: es la única mujer en el mundo a la que 110 sería capaz de engañar. Sé que pronto volveremos a separarnos, acaso para siempre: ambos iremos a la tumba por distintos caminos, pero su recuerdo perdurará, sagrado, en mi alma; así se lo he repetido siempre, y ella me cree, aunque diga lo contrario.

Por fin nos separamos; la seguí largo rato con la vista, hasta que su sombrero desapareció tras los arbustos y las rocas. Mi corazón se encogió dolorosamente, igual que después de la primera separación. ¡Oh! ¡Qué placer me proporcionó ese sentimiento! ¿No será la juventud, con sus borrascas bienhechoras, que vuelve a mí, o es solamente su mirada de despedida, su última ofrenda como recuerdo?… y da risa pensar que, en apariencia, soy todavía un muchacho; el rostro, aunque pálido, se conserva fresco; los miembros, flexibles y esbeltos; el cabello, espeso y ondulado; me arden los ojos y me hierve la sangre…

De regreso a casa, monté a caballo y salí al galope para la estepa; me gusta volar en un corcel fogoso por entre altos yerbajos, cara al viento del desierto; aspiro con avidez el aire perfumado y fijo la vista en la azul lejanía, tratando de adivinar los difusos contornos de los objetos que, minuto a minuto, se perfilan con más nitidez. Por hondo que sea el pesar que me oprima el corazón o el desasosiego que angustie mi cerebro, todo se disipa como por encanto. El alma se siente aliviada; el cansancio del cuerpo vence a la inquietud de la mente. No hay mirada de mujer que yo no olvide ante el panorama de las encrespadas montañas que ilumina el sol meridional, al contemplar un cielo azul o al oír el rugido de un torrente que se

precipita de roca en roca.

Supongo que los cosacos, aburridos en sus atalayas, se sorprenderían mucho al verme galopar a tontas y a locas, y me tomarían por un circasiano, pues mis atavíos les daban pie a ello. Más de una vez me han dicho que, con el traje circasiano y montado a caballo, parezco más kabardo que muchos kabardos. Y, en efecto, visto ese noble ropaje de guerrero con la elegancia de un dandi: ni un galón de más; las armas, valiosas, pero con sencillo montaje; la piel del gorro, ni muy larga, ni muy corta; las polainas, ajustadas como un guante; el *beshmet*, blanco; el capote circasiano, marrón oscuro. He estudiado mucho tiempo el modo de cabalgar de los montañeses; no hay mejor halago a mi amor propio que reconocer mis dotes en la equitación al estilo caucasiano. Mantengo cuatro caballos: uno para mí y tres para los amigos, con objeto de no aburrirme cuando salgo al campo; ellos toman de muy buena gana mis caballos, pero jamás me acompañan en mis correrías. Habían dado las seis de la tarde cuando recordé que era hora de comer; mi montura estaba extenuada; salí al camino que conduce de Piatigorsk a la colonia alemana, lugar a donde la sociedad del balneario va con frecuencia *en piquenique*. El camino serpentea entre arbustos, atraviesa unas pequeñas vaguadas, cuyo fondo surcan arroyos rumorosos a la sombra de crecidas hierbas; alrededor, en anfiteatro, se alzan las moles azuladas de los montes Beshtú, Zmeínaia, Zheliéznaia y Lisaia. Al descender a una de esas vaguadas, que en el dialecto local se llaman *balkas*, me detuve, para que el caballo bebiera; en aquel momento apareció por el camino una bulliciosa y brillante cabalgata: damas con traje de amazona de color negro y azul celeste, caballeros ataviados «mitad al estilo circasiano, mitad al de Nizhni Nóvgorod»[44]; al frente de todos, cabalgaban Grushnitski y la princesita Meri.

Las damas del balneario sustentan aún la creencia de que los circasianos suelen atacar en pleno día; quizá por eso, Grushnitski se había ceñido por encima del capote de soldado el sable y un par de pistolas; ofrecía un aspecto bastante estrafalario con ese atuendo heroico. Un alto arbusto me ocultaba a su vista, mientras que yo, a través de las hojas, podía verlo todo; por la expresión de sus rostros adiviné que venían enfrascados en una plática sentimental. Por fin se aproximaron a la pendiente; Grushnitski tomó de las bridas el caballo de la princesita, y me fue posible percibir el final de la conversación:

—¿Y piensa usted quedarse toda la vida en el Cáucaso? —inquirió ella.

—¿Qué supone para mí Rusia? —respondió su galán—. Un país donde miles de personas, solo por ser más ricas que yo, me mirarán con desprecio, mientras que aquí… aquí, este grosero capote no me ha impedido trabar conocimiento con

usted…

—Al contrario… —protestó ella ruborizándose.

El rostro de Grushnitski resplandeció de satisfacción. Prosiguió:

—Aquí mi vida trascurrirá bulliciosa, imperceptible y rápida, bajo las balas de los salvajes, y si Dios me enviase cada año una luminosa mirada femenina a semejanza de la que…

En aquel momento llegaron a mi lado. Fustigué al caballo y salí del matorral…

—*Mon dieu, un circassien*!… —exclamó la princesita horrorizada.

Para disuadirla por completo respondí en francés, con un ligero saludo:

—*Ne craignez rien, madame, je ne suis pas plus dangereux que votre cavalier*[45].

Ella se turbó, pero ¿por qué? ¿Por su equivocación, o porque mi respuesta le pareció atrevida? Me gustaría que esta última conjetura fuera la justa. Grushnitski me lanzó una mirada de descontento.

Ya bastante tarde, es decir, a eso de las once, fui a dar un paseo por la avenida de los tilos del bulevar. La ciudad dormía, y solo en algunas ventanas se veían luces. Negreaban por tres lados crestas rocosas de las estribaciones del Mashuk, en cuya cumbre se cernía una nube amenazadora; por el Este se elevaba la luna; resplandecían a lo lejos los flecos plateados de las montañas cubiertas de nieve. Los alertas de los centinelas alternaban con el murmullo de las fuentes termales, que corrían, libres, durante la noche. A veces el sonoro claqueteo de los cascos de un caballo resonaba por la calle, acompañado del chirriar de una carreta *nogáiskaia*[46] y de un melancólico estribillo tártaro. Me senté, meditabundo, en un banco… Me acuciaba el imperativo de confiar mis pensamientos a una alma amiga… ¿pero, a quién? ¿Qué estará haciendo Vera? Reflexionaba yo… Hubiera dado cualquier cosa por estrechar su mano en aquel instante.

De pronto oí unos pasos rápidos y desiguales… Grushnitski —pensé…— ¡Efectivamente, era él!

—¿De dónde vienes?

—De casa de la princesa Ligóvskaia —respondió, dándose mucha importancia—. ¡Cómo canta Meri!…

—¿Sabes una cosa? —le dije—. Apuesto lo que quieras a que ignora que eres cadete; piensa que estás degradado…

—¡Tal vez! ¡Qué me importa!… —repuso distraído—. No, lo digo por decir…

—¿Sabes que hoy la has enfadado mucho? Considera que fue un atrevimiento inaudito por parte tuya; a duras penas pude convencerla de que estás tan bien educado y tan hecho al trato en sociedad, que era imposible que tuvieses el propósito de ofenderla; dice que tienes una mirada impertinente y que, con seguridad, te has formado una opinión elevadísima de ti mismo.

—No se equivoca… ¿Y tú, no quieres defenderla?

—Lamento no poseer aún ese derecho…

«¡Hola! —pensé—. Por lo visto, ya se hace ilusiones…».

—Por lo demás, peor para ti —prosiguió Grushnitski—, ahora te costará trabajo ser presentado a ellas, y es una lástima. Se trata de una de las casas más agradables que conozco…

Sonreí para mis adentros.

—De momento, la casa más agradable para mí es la mía —repliqué bostezando, y me levanté con ánimo de retirarme.

—Confiesa, sin embargo, que te arrepientes.

—¡Qué tontería! Si quisiera, mañana a la tarde estaba en casa de la princesa…

—Sería cosa de ver…

—Incluso, para complacerte, haré la corte a la princesita…

—En el caso de que quiera hablar contigo…

—Esperaré a que la aburra tu conversación… ¡Adiós!…

—Pues yo me voy a pasear por ahí; no podría dormir por nada del mundo… Escucha; ¿y si nos fuéramos al restaurante? Allí se juega… Esta noche necesito sensaciones fuertes…

—Pues, ojalá pierdas…

Me fui a casa.

21 de mayo

Ha transcurrido casi una semana y aún no he sido presentado a las Ligóvskaia. Espero la ocasión oportuna. Grushnitski es la sombra de la princesita: la sigue por todas partes. Sus conversaciones son interminables. ¿Cuándo se hastiará, por fin, de él?… La madre no le presta atención, porque él *no es partido*. ¡Ahí tenéis la lógica materna! He captado dos o tres miradas tiernas. ¡Hay que poner fin a esto!

Ayer apareció Vera por primera vez al lado de la fuente… Desde nuestro encuentro en la gruta no había salido de casa. Metimos los vasos al mismo tiempo e, inclinándose, me dijo en un susurro:

—¿Por qué no quieres ser presentado a las Ligóvskaia?… Solo allí podremos vernos…

¡Un reproche!… ¡Qué fastidio! Pero me lo he merecido…

A propósito: mañana hay un baile de abono en el salón del restaurante, y bailaré la mazurca con la princesita.

22 de mayo

El salón del restaurante se convirtió en una sala del Club de la Nobleza. A las nueve de la noche habían acudido todos. La princesa con su hija fueron de las últimas: muchas damas contemplaron a la princesita Meri con envidia malévola porque hacía gala de buen gusto en el vestir. Las que se consideraban aristócratas locales se le acercaron, disimulando la envidia. ¿Qué hacer? Dondequiera que haya una sociedad femenina ha de formarse al punto un círculo superior y otro inferior. Fuera, entre el gentío, estaba Grushnitski con el rostro pegado al cristal de la

ventana y sin apartar los ojos de su diosa; Meri, al pasar junto a él, le distinguió con una leve reverencia. Grushnitski resplandeció como el sol… Abrióse el baile con una polonesa; después tocaron un vals: tintineo de espuelas, faldones que se alzan y giran en remolino.

Yo me hallaba tras una gruesa dama, engalanada de plumas color de rosa. La suntuosidad de su vestido evocaba la época de los miriñaques, y lo abigarrado de su áspero cutis, los felices tiempos de los lunares de tafetán negro. Un broche escamoteaba a la vista la verruga más prominente de su cuello. Decía a su caballero, un capitán de dragones:

—¡Esa princesita Ligóvskaia es una damisela insoportable! Imagínese, me ha dado un empujón y ni siquiera se ha disculpado; hasta se volvió enfocándome con sus impertinentes… *C'est impayable*[47]!… ¡Y de qué se enorgullece! ¡Sería magnífico darle una lección!…

—¡Por eso, que no quede! —respondió el servicial capitán, y se encaminó a una habitación vecina.

Yo, aprovechando el desembarazo de las costumbres locales, que permiten bailar con damas desconocidas, me aproximé acto seguido a la princesita, invitándola al vals.

Trabajo le costó reprimir una sonrisa y ocultar su triunfo; sin embargo, logró pronto adoptar una actitud de total indiferencia, incluso rígida. Apoyó con descuido su mano en mi hombro, ladeó ligeramente la cabeza y nos lanzamos. ¡No conozco un talle más voluptuoso y flexible! Su fresco aliento me rozaba el rostro; un bucle, desprendido de sus compañeros en el torbellino del vals, resbalaba de cuando en cuando por mi ardiente mejilla… Dimos tres vueltas a la sala. Ella bailaba el vals que es una bendición. Sofocada, tenía los ojos empañados, y sus labios entreabiertos apenas pudieron balbucir el «*Merci, monsieur*» de ritual.

Al cabo de unos minutos de silencio le dije en el tono más sumiso:

—He oído, princesa, que a pesar de serle un total desconocido ya he tenido la desgracia de merecer su desfavor… que me ha juzgado insolente…, ¿es posible?

—¿Y ahora le gustaría que confirmase tal opinión? —respondió con una ligera mueca irónica que, dicho sea de paso, cuadraba admirablemente con su expresiva fisonomía.

—Si he cometido la insolencia de ofenderla en algo, permítame un atrevimiento mayor: el de implorar su perdón… crea que celebraría infinito probarle que está usted equivocada…

—No le sería nada fácil…

—¿Por qué?

—Porque no visita usted nuestra casa, y no es probable que bailes como este se repitan con frecuencia.

«De donde se infiere —pensé yo— que sus puertas estarán siempre cerradas para mí».

—A fe mía, princesa —dije con cierto fastidio—, que jamás debe rechazarse a un delincuente arrepentido; la desesperación puede conducirle a cosas peores… y entonces…

Las risas y los murmullos de los que nos circundaban me obligaron a volver la cabeza y a interrumpir la frase. A varios pasos de nosotros había un grupo de hombres, y entre ellos el capitán de dragones que expresara propósitos hostiles contra la primorosa princesa; mostrábase sumamente alborozado, se frotaba las manos, reía a carcajadas, intercambiando guiños con sus compañeros. De repente un individuo de frac, largos bigotes y rostro amoratado se destacó de su grupo, dirigiéndose con paso titubeante hacia la princesita: estaba borracho. Detuvose ante la turbada joven; las manos a la espalda, y fijos en ella los borrosos ojos grises, barbotó con ronca voz de falsete:

—Permítame… pero ¡bueno!… Sencillamente, la invito para la mazurca…

—¿Qué desea? —murmuró ella con voz trémula, lanzando a su alrededor una ojeada implorante. Mas ¡ay!, su madre estaba lejos y en torno suyo no había ningún caballero conocido; creo que un ayudante presenció todo el lance, pero se escabulló entre la muchedumbre para no inmiscuirse.

—¿En qué quedamos? —continuó el señor borracho, al tiempo que hacía un guiño al capitán de dragones, que le incitaba gesticulando—. ¿No lo tiene a bien?… Pues, pese a todo, tengo el honor de volver a invitarla *pour mazurque*… ¿Cree que estoy borracho? ¡Eso no importa!… Resulta mucho mejor, se lo aseguro…

Yo la veía a punto de desmayarse de temor y de indignación.

Me acerqué al borracho, le así con bastante rudeza por un brazo y, mirándole fijamente a los ojos, le intimé a que se alejara, advirtiéndole que la princesita me tenía prometida la mazurca mucho antes.

—¡Qué se le va a hacer!… ¡Otra vez será! —exclamó él, echándose a reír, y se reintegró a sus abochornados compañeros, quienes se le llevaron en el acto a otra habitación.

Una mirada profunda y maravillosa me sirvió de recompensa.

La princesita se acercó a su madre y le refirió lo ocurrido. Esta me buscó entre la multitud y me dio las gracias, añadiendo que había conocido a mi madre y que era amiga de media docena de tías mías.

—No sé a qué atribuir que hasta ahora no nos hayamos conocido —continuó—; pero confiese que toda la culpa es suya: huye usted de la gente de un modo incomprensible. Confío en que el aire de mi salón disipará su *spleen*… ¿No es verdad?

Respondí con una de esas frases que cada cual debe tener a la mano para tales casos.

La cuadrilla duró muchísimo.

Por fin, desde el palco de la orquesta nos llegaron los acordes de la mazurca; la princesita y yo nos situamos para bailar.

No aludí una sola vez al señor borracho, ni a mi conducta pasada, ni a Grushnitski. La impresión que produjo en ella la desagradable escena se fue esfumando poco a poco; resplandeció su carita; gastaba bromas muy amables; su conversación, aun sin pretenderlo ella, era aguda, desenvuelta y vivaz, y sus observaciones, aveces profundas. Le insinué con una frase muy enrevesada que me gustaba hacía tiempo.

Ella inclinó la cabecita y se sonrojó levemente.

—¡Es usted un hombre extraño! —me dijo después, alzando hacia mí sus ojos de terciopelo y riéndose de manera forzada.

—No quería conocerla —dije yo— porque está usted rodeada de una multitud demasiado compacta de admiradores, y temía pasar desapercibido entre

ellos.

—¡Vano temor! Todos son aburridísimos…

—¡Todos! ¿De veras que todos?

Ella me miró con fijeza, como si tratase de recordar algo; tornó luego a ruborizarse levemente y, por último, afirmó, resuelta:

—¡*Todos*!

—¿Inclusive mi amigo Grushnitski?

—¿Es su amigo? —interesose, dejando entrever cierta duda.

—Sí.

—Él, naturalmente, no entra en el número de los aburridos…

—Sino en el de los desdichados —la interrumpí yo, riéndome.

—¡Exacto! ¿Y a usted le produce risa? Me gustaría verle en su lugar…

—¡Bah! También yo he sido *junker* y en verdad que fue el mejor periodo de mi vida.

—¿Así que él es *junker*?… —se apresuró ella a decir, y añadió—: Y yo que pensaba…

—¿Qué pensaba?

—¡Nada!… ¿Quién es esa dama?

La conversación tomó otro giro y ya no volvimos a tratar del tema.

Terminó la mazurca y nos separamos con un «hasta la vista». Las damas se despidieron… Fui a cenar y me encontré con Werner.

—¡Ay, ay! —me dijo—. Conque esas tenemos. Y usted que quería conocer a la princesita solamente salvándola de una muerte cierta…

—Algo mejor he hecho —le respondí—, ¡la he salvado de un desmayo en

mitad del baile!…

—¿Cómo es eso? ¡Cuente!

—No, adivínelo usted, ¡usted, que lo adivina todo en el mundo!

23 de mayo

A eso de las siete de la tarde, paseando por el bulevar, se me aproximó Grushnitski, que me había visto desde lejos. Un entusiasmo ridículo refulgía en sus ojos. Me estrechó fuertemente la mano, diciéndome con acento trágico:

—Gracias, Pechorin… ¿Me entiendes?…

—No; pero, en todo caso, no merece gratitud —repuse yo, convencido de que sobre mi conciencia no pesaba nada digno de agradecer.

—¡Cómo! ¿Y ayer? ¿Te has olvidado acaso?… Meri me lo ha referido todo…

—¡Vaya, vaya! ¿Es que ya todo es común entre vosotros? ¿Hasta la gratitud?…

—Escucha —dijo Grushnitski, poniéndose muy serio—. Si en algo aprecias mi amistad, ten la bondad de no mofarte de mi amor… Ya ves que la quiero con locura… y pienso, confío, en que ella también me ama… Tengo un favor que pedirte: tú vas esta noche a su casa; prométeme que lo observarás todo; sé que eres ducho en estos asuntos, conoces mejor que yo a las mujeres… ¡Mujeres, mujeres! ¡Quién las puede comprender! Sus sonrisas contradicen sus miradas, sus palabras prometen y seducen, y el sonido de su voz repele… Tan pronto interpretan y aciertan al instante el pensamiento más recóndito como no entienden las más claras insinuaciones… Por ejemplo, Meri: ayer sus ojos brillaban de pasión al detenerse en mí; en cambio hoy están fríos y apagados…

—Tal vez sea el efecto de las aguas… —sugerí yo.

—Tú todo lo ves por el lado peor… ¡materialista! —añadió, despectivo—. Pero pasemos a otra materia —y, muy ufano por el mediocre retruécano, se puso alegre.

A las ocho y pico de la noche nos encaminamos juntos a visitar a la princesa.

Al pasar ante el domicilio de Vera la vi en la ventana. Cambiamos una mirada furtiva. Ella entró en el salón de las Ligóvskaia poco después que nosotros. La princesa me la presentó como pariente suya. Nos sentamos a tomar el té; los invitados eran muchos; la conversación, general. Yo procuraba agradar a la princesa. Bromeando, la hice reír con toda su alma en varias ocasiones; la princesita se sintió también presta a soltar la carcajada más de una vez, pero se reprimía, para no salirse de su papel: pensaba que la languidez le sentaba bien, y quizá no se equivocase. Grushnitski parecía muy satisfecho de que mi alegría no la contagiase.

Después del té, pasamos a la sala.

—¿Estás contenta de mi obediencia, Vera? —dije al pasar junto a ella.

Me lanzó una mirada plena de amor y reconocimiento, una de esas miradas a las que ya me he acostumbrado, pero que antaño constituían mi felicidad. La princesa hizo sentar a su hija al piano; todos le suplicaron que cantase algo; yo permanecí en silencio y, aprovechando el bullicio, me retiré a una ventana con Vera, que me quería comunicar algo de suma importancia para los dos… Resultó ser una tontería…

A la princesita le disgustaba mi indiferencia, según pude colegir por una mirada brillante y colérica… ¡Oh, entiendo a las mil maravillas ese lenguaje: mudo, pero expresivo; breve, pero tajante!…

Comenzó a cantar: poseía una voz bastante buena, pero cantaba mal… Aunque, a decir verdad, yo no la escuché. En cambio Grushnitski, reclinado en el piano, enfrente de ella, se la comía con los ojos y exclamaba a cada instante, a media voz: *charmant, délicieux*[48]!

—Escucha —me dijo Vera—, no quiero que conozcas a mi marido, pero tienes que conseguir sin falta gustar a la princesa; no te costará gran trabajo: tú puedes todo lo que te propongas. Solo aquí nos veremos…

—¿Solo aquí?…

Ella enrojeció y continuó:

—Bien sabes que soy tu esclava; jamás he podido oponerme a ti… y en ese pecado llevo mi penitencia: tú dejarás de quererme. Al menos, deseo conservar mi

reputación… no por mí, ¡tú lo sabes demasiado bien!… ¡Oh, te lo suplico! No me martirices como antes, con vanas sospechas y fingido desapego; quizá muera pronto, cada día me siento más débil… Pero, a pesar de todo, no puedo pensar en la vida futura; pienso tan solo en ti… Vosotros, los hombres, no comprendéis el deleite de una mirada, de un apretón de manos… Yo, por el contrario, ¡te lo juro!, al oír tu voz, experimento un placer tan profundo, tan extraño, que ni los besos más ardientes serían capaces de sustituirlo.

Mientras tanto, Meri había terminado el canto. Un murmullo de plácemes se alzó a su alrededor; yo fui el último en acercarme y, con cierto descuido, no sé qué le dije respecto a su voz.

Hizo un mohín, adelantando el labio inferior, y se inclinó con una reverencia muy burlona.

—Esto me halaga tanto más —me dijo— cuanto que no me ha escuchado usted en absoluto. ¿Acaso no le gusta la música?…

—Muy al contrario… ¡sobre todo después de comer!

—Grushnitski lleva razón al afirmar que sus gustos son de lo más prosaico… Veo que le agrada la música en el sentido gastronómico…

—Una equivocación más: no tengo nada de gastrónomo; mi estómago es deplorable. Pero la música, como sobremesa, adormece, y dormir después de comer es saludable: de donde se deduce que me gusta la música en el aspecto medicinal. Por la noche, en cambio, irrita excesivamente los nervios: me pone demasiado triste o demasiado alegre. Lo uno y lo otro fatiga si no existe un motivo real de alegría o de pena; además, la tristeza en sociedad es ridícula, y una alegría excesiva, incorrecta…

No quiso oírme más. Apartándose de mí se sentó a la vera de Grushnitski, con quien inició un coloquio sentimental; creo que la princesita respondía a las sabihondas sentencias de él con bastante distracción y algo a despropósito, aunque aparentaba escucharle atentamente, porque él la contemplaba de vez en cuando sorprendido, indagando la causa del trastorno interior, que su inquieta mirada traslucía por momentos…

¡Pero a mí no me engaña, adorable princesita! ¡Tenga cuidado! Quiere pagarme con la misma moneda, herir mi amor propio. ¡No lo conseguirá! Y si me declara usted la guerra, seré implacable.

En el transcurso de la velada hice adrede repetidos intentos de intervenir en su conversación, mas ella acogía con visible sequedad mis observaciones, y terminé por alejarme, fingiendo fastidio. La princesita estaba radiante; asimismo Grushnitski. ¡Cantad victoria, amigos, daos prisa!… ¡No durará mucho vuestro triunfo!… ¿Qué hacer? Tengo un presentimiento… Siempre que he conocido a una mujer, he adivinado infaliblemente si me iba a querer o no…

Pasé el resto de la velada junto a Vera, y hablamos del pasado hasta saciarnos… ¿Por qué me querrá tanto? No lo sé. Tanto más siendo una mujer que me ha comprendido por completo, con todas mis pequeñas debilidades y malas pasiones… ¿Tan atractivo es el mal?…

Salí con Grushnitski. En la calle me cogió del brazo y, después de un largo silencio, dijo:

—¿Qué tal?

Sentí deseos de responderle: «Eres tonto», pero me contuve y me limité a encogerme de hombros.

29 de mayo

Durante estos últimos días no me he desviado un ápice de mi sistema. A Meri comienza a cautivarla mi conversación; le he referido algunos lances peregrinos de mi vida y ha empezado a considerarme un hombre extraordinario. Yo tomo a chacota el mundo entero, sobre todo los sentimientos, y eso empieza a causarle horror. En presencia mía no se atreve a enzarzarse en debates sentimentales con Grushnitski, y en más de una ocasión ha respondido a sus salidas con una sonrisa burlona. Pero yo, siempre que Grushnitski se acerca a ella, adopto un aire resignado y los dejo solos. La primera vez se alegró, al menos en apariencia; la segunda, se enfadó conmigo; la tercera, con Grushnitski.

—¡No tiene usted mucho amor propio! —me reconvino ayer—. ¿De dónde deduce que me agrada más la compañía de Grushnitski?

Le respondí que, en aras de la felicidad del amigo, sacrificaba mi placer…

—Y el mío —añadió.

La miré fijamente y me puse serio. En todo el día no cambiamos una palabra… Por la noche la vi pensativa; esta mañana en la fuente, más pensativa aún. Cuando me acerqué, estaba oyendo distraídamente a Grushnitski, quien, al parecer, se extasiaba con el paisaje, pero en cuanto me vio, se echó a reír a carcajadas (muy a destiempo), fingiendo no advertir mi presencia. Me distancié un tanto y me puse a observarla a hurtadillas; Meri volvió la cara y bostezó dos veces. No cabe duda de que Grushnitski la aburría. Estaré dos días más sin hablar con ella.

3 de junio

Muy a menudo me pregunto: ¿a qué viene mi insistencia por conseguir el amor de una muchacha que no pretendo seducir y con la cual jamás me casaré? ¿A santo de qué esa coquetería femenina? Vera me quiere más de lo que pueda ser capaz de amarme nunca la princesita Meri; si me pareciera una belleza inaccesible, tal vez me habría atraído la dificultad de la empresa…

¡Pero, nada de eso! Por lo tanto, no se trata de esa inquietante necesidad de amor que nos atormenta en los primeros años de juventud, llevándonos de una mujer a otra, hasta que, al fin, tropezamos con una que nos detesta. Entonces comenzamos a ser constantes, nace la genuina, la infinita pasión, que podríamos expresar matemáticamente con una línea proyectada desde un punto al espacio; el secreto de ese infinito radica tan solo en la imposibilidad de alcanzar el objetivo, es decir, el fin.

¿Por qué, pues, me empeño yo? ¿Por envidia a Grushnitski? ¡Pobrecillo! No la merece en absoluto. O quizá sea en virtud de ese abyecto pero invencible sentimiento que nos incita a destruir las dulces ilusiones del prójimo, para luego, cuando, desesperado, nos pregunte qué es lo que debe creer, darnos el mezquino placer de decirle:

—¡Amigo mío, lo mismo me ha ocurrido a mí! Y, sin embargo, ya ves: almuerzo, ceno y duermo sosegado; y aún confío en que sabré morir sin gritos ni lágrimas.

¡Y, no obstante, qué inmenso placer el de adueñarse de un alma joven, apenas abierta! Es enteramente una flor que emana su más delicada fragancia a la primera caricia del sol. Hay que cortarla en ese instante, y, después de haberla aspirado hasta la saciedad, arrojarla en el camino: ¡puede que alguien la recoja! Siento en mí

una insaciable avidez que devora todo cuanto halla al paso. Solo veo los sufrimientos y las alegrías de los demás en la parte que me atañen: como un alimento que sustenta mis energías espirituales. Personalmente, no soy capaz de cometer locuras bajo el influjo de las pasiones. Las circunstancias han ahogado en mi pecho la ambición, pero esta se revela de otra forma, ya que ambición equivale a ansia de poderío, y no conozco deleite mayor que supeditar a mi voluntad cuanto me rodea. Inspirar un sentimiento de amor, de fidelidad y de temor, ¿no es, acaso, el primer indicio y el máximo triunfo del poder? Ser para alguien motivo de pena o de alegría, sin que le asista a uno el menor derecho, ¿no es el supremo aliciente para nuestro orgullo? ¿Y qué es la felicidad? Orgullo satisfecho. Si me considerase el mejor y el más poderoso del mundo, sería feliz; si todos me amasen, encontraría en mi corazón fuentes inagotables de amor. El mal engendra el mal; el primer padecimiento insinúa el placer de atormentar a otro; la idea del mal no puede acudir a la mente del hombre sin implicar el deseo de ponerla en práctica. Alguien dijo que las ideas son creaciones orgánicas: cuando nacen, adquieren forma, y esta forma es acción. El que más ideas ha concebido es más activo que los restantes; de ahí que un genio encadenado a una mesa oficinesca moriría o se volvería loco, lo mismo que un hombre de constitución vigorosa, si arrastra una vida sedentaria y morigerada, muere, víctima de apoplejía.

Las pasiones no pasan de ser ideas en su primer desarrollo: son atributo de los corazones jóvenes, y es tonto el que piense que van a inquietarle toda la vida: muchos ríos apacibles nacen en tumultuosas cascadas, pero ninguno bulle y espuma hasta fundirse con el mar. No obstante, esta serenidad suele ser signo de una fuerza inmensa, aunque oculta; la plenitud y la profundidad de los sentimientos y las ideas no toleran impulsos arrebatados. El alma, al gozar y al sufrir, se rinde a sí misma estricta cuenta y se persuade de que eso es lo lícito; sabe que, a no ser por las tormentas, el perenne ardor del sol la secaría; se impregna de su propia vida, se mima y se castiga como a un hijo predilecto. Solo en ese estado supremo de autoconocimiento el hombre es capaz de comprender la justicia divina.

Al releer esta página, observo que me he apartado mucho de mi tema… Mas ¿qué importa?… Este diario lo escribo para mí y, por consiguiente, todo lo que en él deposite será, al cabo del tiempo, un recuerdo precioso.

……

Llegó Grushnitski y se me abalanzó al cuello: acababa de recibir la nueva de su ascenso a oficial. Lo celebramos con champán. Al poco rato se presentó el doctor Werner.

—Pues no le felicito —dijo a Grushnitski.

—¿Por qué?

—Porque le iba muy bien el capote de soldado y, a decir verdad, el uniforme de oficial que le hagan aquí, en el balneario, no le reportará ningún atractivo… Fíjese: hasta hoy día era usted una excepción; en cambio, a partir de ahora, estará incluido en la regla general.

—¡Qué no, que no, doctor! No empañará usted mi alegría. No sabe —añadió a mi oído— la de esperanzas que me han hecho alentar esas charreteras… ¡Oh, charreteras, charreteras! ¡Vuestras estrellitas son estrellas polares! ¡Sí! ¡Ahora soy completamente feliz!

—¿No quieres venir con nosotros a pasear al hoyo? —le pregunté.

—¿Yo?… Por nada del mundo me presentaría ante la princesita mientras no esté listo mi uniforme.

—¿Me permites que le comunique tu alegría?…

—No, te ruego que no se lo digas… Quiero darle una sorpresa…

—A propósito, ¿qué tal marchan tus asuntos con ella?

Se turbó y quedó pensativo: sentíase impelido a fanfarronear, a mentir, pero se contenía por reparo; y, al mismo tiempo, le avergonzaba confesar la verdad.

—¿Tú qué crees, te quiere?

—¿Si me quiere? ¡Por favor, Pechorin, qué cosas tienes!… ¡Sí que no eres tú rápido!… Aun suponiendo que me quisiera, su pundonor le vedaría declararlo…

—Bueno, según tú, resulta que un hombre decente también debe callar su pasión…

—¡Ah, amigo! ¡Todo requiere su manera! Muchas cosas no se dicen, pero se

adivinan…

—Cierto… Solo que el amor que leemos en los ojos no obliga para nada a la mujer, mientras que las palabras… ¡Cuidado, Grushnitski, está jugando contigo!…

—¿Ella?… —replicó, alzando los ojos al cielo y sonriendo con suficiencia—. Me das lástima, Pechorin…

Se fue.

Al anochecer, un numeroso grupo se dirigió a pie hacia el hoyo.

A juicio de los expertos de la localidad, este hoyo no es más que un cráter apagado; se encuentra en una ladera del Mashuk, a una versta de la ciudad. Un estrecho sendero entre matorrales y rocas conduce hasta él. Al subir a la montaña, ofrecí a la princesita mi brazo, del que no se desprendió hasta que terminó el paseo.

Iniciose la conversación murmurando: pasé revista a nuestros conocidos, presentes y ausentes, descubriendo, al principio, su lado cómico y después el negativo. Se me revolvió la bilis: empecé de broma y acabé con desenfadada malevolencia. Lo primero la divertía; lo último la asustó.

—¡Es usted un hombre peligroso! —me dijo—. Preferiría verme en un bosque bajo el puñal de un asesino antes que pregonada por su lengua… Se lo suplico seriamente: si alguna vez se le ocurre hablar mal de mí, tome mejor un cuchillo y degüélleme; creo que no le costará gran trabajo.

—¿Acaso tengo traza de asesino?…

—Algo peor…

Quedé pensativo un momento y dije luego con aire profundamente conmovido:

—¡Ese ha sido mi destino desde la más tierna infancia! Todos adivinaban en mi rostro indicios de malas cualidades inexistentes que, a fuerza de presuponerlas, terminaron por aparecer. Era cándido, y me acusaban de astuto: me hice retraído. Era profundamente sensible al bien y al mal, nadie me trataba con cariño, todos me ofendían: me convertí en rencoroso. A diferencia de otros niños, alegres y charlatanes, yo era sombrío; me sentía superior a ellos, pero se me consideraba inferior: me 11 ice envidioso. Estaba dispuesto a amar al mundo entero y nadie me

comprendió: aprendí a odiar. Mi anodina juventud transcurrió en una lucha contra mí mismo y contra la sociedad; temeroso de la burla, escondí mis mejores sentimientos en el fondo del corazón: allí han muerto. Decía verdad, y no se me daba crédito: me entregué al engaño. Después de conocer bien el mundo y los resortes de la sociedad, fui ducho en la ciencia de la vida, y comprobé que otros eran felices sin necesidad de tales artes, gozando gratis las preeminencias que yo trataba de conseguir con esfuerzo tan arduo. Y entonces nació en mi alma la desesperación; pero no esa desesperación que suele tener como remedio el cañón de una pistola, sino la desesperación fría e impotente, enmascarada en la amabilidad y en una sonrisa bonachona. Me convertí en un contrahecho moral: la mitad de mi alma no existía, estaba anquilosada, evaporada, muerta; yo la amputé y la arrojé lejos. La otra, sin embargo, alentaba y vivía, presta a servir a cualquiera; pero nadie lo entendió así, porque todos ignoraban la existencia de la mitad muerta. Ahora ha despertado usted en mí el recuerdo de ella, y le he leído su epitafio. Muchos reputan de risibles los epitafios en general. Yo no; tanto menos cuando pienso en lo que bajo ellos descansa. Por lo demás, no solicito que comparta mi opinión: si mi salida le parece ridícula, ríase; no me disgustará lo más mínimo.

En este instante tropecé con sus ojos: estaban anegados en lágrimas; su brazo temblaba apoyado en el mío; le ardían las mejillas, ¡se apiadaba de mí! La compasión —sentimiento al que tan fácilmente se rinden las mujeres— había hundido las garras en su inexperto corazón. Mientras duró el paseo, estuvo distraída y no coqueteó con nadie… ¡lo cual no deja de ser muy sintomático!

Llegamos al hoyo; las damas abandonaron a sus caballeros, pero ella no se apartaba de mi brazo. Las ingeniosidades de los *dandies* presentes no le producían efecto alguno; al borde mismo del profundo precipicio no sentía el temor más mínimo, mientras que las restantes señoritas chillaban y cerraban los ojos.

En el camino de vuelta no reanudé nuestra triste conversación; pero a mis vacuas preguntas y bromas respondía distraída y brevemente.

—¿Ha estado enamorada alguna vez? —le pregunté, por fin.

Me miró fijamente, movió la cabeza, y volvió a sumirse en sus pensamientos. Era evidente que algo quería decir, sin saber por dónde empezar; su pecho se agitaba… ¡Qué hacer! La manga de muselina es una defensa precaria, y una chispa eléctrica pasó de mi brazo al suyo. Casi todas las pasiones comienzan así, y a menudo nos equivocamos de medio a medio pensando que las mujeres nos quieren por nuestras cualidades físicas o morales; estas, ni que decir tiene, preparan y

predisponen su corazón a comulgar con el fuego sagrado, mas, no obstante, el primer contacto es lo decisivo.

—¿Verdad que he estado muy amable hoy? —me dijo Meri con una sonrisa forzada cuando regresamos del paseo.

Nos despedimos.

Está descontenta de sí misma; le remuerde haber estado fría… ¡Oh, este es el primero y principal triunfo! Mañana querrá recompensarme. Todo lo sé de memoria, y eso es lo aburrido.

4 de junio

Hoy he visto a Vera. Me ha estado atormentando con sus celos. Creo que la princesita ha tenido la ocurrencia de confiarle sus secretos íntimos: ¡vaya una elección afortunada!

—Ya preveo a dónde conducirá todo eso —me abordó Vera—, más valdría que me confesaras francamente que la amas.

—Pero si no estoy enamorado de ella…

—¿Para qué, entonces, la persigues, la turbas y le remueves la imaginación?… ¡Oh, yo te conozco bien! Escucha: si quieres que te crea, vete dentro de una semana a Kislovodsk. Pasado mañana nos trasladamos allí. La princesa quedará aquí algún tiempo. Alquila la casa de al lado; nosotros viviremos en el caserón próximo a la fuente, en el piso de arriba; en el de abajo se alojará la princesa Ligóvskaia, y al lado hay otra casa del mismo dueño que aún está sin ocupar… ¿Vendrás?…

Se lo prometí, y aquel mismo día envíe a alquilar la casa en cuestión.

A las seis de la tarde vino a verme Grushnitski y me anunció que mañana estaría listo su uniforme: precisamente para el baile.

—¡Al fin podré bailar con ella una velada entera!… ¡Y hablaremos a mis anchas! —exclamó.

—¿Cuándo es el baile?

—Pues mañana. ¿No lo sabías? Una gran fiesta. De su organización se han encargado las autoridades de aquí…

—Vamos al bulevar…

—Por nada del mundo; con este asqueroso capote…

—¿De manera que le has tomado inquina?

Me fui solo, encontré a la princesita Meri y le solicité de antemano la mazurca. Se mostró agradablemente sorprendida.

—Creía que no bailaba usted más que por necesidad, como la vez pasada —dijo, sonriendo muy amablemente…

Me parece que no echaba de menos en absoluto a Grushnitski.

—Mañana tendrá una sorpresa agradable —le dije.

—¿De qué se trata?

—Es un secreto… En el baile lo adivinará usted por su cuenta.

Pasé el resto de la velada en casa de la princesa; invitados no había, a excepción de Vera y un viejecito divertidísimo. Yo estaba muy ocurrente: improvisaba toda suerte de historietas extraordinarias; la princesita, sentada enfrente de mí, escuchaba mis banalidades con atención profunda, intensa, yo diría que hasta tierna, lo cual terminó por avergonzarme. ¿Dónde habían ido a parar su vivacidad, su coquetería, sus caprichos, su gesto altanero, su desdeñosa sonrisa y distraída mirada?…

Vera lo advirtió todo: a su rostro enfermizo afluyó una profunda tristeza; estaba sentada en la sombra, al lado de la ventana, hundida en un amplio sillón… Me dio lástima…

Recurrí, entonces, a relatar la dramática historia de nuestras relaciones, de nuestro amor, apelando, naturalmente, a nombres ficticios.

Representé con tanta vivacidad mi ternura, mis inquietudes y mi admiración,

y enfoqué de un modo tan favorable los actos y el carácter de ella, que, aun sin quererlo, tuvo que perdonarme mi flirteo con la princesita.

Se levantó, e incorporándose a nosotros tomó animadamente parte en la conversación… Y eran las dos de la madrugada cuando recordamos que los doctores prescriben acostarse a las once.

5 de junio

Media hora antes del baile se presentó en mi casa Grushnitski luciendo el uniforme de infantería. Del tercer botón pendía una cadenita de bronce, y de ella, los impertinentes de dobles cristales; las charreteras, de un tamaño descomunal, se volvían hacia arriba como las alitas de Cupido; chirriaban sus botas; en la mano izquierda sostenía la gorra y unos guantes marrones de cabritilla, y con la derecha se ahuecaba a cada instante el tupé rizado en menudos caracoles. Su rostro denotaba presunción y cierta inseguridad; su aspecto solemne y su altivo andar me hubieran hecho reír, si esto hubiese respondido a mis propósitos.

Arrojó la gorra y los guantes sobre la mesa y se puso a estirarse los faldones y a acicalarse ante el espejo; un enorme pañuelo negro, envuelto en el altísimo cuello, que le llegaba hasta la barbilla, sobresalía unos dos centímetros desde debajo del cuello de la guerrera; pareciéndole poco, se lo sacó hasta las orejas; a causa de esta difícil operación se le inyectó el rostro en sangre, porque el cuello del uniforme era muy estrecho e incómodo.

—Se dice que estos días has cortejado terriblemente a mi princesita —pronunció con bastante negligencia, sin volver la cara hacia mí.

—¡No se ha hecho la miel para nosotros, los asnos! —le respondí, repitiendo el refrán predilecto de uno de los calaveras más hábiles de antaño, cantado en su tiempo por Pushkin[49].

—Dime la verdad: ¿me sienta bien el uniforme?… ¡Oh, maldito judío!… ¡Cómo me aprietan las sobaqueras!… ¿No tendrás un poco de esencia?

—Pero hombre, ¿qué más necesitas? Ya sin eso apestas a pomada de rosas…

—No importa. Trae…

Se vertió medio frasco en el cuello, en el pañuelo, en las mangas.

—¿Piensas bailar? —me preguntó.

—No.

—Temo que tendré que iniciar la mazurca con la princesita, y no sé casi ninguna figura…

—¿La has invitado ya a la mazurca?

—Todavía no…

—Ten cuidado, no sea que se te adelanten…

—Pues llevas razón —exclamó golpeándose en la frente—. Adiós… Voy a esperarla a la entrada.

Tomó la gorra y se fue a escape.

Media hora más tarde salí yo. La calle estaba oscura, desierta; alrededor del club o del restaurante, como gustéis, se apretujaba el gentío; las ventanas aparecían iluminadas; la brisa nocturna me traía los acordes de la banda del regimiento. Iba lentamente; me sentía triste… ¿Será posible —pensaba— que mi única vocación en el mundo consista en destruir las esperanzas del prójimo? Desde que vivo y actúo, el destino se las ha ingeniado siempre para hacerme intervenir en el desenlace de dramas ajenos, como si nadie pudiera morir ni desesperarse sin mí. Siempre he sido el personaje imprescindible del quinto acto; he desempeñado involuntariamente el mísero papel de verdugo o traidor. ¿Qué objetivo perseguirá con ello el destino?… ¿No me habrá condenado a ser autor de tragedias cursis y novelas familiares o en auxiliar del proveedor de relatos como los de la *Biblioteca de lecturas*[50]…? ¡Quién sabe!… ¿No hay muchos que en los albores de su vida aspiran a terminarla como Alejandro Magno o lord Byron, y, sin embargo, no pasan de consejeros titulares[51]?…

Al entrar en la sala me escabullí entre un grupo de hombres y me di a la observación. Grushnitski, al lado de la princesita, le hablaba con encendido ardor, ella le oía distraída, mirando en torno suyo, el abanico apretado contra sus labios. Con la impaciencia pintada en el semblante, sus ojos buscaban a alguien alrededor; me acerqué sigilosamente por detrás para enterarme de lo que hablaban.

—Me atormenta usted, princesa —decía Grushnitski—; ha cambiado mucho desde el último día que la vi…

—También usted ha cambiado —replicó ella, lanzándole una rápida mirada, cuya arcana ironía no fue él capaz de percibir.

—¿Yo? ¿Qué yo he cambiado?… ¡Oh, jamás! ¡Bien sabe usted que es imposible! El que la haya visto una vez, llevará para siempre consigo su divina imagen…

—No siga…

—¿Por qué no quiere que repita ahora lo que hace poco escuchaba tan frecuentemente con benevolencia?…

—Porque me disgustan las repeticiones —le contestó ella riéndose…

—¡Oh, qué equivocación más cruel!… Creía, insensato, que por lo menos estas charreteras me darían derecho a un rayo de esperanza… Más me hubiera valido quedarme eternamente con aquel despreciable capote de soldado, al cual, tal vez, deba que se fijara en mí…

—Ciertamente, el capote le sentaba mucho mejor…

En esto me acerqué yo y saludé a la princesita; un ligero rubor coloreó sus mejillas, y se dio prisa a preguntar:

—¿No es verdad, *monsieur* Pechorin, que el capote gris le caía mucho mejor a *monsieur* Grushnitski?…

—Disiento de su opinión —respondí yo—; el uniforme le hace aún más joven.

Grushnitski no aguantó el golpe. Como todos los chiquillos, tiene la pretensión de ser un viejo; piensa que las profundas huellas de las pasiones sustituyen en su rostro el sello de los años. Me lanzó una mirada furibunda, dio una patada en el suelo y se alejó.

—Confiese —dije a la princesita— que, aunque siempre ha sido muy ridículo, hasta hace poco se le hacía interesante… con el capote gris.

Ella bajó los ojos y no respondió.

Grushnitski la estuvo persiguiendo toda la velada; bien cuando bailaba con ella, o bien *vis-à-vis*; se la comía con los ojos, suspiraba, fastidiándola con súplicas y reproches. Al terminar la tercera cuadrilla, Meri le odiaba ya.

—No esperaba de ti esa faena —me dijo Grushnitski, acercándose y tomándome del brazo.

—¿Cuál?

—¿Bailas con ella la mazurca? —inquirió gravemente—. Ella me lo ha confesado…

—¿Y por qué no? ¿Acaso es un secreto?

—Naturalmente… Debía esperarlo de una chicuela… de una coqueta… ¡Ya me las pagará!

—Carga la responsabilidad sobre tu capote o tus charreteras, pero ¿por qué culparla a ella? ¿Qué culpa tiene si ya no le gustas?…

—¿Para qué, entonces, hacerme concebir esperanzas?

—No haberlas concebido. Desear y tratar de conseguir, eso lo comprendo, pero ¿a quién se le ocurre hacerse ilusiones?

—Has ganado la apuesta, pero no del todo —dijo sonriendo con ira.

Comenzó la mazurca. Grushnitski elegía solamente a la princesita; los otros caballeros hacían lo propio a cada minuto: era, evidentemente, una conjuración contra mí. Tanto mejor. Quiere hablar conmigo y se lo impiden: su deseo se redoblará.

Dos veces estreché su mano; la segunda la retiró sin pronunciar palabra.

—Esta noche dormiré mal —me dijo cuando hubo terminado la mazurca.

—La culpa la tendrá Grushnitski.

—¡Oh, no! —y su rostro quedó pensativo, tan triste, que me di palabra de

besar sin falta su mano esta noche.

El público comenzó a marcharse. Al acomodar a la princesita en el carruaje, apliqué mis labios a su mano diminuta. Estaba oscuro y nadie pudo verlo.

Regresé a la sala muy satisfecho de mí mismo.

Alrededor de una gran mesa cenaba la gente joven, Grushnitski entre otros. Cuando yo entré, callaron todos: hablaban, por lo visto, de mí. Muchos me guardaban inquina desde el baile anterior, sobre todo el capitán de dragones; y ahora, al parecer, estaba formándose una cuadrilla hostil a mí, al mando de Grushnitski. Grushnitski mantiene un aire tan altivo y bravucón…

Tanto mejor. Quiero a mis enemigos, aunque no a la manera cristiana: me distraen y me hacen hervir la sangre. Estar siempre alerta, captar cada mirada, adivinar la significación de cada palabra, descubrir intenciones, frustrar complots, fingirse embaucado y, de repente, derribar de un solo revés el enorme y complejo tinglado de astucias y designios: eso es lo que yo llamo vida.

Durante toda la cena, Grushnitski estuvo cuchicheando y cambiando guiños con el capitán de dragones.

6 de junio

Vera y su esposo han salido esta mañana para Kislovodsk. Encontré su carruaje yendo para el domicilio de la princesa Ligóvskaia. Me saludó con la cabeza; en sus ojos había un reproche.

¿Y quién tiene la culpa? ¿Por qué se resiste a darme ocasión de vernos a solas? El amor, como el fuego, se extingue si no lo alimentan. Tal vez los celos consigan lo que los ruegos no han logrado.

Permanecí en casa de la princesa una hora larga, pero Meri no salió; estaba indispuesta. Por la tarde tampoco apareció en el bulevar. La cuadrilla recién constituida, armada de impertinentes, había tomado un aire de verdadera amenaza. Me alegro de que la princesita esté enferma: serían capaces de hacerle objeto de alguna insolencia. Grushnitski andaba desgreñado y con aire de desesperación. Parecía realmente dolorido; más que nada, estaba vejado en su amor propio. ¡Pero hay personas en las cuales hasta la desesperación es cómica!…

De regreso a casa noté que algo me faltaba. ¡*No la he visto! ¡Está enferma*! ¿Me habré enamorado de verdad?… ¡Qué absurdo!

7 de junio

A las once de la mañana, hora en que habitualmente la princesa Ligóvskaia suda en el baño de Yermólov, pasé por delante de su casa. Meri, meditabunda, estaba sentada cerca de la ventana; al verme se puso en pie de un salto.

Entré en el vestíbulo; no había ningún criado; y, aprovechando la libertad de las costumbres locales, pasé al salón sin que nadie me anunciara.

Una palidez mate cubría el lindo rostro de la princesita. Se hallaba de pie junto al piano, apoyada en el respaldo del sillón con una mano ligeramente temblona; me acerqué en silencio y le pregunté:

—¿Está usted enfadada conmigo?…

Alzó hacia mí una mirada lánguida, profunda, y movió la cabeza. Algo intentaron pronunciar sus labios, pero no pudieron; sus ojos se llenaron de lágrimas; dejóse caer en el sillón y se tapó la cara con las manos.

—¿Qué le ocurre? —le pregunté, apoderándome de su mano.

—¡Qué no me tiene ningún respeto!… ¡Oh, déjeme!…

Di algunos pasos… Ella se irguió en el sillón; sus ojos fulguraron…

Me detuve, con una mano puesta en el tirador de la puerta y dije:

—¡Perdón, princesa! Me he portado como un insensato… No volverá a suceder; tomaré mis medidas… ¿Qué falta le hace saber lo que hasta ahora ha ocurrido en mi alma? Eso no lo sabrá nunca, y tanto mejor para usted. Adiós.

Al salir, me pareció oír que lloraba.

Vagué hasta el anochecer por los alrededores del Mashuk; me fatigué sobremanera y, al llegar a casa, me desplomé en el lecho completamente extenuado.

Presentose Werner.

—¿Es verdad —me preguntó— que se casa usted con la princesita Ligóvskaia?

—¿Por qué me pregunta eso?

—La ciudad entera lo dice; todos mis clientes se ocupan de esta importante novedad; ¡y a estos enfermos no se les escapa nada!

«Una buena faena de Grushnitski», me dije.

—Para demostrarle, doctor, la falsedad de tales rumores, le diré, en secreto, que mañana me traslado a Kislovodsk…

—¿Y la princesa también?…

—No; permanecerá una semana más aquí…

—¿Entonces, no se casa usted?…

—¡Doctor, doctor! Míreme, ¿tengo yo cara de novio o de algo por el estilo?

—No, si yo no lo digo… Pero, sabe, hay casos… —añadió, sonriendo con malicia—, hay casos en que un hombre de honor se ve obligado a casarse y hay mamaítas que, por lo menos, no evitan esos casos… Así, pues, le aconsejo, como amigo, que vaya con cuidado. Los aires del balneario son peligrosísimos: ¡cuántos magníficos jóvenes, dignos de mejor suerte, he visto salir de aquí derechitos para la iglesia!… ¡Incluso a mí, figúrese usted, intentaron casarme! Una mamaíta provinciana que tenía una hija muy pálida. Se me ocurrió la desdichada idea de decirle que recuperaría el color después de la boda; y ella, con lágrimas de gratitud en los ojos, me ofreció la mano de su hija y toda su fortuna, cincuenta siervos, si mal no recuerdo. Pero le respondí que yo era incapaz de tal cosa…

Werner se marchó completamente seguro de haberme prevenido.

De sus palabras he deducido que por la ciudad circulan ya habladurías de toda suerte respecto a la princesita y a mí. ¡Eso no se lo perdonaré a Grushnitski!

10 de junio

Llevo ya tres días en Kislovodsk. Me veo a diario con Vera en la fuente y en el paseo. Por la mañana, al despertarme, me siento junto a la ventana y fijo mis impertinentes en su balcón; ella hace ya tiempo que está vestida y espera mi señal; nos encontramos como por casualidad en el jardín que desde nuestras casas desciende a la fuente. El aire vivificador de las montañas le ha devuelto el color y las fuerzas. No en vano se dice de Narzán que es la fuente de la salud. Afirma el vecindario que el aire de Kislovodsk predispone a amar y que allí hallan su desenlace todos los amores iniciados al pie del Mashuk. Efectivamente, aquí todo respira recogimiento, todo encierra su embrujo: la espesa umbría de las avenidas de tilos reclinados sobre el torrente, que, bullidor y espumoso, cae de peñasco en peñasco, abriéndose paso entre verdeantes montañas; los desfiladeros, llenos de penumbra y silencio, con ramificaciones que parten desde aquí hacia dondequiera que se mire; la fragancia del aire fresco saturado por las emanaciones de la pujante hierba meridional y de las albas acacias, y el perenne murmullo, dulcemente adormecedor, de los fríos arroyos que, coincidiendo en la linde del valle, corren en amistosa porfía para entregarse en brazos de Podkúmok. Por la parte de acá el desfiladero es más ancho y se convierte en un verde valle; un camino polvoriento serpentea por él. Cada vez que lo contemplo, me parecer ver un carruaje y, asomada a la ventanilla, una carita sonrosada. Muchos carruajes han pasado ya por esta ruta, pero el que yo espero sigue sin aparecer. Los arrabales de detrás de la fortaleza se han poblado ya; a través de una doble hilera de álamos brillan por la noche las luces del restaurante construido sobre una colina, a varios pasos de mi casa; el ruido y el tintineo de los vasos se oye hasta muy de madrugada.

En ningún lugar se bebe tanta agua mineral ni tanto vino de Kajietia como aquí.

Muchos son aficionados

A mezclar ambos oficios

Mas no soy yo de esos.

Grushnitski, con su cuadrilla, alborota diariamente en el restaurante y a mí apenas me saluda.

No está aquí más que desde ayer, pero ya ha tenido ocasión de reñir con tres viejos, que quisieron tomar el baño antes que él; decididamente, los infortunios

excitan su belicosidad.

11 de junio

Ya están aquí. Sentado junto a la ventana, oí el rodar de su carruaje; mi corazón se estremeció… ¿Qué sensación es esta? ¿Será posible que me haya enamorado?… Tengo un carácter tan estúpido, que cabría esperarlo de mí.

He comido en su casa. La princesa me contempla muy tiernamente y no se aparta de su hija… ¡malo! En cambio, Vera tiene celos de la princesita: ¡Buena la he hecho! ¿Qué no hará una mujer con tal de zaherir a su rival? Recuerdo a una que se enamoró de mí porque yo quería a otra. No hay nada más paradójico que la inteligencia de las mujeres. Es difícil convencerlas de nada, y lo procedente es inducirlas a que se persuadan por sí mismas. El razonamiento de que se valen para vencer sus prejuicios es original por demás; quien quiera aprender dialéctica femenina ha de empezar por desterrar de su cerebro todos los preceptos escolares de la lógica. He aquí el método usual:

Este hombre me ama, pero yo estoy casada; pero él me ama: por consiguiente…

Puntos suspensivos, porque aquí enmudece la razón, y hablan, principalmente, la lengua, los ojos y, por último, el corazón, si es que lo hay.

¿Qué sucedería si este diario cayese alguna vez en manos de una mujer? «¡Calumnias!», gritaría con indignación.

Desde que los poetas escriben y las mujeres los leen (cosa que se les agradece profundamente), se las ha llamado ángeles tantas veces, que ellas, en su simplicidad, han creído de veras lo que no pasa de ser un halago, olvidando que esos mismos poetas, por dinero, dieron a Nerón el calificativo de semidiós…

No soy el más indicado para tratarlas con tanto sarcasmo; yo, que no he querido en este mundo más que a ellas; yo, siempre presto a sacrificarles la tranquilidad, la ambición, la vida… Pero no es un acceso de fastidio ni de amor propio herido lo que me mueve a despojarlas del mando hechicero que solo una mirada experta puede atravesar. No, todo lo que digo de ellas tan solo es consecuencia

De frías observaciones de la mente

y dolorosas experiencias del corazón[52].

Las mujeres debieran desear que todos los hombres las conociesen tan bien como yo, pues desde que dejé de temerlas y descubrí sus pequeñas flaquezas las amo cien veces más.

A propósito: Werner comparó no ha mucho a las mujeres con el bosque encantado que nos describe Tasso en su *Jerusalén libertada*. «Apenas pongas en él tu planta —dijo—, desde todas partes caerán sobre ti tales espantos, que Dios nos libre: el deber, el orgullo, la decencia, la opinión pública, la burla, el desdén… Pero no hay que detenerse: sigue en línea recta; los monstruos irán esfumándose poco a poco, y se te ofrecerá un claro apacible y luminoso, en medio del cual florece el verde mirto. En cambio, ay de aquel cuyo corazón flaquee a los primeros pasos y mire atrás».

12 de junio

La tarde de hoy ha sido abundante en acontecimientos. A unas tres verstas de Kislovodsk, en el desfiladero por donde corre el Podkúmok, hay un peñón al que llaman *Koltsó* (el anillo): una especie de puerta formada por la Naturaleza. Se yergue sobre una alta colina, y el sol poniente lanza a través de ella su postrera mirada flamígera. Una numerosa cabalgata se dirigió allí para contemplar el ocaso desde aquel pétreo mirador. A decir verdad, el sol nos tenía sin cuidado a todos. Yo cabalgaba junto a la princesa; en el camino de regreso teníamos que vadear el Podkúmok. Los riachuelos montañosos, por pequeños que sean, encierran siempre algún peligro, más que nada porque su fondo, revuelto a diario por la corriente, constituye un verdadero calidoscopio: donde ayer había una piedra, se nos presenta hoy un hoyo. Llevando de la brida el caballo de la princesita, lo conduje por el río, que no nos cubría más arriba de las rodillas; avanzábamos despacio, contra la corriente, en línea sesgada. Es sabido que al atravesar ríos rápidos no debe uno mirar al agua, pues puede sobrevenirle un súbito mareo. Yo me olvidé de advertir a Meri.

Íbamos ya por la mitad, donde el curso es más acelerado, cuando, de pronto, ella vaciló sobre la silla.

—¡Me mareo! —profirió con un hilo de voz.

Me incliné solícito hacia ella y rodeé con el brazo su flexible talle.

—¡Mire hacia arriba! —le susurré—. Es cosa sin importancia, no tenga miedo; estoy a su lado.

Se repuso un tanto; intentó desprenderse de mi brazo, pero yo estreché con más fuerza aún su talle suave y delicado: mi mejilla casi tocaba la suya, que ardía.

—¿Qué hace usted?… ¡Dios mío!…

Yo no reparaba en su temblor y turbación; mis labios rozaron su fina tez; ella se estremeció, mas no dijo nada; íbamos los últimos; nadie nos veía. Una vez en la otra orilla, todos se lanzaron al trote. La princesita retuvo el caballo; yo me quedé a su lado; era evidente que mi silencio la preocupaba, pero yo, por curiosidad, me había jurado no pronunciar palabra. Quería ver cómo resolvía tan embarazosa situación.

—¡O bien me desprecia usted, o me ama profundamente! —rompió a hablar, por fin, con voz alterada por las lágrimas—. Acaso quería burlarse de mí, soliviantar mi alma y abandonarme después… ¡Sería un acto tan vil y tan bajo, que solo la suposición…! ¡Oh, no! ¿Verdad —añadió en tono de cándida confianza—, verdad que no hay nada en mí que incite a faltarme al respeto? Su atrevido proceder… debo perdonárselo, por haberlo permitido… ¡Responda, hable, quiero oír su voz!…

Sus últimas palabras contenían tanta impaciencia femenina, que no pude por menos de sonreírme. Por fortuna, estaba anocheciendo… No respondí.

—¿Calla usted? —prosiguió ella—. ¿Quiere, por ventura, que sea yo la primera en decirle que le amo?

Yo seguía callado…

—¿Lo quiere así? —continuó, volviéndose repentinamente hacia mí… En la decisión de su mirada y de su voz se vislumbraba algo trágico…

—¿Para qué? —respondí, encogiéndome levemente de hombros.

Ella fustigó al caballo y se lanzó desalada por el angosto y peligroso camino; sucedió todo con tal rapidez, que logré darle alcance únicamente cuando ya se había incorporado al grupo. Hasta llegar a su casa, estuvo hablando y riendo sin

cesar. Había algo febril en su movimiento; no me miró una vez siquiera. Todos se percataron de su inusitada animación. La princesa se regocijaba para sus adentros, mirando a su hija; y lo que la hija tenía era, simplemente, un ataque de nervios. Pasará la noche en vela y llorando. Solo de pensarlo me embarga un indecible placer: hay momentos en que comprendo al vampiro… ¡Y aún tengo fama de buena persona y trato de conseguir ese título!

Al apearse, las damas entraron en casa de la princesa; yo estaba nervioso y arranqué al galope hacia las montañas a fin de despejar los pensamientos agolpados en mi mente. La tarde, húmeda de rocío, expelía una frescura embriagadora. Asomaba la luna por detrás de las oscuras cumbres. Cada paso de mi caballo sin herrar repercutía sordamente en el silencio de los desfiladeros; abrevé al animal al lado de una cascada, aspiré con avidez unas cuantas veces el aire fresco de la noche meridional y emprendí el regreso. Atravesaba un arrabal. Habían comenzado a apagarse las luces de las ventanas; los centinelas de los muros de la fortaleza y los cosacos de los piquetes de vigilancia intercambiaban el prolongado alerta.

En una casa, construida al borde de un barranco, observé una iluminación extraordinaria. De vez en cuando se percibían expresiones y gritos deslavazados, indicio seguro de una cuchipanda de militares. Desmonté y me acerqué sigilosamente a una ventana; una rendija del postigo, mal cerrado, me permitió ver a los juerguistas y distinguir sus palabras. Hablaban de mí.

El capitán de dragones, enardecido por el vino, dio un puñetazo en la mesa, exigiendo atención.

—Señores —comenzó—. Esto no tiene nombre. A Pechorin hay que darle una lección. Esos pollitos de Petersburgo son muy engreídos hasta que no se les da en las narices. Cree que solamente él ha frecuentado la sociedad porque lleva siempre guantes limpios y botas lustrosas.

—¡Y qué sonrisa más arrogante! Pues estoy convencido de que es un cobarde. ¡Sí, un cobarde!

—Lo mismo pienso yo —dijo Grushnitski—. Le gusta echarlo todo a broma. Una vez le dije tales cosas que otro me hubiera hecho picadillo, pero Pechorin lo tomó a chacota. Yo, naturalmente, no le desafié, porque era él quien debía hacerlo; y, además, no quise meterme en líos…

—Grushnitski está que trina porque Pechorin le ha birlado a la princesita

—dijo una voz.

—¡Qué ocurrencia! Cierto que anduve con ella en galanteos, pero al poco di marcha atrás porque no quiero casarme. Y comprometer a una señorita no es de mi estilo.

—Les aseguro que es el mayor de los cobardes; me refiero a Pechorin, claro está, y no a Grushnitski. Grushnitski es un barbián y un verdadero amigo mío —volvió a tomar la palabra el capitán de dragones—. Señores, ¿no hay aquí nadie que defienda a Pechorin? ¿Nadie? ¡Tanto mejor! ¿Quieren ustedes poner a prueba su valor? Será divertidísimo…

—No estaría mal, pero ¿cómo hacerlo?

—Pues escuchen: Grushnitski es el más enfadado con él, le corresponde, por lo tanto, el primer papel. Pretextará cualquier tontería y desafiará a Pechorin… Esperen, ahora viene el intríngulis… Le desafía. El reto, los preparativos, las condiciones, todo se lleva a cabo del modo más solemne e impresionante; de eso me encargo yo. Seré tu padrino, mi pobre amigo. Pero, bueno, fíjense en el intríngulis: no cargaremos las pistolas. Les garantizo que Pechorin se apoquinará: impondré que el duelo sea a seis pasos, ¡voto al diablo! ¿Qué tal, señores?

—Magnífica idea, ¡de acuerdo! ¿Por qué no? —aprobaron desde distintas partes.

—¿Y tú, Grushnitski?

Yo esperaba con ansiedad la respuesta de Grushnitski; una rabia fría se apoderó de mí al considerar que solamente la casualidad me había salvado de convertirme en el hazmerreír de aquellos idiotas. Si Grushnitski no hubiera asentido, me habría arrojado a sus brazos. Pero él, después de un corto silencio, se levantó, tendió la mano al capitán y dijo con mucha prestancia:

—Bien, acepto.

No es para descrito el entusiasmo que se apoderó de la honrada compañía.

Regresé a casa agitado por dos sentimientos distintos. El primero era de tristeza. ¿Por qué todos me odian tanto? —pensaba—. ¿Por qué? ¿He ofendido a alguien? No. ¿Perteneceré, acaso, a ese género de personas cuyo solo aspecto produce antipatía? Una ira venenosa iba adueñándose lentamente de mi alma.

¡Cuidado, señor Grushnitski! —me decía a mí mismo, recorriendo mi habitación de arriba abajo—. No me gustan estas bromas. Le puede costar muy caro el hacer caso a sus estúpidos camaradas. ¡Mire que no soy un juguete!

En toda la noche no pegué ojo. Al levantarme estaba amarillo como un limón.

Por la mañana encontré a la princesita al lado de la fuente.

—¿Está usted enfermo? —me preguntó, tras una mirada escrutadora.

—No he dormido en toda la noche.

—Ni yo tampoco… pensaba mal de usted… ¿No me habré equivocado? Pero explíquese; puedo perdonárselo todo…

—¿Todo?

—Todo… pero dígame la verdad… dígamela en seguida… He pensado mucho, tratando de explicarme su conducta y de justificarla: ¿teme chocar con la oposición de mi familia?… No tiene importancia: cuando lo sepan… (su voz tembló) yo sabré implorar hasta convencerles. ¿O, quizá, le contiene su propia situación? Pues sepa que no vacilaría en sacrificarlo todo por el hombre que amo… ¡Oh, responda, pronto, tenga compasión!… ¿Verdad que no me desprecia?

Se apoderó de mi mano.

Su madre iba delante con el marido de Vera y no se apercibió de nada; pero podían vernos los enfermos que por allí paseaban y que son los murmuradares más curiosos de todos los curiosos. Me apresuré a desembarazar mi mano de su apasionado apretón.

—Le diré toda la verdad —respondí—. No trataré de justificarme, ni de explicar mis actos. No la amo.

Sus labios palidecieron ligeramente…

—Apártese —susurró con voz casi inaudible.

Me encogí de hombros, di media vuelta y me marché.

14 de junio

A veces me desprecio… ¿No será esta la razón cié mi desdén por los demás?… Me he vuelto incapaz de cualquier impulso generoso; temo parecerme ridículo a mí mismo. Otro, en mi lugar, habría ofrecido a la princesita *son coeur et sa fortune*[53], pero la palabra *boda* ejerce un influjo mágico sobre mí: por muy apasionadamente que ame a una mujer, apenas me insinúa que debemos casarnos, ¡adiós, amor! Se me convierte el corazón en una piedra, y no hay fuego que vuelva a darle calor. Arrostraría todos los sacrificios, menos ese; veinte veces arriesgaría a una carta la vida y hasta el honor… pero ¡hipotecar mi libertad!… ¿Por qué la estimaré tanto? ¿Qué incentivo tiene para mí?… ¿A qué aspiro? ¿Qué ilusiones cifro en el porvenir?… En realidad, ninguna. Es un temor innato, un presentimiento indecible… Igual que hay gente que, sin saber por qué, tiene miedo a las arañas, a las cucarachas, a los ratones… ¿Confesarlo o no?… Siendo yo pequeño, una vieja le auguró a mi madre que *una mala esposa me daría la muerte*. Tanto me impresionó, que generó en mi alma una insuperable aversión al matrimonio… Y, no obstante, un presentimiento me dice que se cumplirá la profecía; trataré, al menos, de que sea lo más tarde posible.

15 de junio

Ayer llegó el prestidigitador Apfelbaum. A la entrada del restaurante apareció un gran anuncio notificando al respetable público que el susodicho prodigioso prestidigitador, acróbata, químico y óptico tendría el honor de ofrecer una estupenda función esta tarde a las ocho, en la sala del club de la nobleza (es decir, en el restaurante); la entrada, dos rublos y medio.

Todos se disponen a ver al asombroso prestidigitador; incluso la princesa Ligóvskaia ha adquirido una localidad, pese a que su hija se halla indispuesta.

Después de comer pasé hoy bajo las ventanas de Vera, que estaba sentada sola en el balcón; a mis pies cayó una esquela:

«Ven a verme a eso de las diez de la noche por la escalera principal; mi marido se ha marchado a Piatigorsk y no volverá hasta mañana por la mañana. La servidumbre y las doncellas tampoco estarán en casa: les he dado localidades a todos ellos y a los criados de la princesa. Te espero; ven sin falta».

«¡Ay! —pensé—, por fin me he salido con la mía».

A las ocho de la noche fui a ver al prestidigitador. El público se congregó a eso de las nueve. Comenzó la función. En las últimas filas de las butacas reconocí a los lacayos y doncellas de Vera y de la princesa. Todos estaban allí. Vi a Grushnitski sentado en primera fila con sus impertinentes. El artista se dirigía a él siempre que necesitaba un pañuelo, un reloj, un anillo, etcétera.

Hace varios días que Grushnitski no me saluda, y hoy me ha mirado un par de veces con bastante insolencia. Todo saldrá a relucir a la hora de ajustar cuentas.

Poco antes de las diez me levanté y abandoné el local.

La noche era oscura como boca de lobo. Nubes pesadas y desapacibles se cernían sobre las cumbres de las montañas vecinas; solo de vez en cuando un viento agonizante hacía susurrar las copas de los álamos en torno al restaurante. Se aglomeraba la gente ante las vidrieras. Descendí la pendiente y, torciendo en dirección a la puerta, aceleré el paso. De pronto me pareció que alguien me seguía. Me detuve y volví la cabeza. Nada pude divisar en la oscuridad; sin embargo, por cautela, di una vuelta alrededor de la casa, como si estuviera paseando. Al pasar bajo las ventanas de la princesita volví a oír pasos detrás de mí; un hombre envuelto en un capote pasó corriendo junto a mí. Me puse en guardia, pero, no obstante, me aproximé con sigilo a la terracilla y subí apresuradamente las escaleras oscuras. Abrióse la puerta; una mano pequeñita se apoderó de la mía…

—¿No te ha visto nadie? —musitó Vera, estrechándose contra mí.

—¡Nadie!

—¿Te has convencido ahora de que te quiero? ¡Oh, cuánto he vacilado, cuánto he sufrido!… Pero tú haces de mí lo que se te antoja.

Su corazón latía fuertemente; sus manos estaban frías como el hielo. Comenzaron los reproches, los celos, las quejas; exigía que se lo confesara todo, afirmando que soportaría resignada mi traición, porque lo único que anhelaba era mi felicidad. Aunque yo no la creía del todo, la apacigüé con juramentos, promesas, etcétera.

—¿Así que no te casarás con Meri? ¿De modo que no la quieres?… Y ella que se figura… ¿sabes? ¡La pobrecilla está loca por ti!…

……

Serían las dos de la madrugada cuando abrí la ventana, anudé dos chales por las puntas y me serví de ellos para descender del balcón superior al de abajo, sujetándome a una columna. En el dormitorio de la princesita aún se veía luz. Me sentí empujado hacia su ventana. Los visillos a medio correr me permitieron lanzar al interior de la habitación un vistazo lleno de curiosidad. Meri estaba sentada en su cama, con las manos enlazadas en las rodillas; un gorrito de dormir, guarnecido de encaje, daba cobijo a la espesa cabellera recogida; le cubría los hombros nacarados una toquilla roja, y sus piececitos se ocultaban en unas abigarradas babuchas persas. Se mantenía inmóvil, con la cabeza reclinada sobre el pecho. En la mesita de delante había un libro abierto, pero sus ojos inertes, saturados de indescriptible tristeza, parecían mirar por centésima vez la misma página, mientras sus pensamientos volaban lejos…

En este instante alguien se movió detrás de un arbusto. Salté del balcón al césped. Una mano invisible me atenazó por el hombro.

—¡Ajá —gruñó una voz ronca—, has caído en la trampa!… ¡Ya te enseñaré yo a visitar de noche a las princesas!…

—Sujétale bien —gritó otro, saliendo de una esquina.

Eran Grushnitski y el capitán de dragones.

Descargué un puñetazo en la cabeza de este último, le derribé y me escabullí entre los matorrales. Conocía muy bien los senderos del jardín que se extendía por la ladera, enfrente de nuestras casas.

—¡Ladrones! ¡Socorro!… —gritaron ellos.

Sonó un disparo de fusil; un taco humeante cayó casi a mis pies.

Un minuto más tarde ya estaba en mi habitación; me desnudé y me acosté. Apenas mi lacayo tuvo tiempo de echar la llave, cuando Grushnitski y el capitán empezaron a llamar a la puerta.

—¡Pechorin! ¿Duerme usted? ¿Está usted aquí? —gritó el capitán.

—Estoy durmiendo —contesté enfadado.

—¡Levántese! ¡Ladrones… circasianos!…

—Tengo un catarro —respondí— y temo enfriarme. Se fueron. Hice mal en responderles; me hubieran estado buscando una hora más por el jardín. Mientras tanto, la alarma provocada era terrible. Un cosaco vino al galope desde la fortaleza. Todo se puso en movimiento: buscando a los circasianos, no dejaron matorral sin escudriñar y, como es de suponer, no encontraron nada; pero es seguro que muchos siguieron convencidos de que si la guarnición hubiese mostrado más valor y diligencia, habría quedado en el sitio no menos de una veintena de malhechores.

16 de junio

Esta mañana en la fuente no se hablaba más que de la incursión nocturna de los circasianos. Después de tomar los vasos de agua de Narzán prescritos y de recorrer unas diez veces la larga avenida de tilos, encontré al marido de Vera, que acababa de regresar de Piatigorsk. Me tomó del brazo y fuimos a desayunar al restaurante. Estaba muy preocupado por su esposa.

—¡Qué susto se ha llevado esta noche! —decía—. ¡Y ha tenido que ocurrir precisamente en ausencia mía!

Elegimos asiento junto a una puerta que conducía a un salón lateral, donde se hallaban unos diez jóvenes, entre ellos Grushnitski. El destino me deparó por segunda vez la oportunidad de captar una conversación llamada a decidir su suerte. Él no me vio y, por consiguiente, yo no podía sospechar que sus palabras fueran intencionadas; pero eso no hacía más que aumentar su culpabilidad a mis ojos.

—¿Pero de veras que eran circasianos? —preguntó alguien—. ¿Quién los ha visto?

—Voy a referirles el caso —respondió Grushnitski—, pero, por favor, no me descubran; escuchen lo que sucedió: una persona, cuyo nombre me reservo, vino ayer a verme y me contó que a eso de las diez había visto a un hombre penetrar en casa de la princesa Ligóvskaia. Debo comunicarles que la princesa estaba aquí y la hija en casa. Allá que nos fuimos, y nos apostamos bajo las ventanas, con el fin de sorprender al afortunado.

Confieso que me asusté, pues, aunque mi interlocutor estaba muy embebido con su desayuno, podría oír cosas harto desagradables si es que, por desgracia, Grushnitski había adivinado la verdad; pero la ceguera de los celos no le permitía ni siquiera sospecharla.

—Pues, como les iba diciendo —prosiguió Grushnitski—, nos fuimos con un fusil cargado con pólvora, ya que solo queríamos darle un susto. Hasta las dos de la madrugada le estuvimos acechando en el jardín. Al fin apareció, Dios sabe por dónde, pero no fue por la ventana, porque no se abrió. Seguramente saldría por la puerta de cristales que hay detrás de la columna. El caso es que, por fin, vemos que alguien se deja caer desde el balcón… ¿Qué os parece la princesita, eh? ¡Vaya con las señoritas de Moscú! ¿En qué va uno a creer después de eso? Quisimos atraparle, pero se nos escurrió de entre las manos y se perdió como una liebre entre los arbustos; entonces hice fuego sobre él.

Alrededor de Grushnitski resonó un murmullo de incredulidad.

—¿No lo creéis? Os doy mi palabra de honor, mi palabra de caballero, que no he dicho otra cosa que la pura verdad y, si es menester, para demostrarlo, os daré el nombre de ese caballero.

—¡Dilo, dilo! ¿Quién es? —preguntaron desde varios puntos.

—¡Pechorin! —respondió Grushnitski.

En esto alzó los ojos: yo estaba en la puerta, frente por frente de él. Púsose terriblemente rojo. Me acerqué, y pronuncié con lentitud y claridad:

—Lamento mucho no haber entrado antes de que usted empeñase su palabra de honor confirmando la más abyecta de las calumnias. Mi presencia le hubiera evitado una canallada más.

Grushnitski saltó de su asiento con visos de enardecerse.

—Le ruego —continué en el mismo tono—, le ruego que se retracte inmediatamente de sus palabras; usted sabe muy bien que se trata de una insidia. No creo que la indiferencia de una mujer ante cualidades tan notables como las de usted merezca una venganza tan terrible. Medítelo: si mantiene su afirmación, queda inhabilitado para llamarse hombre de honor y arriesga usted la vida.

Grushnitski estaba ante mí, con la vista baja y presa de intensa emoción. Pero

la lucha entre el amor propio y la conciencia fue breve. El capitán de dragones, sentado a la vera, le empujó con el codo; estremecióse Grushnitski y se precipitó a responderme, sin alzar los ojos:

—Señor mío, cuando digo algo es porque lo pienso y estoy dispuesto a repetirlo… No temo sus amenazas y aquí me tiene, dispuesto a todo.

—Esto último ya lo ha demostrado usted —le respondí fríamente, y, tomando del brazo al capitán de dragones, salí del aposento.

—¿Qué desea usted? —me preguntó el capitán.

—Usted es amigo de Grushnitski y, seguramente, actuará de padrino…

El capitán me hizo una grave reverencia.

—Está usted en lo cierto —contestó—; incluso me veo en la obligación de ser su padrino, porque la ofensa a él inferida me afecta también a mí; yo estaba con él ayer noche —añadió, irguiendo su cuerpo, un poco encorvado.

—¿Ah, entonces fue a usted a quien golpeé tan descortésmente en la cabeza?

Se puso amarillo, morado; su rostro traslució una rabia oculta.

—Tendré el honor de enviarle hoy mismo a mi padrino —añadí con un cortés saludo, fingiendo no darme cuenta de su furia.

En la terracilla del restaurante encontré al marido de Vera. Creo que me esperaba.

Me tomó una mano con emoción rayana en el éxtasis.

—Noble joven —profirió con lágrimas en los ojos—. Lo he oído todo. ¡Qué canalla! ¡Y qué ingrato!… ¡Admítelos, después de eso, en una casa decente! ¡Alabado sea Dios, que no tengo hijas! Pero aquella por quien arriesga usted la vida sabrá recompensarle. Cuente con mi discreción hasta que haga falta —prosiguió él—. También yo fui joven y serví en el ejército; sé que en asuntos de tal índole no debe uno entrometerse. Adiós.

¡Pobrecillo! Se alegra de no tener hijas…

Me encaminé sin dilación a casa de Werner, le encontré allí y se lo conté todo: mis relaciones con Vera y la princesita, así como la conversación que me descubrió los propósitos de esos señores de reírse a costa mía, llevándome a un duelo con pistolas descargadas. Pero ahora el asunto rebasaba los límites de una broma: sin duda, ellos no intuían semejante desenlace.

El doctor accedió a asistirme como padrino; le expliqué algunos detalles respecto a las condiciones del duelo; debía insistir en que la cosa transcurriera del modo más secreto posible, porque, aunque jamás vacilaría en arriesgar la vida, no estaba dispuesto, ni mucho menos, a estropear para siempre mi porvenir en este mundo.

Después me fui a casa. Al cabo de una hora regresó el doctor de su gestión.

—Efectivamente, hay un complot contra usted —me dijo—. En casa de Grushnitski encontré al capitán de dragones y a otro señor más, cuyo apellido no recuerdo. Me detuve un momento en la antesala para quitarme los chanclos y oí que discutían en medio de un espantoso jaleo… «¡Nada me hará ceder! —decía Grushnitski—. Me ha ofendido públicamente; entonces la cosa era distinta por completo…». «¿A ti qué te importa? —replicó el capitán—. Del asunto me encargo yo. He sido padrino en cinco duelos y sé cómo arreglármelas. Ya lo tengo todo pensado. Pero haz el favor de no estorbarme. Un susto no le vendrá mal. ¿Y para qué correr un riesgo que puede evitarse?…». En ese momento entré yo, y se callaron. Nuestra conversación duró bastante. Por fin resolvimos lo siguiente: a unas cinco verstas de aquí hay un desfiladero solitario; ellos se presentarán allí mañana, a las cuatro de la madrugada, y nosotros saldremos media hora después; el duelo será a seis pasos; así lo ha exigido el propio Grushnitski. El muerto se les cargará a los circasianos. Ahora bien, yo sospecho que ellos, es decir, los padrinos, han variado un poco su plan anterior, y quieren cargar con bala la pistola de Grushnitski nada más. Algo parecido a un asesinato, pero en tiempo de guerra y, sobre todo, en una guerra asiática son permisibles los ardides. Grushnitski me parece más noble que sus compañeros. ¿Usted qué opina? ¿Debemos darles a entender que hemos descubierto su juego?

—¡Por nada del mundo, doctor! Esté tranquilo; no me dejaré embaucar.

—¿Qué piensa hacer?

—Eso me lo reservo.

—Tenga cuidado, no caiga en el cepo… ¡mire que es a seis pasos!

—Doctor, mañana le espero a las cuatro de la madrugada; los caballos estarán preparados… Adiós.

Me pasé la tarde en casa, recluido en mi habitación. Vino un lacayo a llamarme de parte de la princesa, pero ordené decirle que estaba enfermo.

……

Las dos de la madrugada… No puedo dormir… ¡Con la falta que me hace, para que mañana no me tiemble la mano! Aunque a seis pasos es difícil fallar. ¡Ah, señor Grushnitski! No le valdrán sus argucias… Cambiaremos de papeles: ahora seré yo el que buscará en su pálido rostro señales de oculto temor. ¿Para qué ha designado usted mismo esos seis pasos fatales? Se imagina usted que voy a colocar sin más ni más mi frente bajo su pistola… ¡Pero echaremos suertes!… y entonces… entonces, ¿y si le sonríe la fortuna? ¿Y si mi estrella termina por serme adversa?… Nada tendría de extraño: ha sido fiel tanto tiempo a mis caprichos… El cielo no es más constante que la tierra.

¡Bah! ¡Si viene la muerte, que venga! No perderá gran cosa el mundo; además, todo esto me aburre ya bastante. Soy como el que bosteza en el baile, y si no se va a dormir es tan solo porque no ha llegado aún su carruaje. Pero el carruaje espera ya en la puerta… ¡Adiós!…

Hago memoria de todo mi pasado e, involuntariamente, me pregunto: ¿para qué he vivido? ¿Con qué fin nací?… Pero ese fin ha debido de existir, y es probable que me predestinase a algo elevado, porque en mi alma alientan fuerzas inconmensurables… Pero, no adivinando mi vocación, corrí tras el señuelo de pasiones ingratas y vacías; salí de su fragua duro y frío, como el hierro, mas perdí para siempre el fuego de los nobles afanes, la flor más galana de la vida. Y, desde entonces, ¡cuántas veces he sido hacha en manos del destino! Caí sobre la cabeza de los condenados como arma de verdugo, a menudo sin odio, siempre sin piedad… Mi amor no ha hecho feliz a nadie, porque nada sacrifiqué en pro de los seres amados; amaba para mí, para contento propio; me reducía a satisfacer una extraña necesidad del corazón, devorando con ansia los sentimientos, la ternura, las alegrías y los dolores de quienes amaba, sin lograr saciarme jamás. Algo así como el

que, torturado por el hambre, se duerme, exhausto, y sueña con manjares suculentos y espumosos vinos: engulle con avidez los dones etéreos de la imaginación y parece sentirse aliviado; pero, al despertar, se disipa el sueño… ¡y le queda hambre redoblada y desesperación!

¡Mañana puedo morir!… y no quedará en el mundo un solo ser que me haya comprendido por completo. Unos me consideran peor, y otros, mejor de lo que soy en realidad… Estos dirán: «Era un buen muchacho»; los de más allá: «Era un canalla». Y, sin embargo, lo uno y lo otro será falso. Después de eso, ¿vale la pena vivir? Pero sigue uno viviendo por curiosidad, en espera de algo nuevo… ¡Da risa y rabia!

Ya llevo mes y medio en la fortaleza de N. Maxim Maxímich ha salido de caza. Estoy solo, sentado cerca de la ventana; nubes grises envuelven las montañas casi hasta el propio pie; a través de la niebla, el sol semeja un manchón amarillo. Hace frío; silba el viento y retiemblan las contraventanas… ¡Qué aburrimiento!… Continuaré mi diario, interrumpido por tantos y tan extraños sucesos.

He releído la última página. ¡Es ridículo! Pensaba que moriría. Imposible: no he apurado aún el cáliz de la amargura y ahora presiento que viviré mucho todavía.

¡Con qué claridad y nitidez ha quedado impreso en mi memoria todo aquello! El tiempo no ha podido tachar un rasgo, ni una sombra.

Recuerdo que durante la noche que precedió al duelo no conseguí dormir ni un minuto. Tampoco pude escribir mucho: una inquietud oculta se había apoderado de mí. Estuve aproximadamente una hora paseando por la habitación; después me senté y abrí una novela de Walter Scott, que tenía sobre la mesa: eran *Los puritanos*. Al principio me costó trabajo leer, pero luego me olvidé de todo, seducido por la maravillosa fábula… ¿Será posible que el bardo escocés no reciba en el otro mundo la debida recompensa por cada minuto del placer que proporciona este libro?

Amaneció, por fin. Mis nervios se habían tranquilizado. Me miré en el espejo; una palidez macilenta me cubría el rostro, que guardaba la huella del torturante insomnio; pero mis ojos, aunque rodeados de una sombra violácea, brillaban altivos e implacables. Quedé contento de mí mismo.

Ordené ensillar los caballos, me vestí y corrí al baño. Sumergido en las frías y burbujeantes aguas de Narzán, sentí que recuperaba las fuerzas físicas y morales.

Salí del baño, confortado y animoso, como si me dispusiera a ir a un baile. ¡Qué digan después que el alma no depende del cuerpo!

De regreso, encontré en mi casa al doctor. Me eché a reír a carcajadas al ver su figurilla bajo el descomunal gorro peludo: su rostro, nada marcial, parecía aún más largo que de costumbre.

—¿Por qué viene tan triste, doctor? —le pregunté—. ¿No ha acompañado usted a cientos de personas al otro mundo con la mayor indiferencia? Hágase cuenta que tengo una fiebre biliosa; igual puedo curarme que morirme; lo uno y lo otro entran en el orden normal de las cosas; trate de considerarme un paciente aquejado por una dolencia desconocida para la Medicina, y verá aumentar su curiosidad hasta el punto máximo. Se le presenta la ocasión de hacer sobre mí algunas importantes observaciones fisiológicas… ¿Acaso la espera de una muerte violenta no es ya una verdadera enfermedad?

La idea sorprendió al doctor y se animó.

Montamos a caballo; Werner asió con ambas manos las bridas y picamos espuelas. Pasamos por el arrabal, y en un abrir y cerrar de ojos dejamos atrás la fortaleza, internándonos en el desfiladero, por donde serpenteaba una vereda medio cubierta de altos yerbajos e interceptada una vez y otra por un tumultuoso arroyo. Teníamos que vadearlo, con gran desesperación del doctor, pues su cabalgadura se detenía siempre que entraba en el agua.

¡No recuerdo una mañana tan azul ni tan reconfortante! El sol apenas había asomado por encima de las verdes cumbres, y la fusión del primer calor de sus rayos con la frescura agonizante de la noche impregnaba el espíritu de una dulce languidez; aún no había penetrado en el desfiladero la luz festiva del naciente día; doraba tan solo los picos de las rocas, suspendidas a ambos lados sobre nosotros. Los espesos arbustos que crecían en sus profundas hendiduras nos salpicaban al primer soplo del viento con una lluvia plateada. Recuerdo que aquel día amé como nunca la Naturaleza. ¡Con cuánta curiosidad contemplaba cada gota de rocío que, temblorosa en la ancha hoja de alguna vid, era un prisma en que titilaban millones de irisados rayos! ¡Con qué avidez pretendía mi vista calar el brumoso horizonte! El camino se hacía cada vez más estrecho, las rocas más azules y temibles y, por último, parecía fundirse en un muro impenetrable. Cabalgábamos en silencio.

—¿Ha hecho usted testamento? —me preguntó de pronto Werner.

—No.

—¿Y si le mata?…

—Los herederos acudirán solos.

—¿Será posible que no tenga amigos a quienes enviar su último adiós?…

Denegué con la cabeza.

—¿Y tampoco habrá en el mundo una mujer a la que desee dejar algún recuerdo?…

—Doctor, ¿quiere usted que le muestre mi alma al desnudo? —le respondí—. Mire: ya estoy fuera de esa edad en que se muere con el nombre de la amada en los labios y legando a un amigo un mechón de cabellos engominados o sin engominar. Pensando en la muerte, próxima y posible, pienso solamente en mí mismo; otros no hacen ni siquiera eso. Los amigos me olvidarán mañana o, peor aún, contarán de mí Dios sabe qué infundios. Las mujeres, abrazando a otro, se reirán de mí, para no despertar celos hacia el difunto. ¡El Señor los perdone! Del temporal de la vida no he sacado más que algunas ideas y ningún sentimiento. Ya hace tiempo que no vivo con el corazón, sino con la cabeza. Sopeso y analizo mis propias pasiones y actos con severa curiosidad, pero sin interés. En mí coexisten dos seres; uno vive, en el sentido completo de esta palabra; el otro piensa y le juzga; el primero quizá se despida para siempre de usted y del mundo dentro de una hora… Y el segundo… ¿el segundo?… Fíjese, doctor, ¿no ve usted tres figuras negras en la roca de la derecha? Parecen nuestros adversarios, ¿verdad?…

Nos pusimos al trote.

Al pie del peñón había tres caballos atados entre los matorrales; arrendamos los nuestros allí mismo y subimos por un angosto sendero a un altiplano donde nos esperaba Grushnitski con el capitán de dragones y otro padrino suyo, que atendía por Iván Ignátievich; jamás había oído su apellido.

—Ya hace rato que les aguardamos —dijo el capitán de dragones con una sonrisa irónica.

Saqué el reloj y se lo enseñé.

Disculpose, diciendo que el suyo iba adelantado.

Hubo unos minutos de un silencio embarazoso; el doctor lo rompió, por fin, dirigiéndose a Grushnitski:

—Me parece —dijo— que, una vez demostrado por ambas partes su ánimo de batirse, con lo cual han rendido ya tributo a los postulados del honor, bien podrían ustedes, señores míos, llegar a una explicación y zanjar esta asunto amigablemente.

—Por mi parte, estoy dispuesto —contesté yo.

El capitán hizo un guiño a Grushnitski, y este, interpretando mi actitud como miedo, adoptó una postura arrogante, aunque hasta ese momento su cara había estado cubierta de una palidez mortecina. Por primera vez desde nuestra llegada alzó los ojos y me miró; pero en sus ojos se advertía cierta zozobra, que delataba la lucha trabada en su interior.

—Exponga sus condiciones —dijo él—, y tenga la seguridad de que todo cuanto pueda hacer en su favor…

—He aquí mis condiciones: hoy mismo se retractará públicamente de su calumnia y me presentará excusas…

—Señor mío, me asombra que se atreva usted a proponerme cosa semejante…

—¿Qué otra le puedo proponer?…

—Siendo así, nos batiremos…

Me encogí de hombros.

—Como quiera; pero piense que, irremisiblemente, uno de los dos ha de quedar muerto.

—Espero que sea usted…

—Pues yo estoy tan convencido de lo contrario…

Grushnitski, turbado, enrojeció y luego emitió una risa forzada.

El capitán le tomó del brazo y se lo llevó aparte. Estuvieron cuchicheando

largo rato. Yo había llegado de un humor bastante apacible, pero todo aquello comenzaba a enfurecerme.

Se me acercó el doctor.

—Oiga —me dijo con evidente preocupación—, usted, sin duda, se ha olvidado del complot… Yo no sé cargar una pistola, pero en este caso… ¡Qué hombre más raro es usted! Dígales que conoce sus intenciones, y no se atreverán… ¡Sí que es menudo el capricho! Le van a dejar seco, como a un pajarito…

—Doctor, le ruego que no se preocupe y tenga paciencia… Yo lo arreglaré de modo que no les quedará ninguna ventaja. Déjelos que cuchicheen…

—¡Señores, esto va resultando aburrido! —les dije en voz alta—. Si hemos de batirnos, batámonos. Tiempo han tenido ustedes de hablar anoche…

—Estamos dispuestos —respondió el capitán—. ¡Cada uno a su sitio, señores!… Doctor, tenga la bondad de medir seis pasos…

—¡Colóquense! —pronunció Iván Ignátievich con voz chillona.

—Permítame —intervine yo— una condición más: como el duelo es a vida o muerte, debemos de hacer lo posible para que esto quede en secreto y no se comprometan nuestros padrinos. ¿Están ustedes conformes?

—Completamente.

—Pues bien, he aquí lo que se me ha ocurrido. ¿Ven ustedes aquel estrecho rellano en lo alto de la roca vertical de la derecha? Desde allí hasta abajo habrá unas treinta *sazhen*, si no más; en el fondo, piedras agudas. Cada uno de nosotros se colocará en el borde mismo del rellano; de este modo, incluso una pequeña herida será mortal; creo que esto coincidirá con sus deseos, ya que usted mismo ha designado los seis pasos. El que resulte herido, caerá infaliblemente al fondo y se hará trizas; el doctor extraerá la bala y será fácil achacar a un traspiés esta muerte inesperada. Echaremos suertes para ver a quién le corresponde disparar primero. Y, por último, les hago saber que no me batiré en otras condiciones.

—Aceptado —repuso el capitán, mirando expresivamente a Grushnitski, que asintió con la cabeza.

Su rostro se alteraba a cada instante: le había colocado en un trance difícil. En

condiciones normales, podría haberme apuntado a una pierna, herirme levemente y satisfacer así su deseo de venganza, sin excesivo remordimiento para la conciencia; pero ahora tendría que disparar al aire o convertirse en un asesino, o, en último caso, renunciar a su vil maquinación y correr el mismo riesgo que yo. En aquel momento no hubiera querido hallarme en su lugar. Grushnitski se llevó aparte al capitán y comenzó a hablarle excitado sobremanera. Observé cómo temblaban sus labios lívidos; pero el capitán le dio la espalda con una sonrisa despreciativa.

—¡Eres tonto! —espetole en voz bastante alta—. No comprendes nada… ¡Adelante, pues, señores!

Por entre los matorrales subía una vedilla pendiente arriba; peñascos desprendidos de las rocas formaban los vacilantes peldaños de aquella escalera natural. Agarrándonos a los matojos, empezamos a trepar. Grushnitski marchaba en cabeza, seguido de sus padrinos; y, después, íbamos el doctor y yo.

—Me deja usted admirado —dijo Werner estrechándome fuertemente la mano—. Permítame tomarle el pulso… ¡Oh, hay fiebre!… Pero en su rostro no se nota nada… Solamente los ojos le brillan más que de costumbre.

Una multitud de piedrecillas rodó con repentino estrépito a nuestros pies. ¿Qué era aquello? Grushnitski, que había tropezado; la rama a que se había asido se rompió, y habría caído de espaldas, precipitándose monte abajo, si sus padrinos no le sujetan.

—¡Cuidado! —le grité yo—, no caiga antes de tiempo: es de mal agüero. Recuerde a Julio César[54].

Por fin escalamos el pico de la prominente roca. Fina arena cubría la mesetilla, como si estuviera preparada ex profeso para un duelo. Alrededor, perdiéndose en la dorada niebla matutina, se hacinaban las cumbres montañosas, como un rebaño infinito, y el Elbrús se erguía por el Sur como una mole blanca, rematando la cadena de vértices helados, entre los cuales vagaban ya deshilachadas nubes, procedentes del Este. Me acerqué al borde de la meseta, miré hacia abajo y sentí una leve sensación de vértigo. El hondón parecía oscuro y frío como un sepulcro; los musgosos dientes de las rocas, desgajadas por las tormentas y el tiempo, esperaban su presa.

La meseta donde debíamos batirnos formaba un triángulo casi regular. Desde el ángulo saliente medimos seis pasos y decidimos que el primero a quien le

tocara en suerte aguantar el disparo del contrario se colocaría en el mismo ángulo, de espaldas al precipicio; en caso de quedar con vida, los adversarios cambiarían de sitio.

Resolví ceder todas las ventajas a Grushnitski; quería ponerle a prueba. Tal vez podría despertarse en su alma una chispa de generosidad y, entonces, todo habría acabado de la mejor manera; pero el amor propio y la debilidad de su carácter habían de sobreponerse… Quería tener pleno derecho a 110 compadecerme de él si el destino me dejaba con vida. ¿Quién no ha hecho semejantes transacciones con su conciencia?

—Eche a suertes, doctor —propuso el capitán. El doctor sacó del bolsillo una moneda de plata y la levantó en alto.

—¡Cara! —gritó Grushnitski apresuradamente, como quien despierta de improviso, sacudido por una mano amistosa.

—¡Cruz! —dije yo.

La moneda voló y tintineó en el suelo. Todos se lanzaron hacia ella.

—Es usted afortunado —dije a Grushnitski—; le corresponde tirar el primero. Ahora bien: recuerde que si no me mata, yo no fallaré: le doy mi palabra de honor.

Grushnitski enrojeció; le abochornaba matar a un hombre inerme. Yo le miré fijamente; por un instante me pareció verle a punto de arrojarse a mis pies, pidiéndome perdón: pero ¿cómo iba a confesar un propósito tan vil?… Le quedaba un solo recurso: disparar al aire. Yo estaba convencido de que así lo haría. Una sola cosa podría impedírselo: la idea de que yo exigiera la repetición del duelo.

—¡Ha llegado el momento! —me susurró el doctor, tirándome de la manga—. Si no les descubre ahora que conocemos sus intenciones, todo está perdido. Mire que ya está cargando… Si no habla usted, lo haré yo mismo…

—¡Por nada del mundo, doctor! —respondí, sujetándole de un brazo—. Lo echaría todo a perder; usted me ha dado palabra de no estorbarme… ¿Qué le importa? A lo mejor, quiero que me maten…

Me miró estupefacto:

—¡Ah, eso ya es otra cosa!… Pero no se queje de mí en el otro mundo…

El capitán, mientras tanto, había cargado las pistolas; una se la tendió a Grushnitski, susurrándole algo con una sonrisa; y la otra a mí.

Yo me situé al borde de la meseta, apoyando con fuerza la pierna izquierda en una piedra, y ligeramente inclinado hacia adelante, a fin de no caer para atrás en caso de recibir una herida leve.

Grushnitski se colocó enfrente, y, dada la señal, alzó la pistola. Temblantes las rodillas, apuntaba a mi frente…

Una indescriptible furia me hirvió en el pecho. De pronto, dejó caer el cañón del arma y, poniéndose pálido como la cera, se volvió hacia su padrino.

—¡No puedo! —dijo con voz sorda.

—¡Cobarde! —le recriminó el capitán.

Resonó el disparo. La bala me rozó la rodilla. Instintivamente di unos pasos adelante para separarme del borde lo más pronto posible.

—¡Qué lástima, amigo Grushnitski, que hayas fallado! —lamentóse el capitán—. Ahora te toca a ti, ¡colócate! Dame antes un abrazo, pues ¡ya no nos veremos más! —se abrazaron; el capitán contenía la risa a duras penas—. No temas —añadió, mirando con picardía a Grushnitski—, ¡nada tiene importancia en este mundo!… ¡La Naturaleza es tonta, es bobo el destino, y la vida no vale un comino!

Después de esta sentencia trágica, pronunciada con la debida gravedad, se retiró a su puesto; Iván Ignátievich, con lágrimas en los ojos, abrazó también a Grushnitski, y este quedó solo, frente a mí. Hasta la fecha trato de explicarme el sentimiento que entonces bullía en mi pecho: era el enojo del amor propio ofendido, el desprecio y la rabia engendrada por la idea de que aquel hombre, que con tanta seguridad y tan serena insolencia me contemplaba ahora, había querido matarme a mansalva como a un perro dos minutos antes, ya que, de haber sido un poco más grave la herida de la pierna, me hubiera desplomado irremisiblemente en el abismo.

Escruté unos minutos su cara, tratando de hallar aunque solo fuese un débil atisbo de arrepentimiento. Pero me pareció que disimulaba una sonrisa.

—Le aconsejo que antes de morir se encomiende a Dios —le dije entonces.

—No se preocupe de mi alma más que de la suya. Solo una cosa le ruego: dispare lo antes posible.

—¿Y no retira usted su calumnia? ¿No me suplica que le perdone?… Piénselo bien: ¿no le dice nada su conciencia?

—¡Señor Pechorin! —gritó el capitán de dragones—, permítame observarle que esto no es un confesonario… Terminemos cuanto antes; no vaya a ser que pase alguien por el desfiladero y nos vea.

—Está bien. Doctor, acérquese.

El doctor obedeció. ¡Pobre doctor! Estaba más pálido que Grushnitski diez minutos antes.

Las palabras siguientes las pronuncié a propósito pausadamente, con claridad y en voz alta, como se anuncia una sentencia de muerte.

—Sin duda, doctor, estos señores, en su prisa, se han olvidado de poner la bala en mi pistola: le ruego que vuelva usted a cargarla, ¡y bien!

—¡Imposible! —gritó el capitán—. ¡No puede ser! Yo he cargado las dos pistolas; quizá la bala de la suya se haya caído… ¡No es culpa mía! Pero no tiene usted derecho a cargarla de nuevo… ningún derecho… Sería vulnerar las reglas; no lo permitiré…

—Bien —repliqué al capitán—: Entonces le desafío a usted en las mismas condiciones…

El capitán se calló turbado.

Grushnitski, hundida la cabeza en el pecho, permanecía confuso y sombrío.

—¡Déjales! —dijo, por fin, al capitán, que intentaba arrancar mi pistola de manos del doctor—. Bien sabes tú que tienen razón.

En vano el capitán le hacía toda suerte de señas; Grushnitski no quería ni mirarle.

El doctor, mientras tanto, cargó la pistola y me la entregó.

El capitán, al verlo, escupió y dio en el suelo una patada de coraje:

—Eres idiota, amigo —exclamó—, un idiota de lo más vulgar… Ya que te confiaste a mí, debieras obedecerme en todo… ¡Te lo tienes merecido! ¡Muere ahora como una mosca!…

Se volvió y retirose mascullando:

—A pesar de todo, esto va contra las reglas.

—Grushnitski —dije yo—, aún hay tiempo; retira tu calumnia y te lo perdono todo. No has conseguido embrollarme, y mi amor propio está satisfecho. Recuerda que en tiempos fuimos amigos…

Su rostro se encendió. Le centellearon los ojos.

—¡Dispare! —respondió—. Me desprecio a mí mismo, y a usted le odio. Si no me mata, le degollaré cualquier noche por la espalda. En la tierra no hay espacio para nosotros dos…

Disparé…

Cuando se disipó el humo, Grushnitski había desaparecido de la meseta. Solamente una columnilla de polvo se levantaba aún al borde del precipicio.

Todos, al unísono, lanzaron un grito.

—*Finita la commedia*! —dije al doctor.

No me respondió, y se volvió horrorizado.

Me encogí de hombros y, con una inclinación de cabeza, me despedí de los padrinos de Grushnitski.

Al descender por la vereda vi entre las hendiduras de las rocas el cadáver ensangrentado de Grushnitski. Cerré los ojos…

Desaté el caballo y me dirigí al paso hacia mi casa. Notaba el corazón como aplastado por una losa. El sol me parecía opaco; sus rayos no me calentaban.

Antes de llegar al arrabal, torcí a la derecha por el desfiladero. Me hubiera

apenado ver a un ser humano: quería estar solo. Soltando las bridas y con la cabeza baja, cabalgué mucho tiempo, hasta verme, por fin, en un lugar absolutamente desconocido para mí; di la vuelta al caballo y me puse a buscar el camino; el sol se ocultaba cuando llegamos a Kislovodsk, extenuado yo y rendida la montura.

Mi lacayo me dijo que había estado a verme Werner, y me entregó dos esquelas: una de él, la otra… de Vera.

Abrí la del doctor. Decía lo siguiente:

Todo se ha arreglado de la mejor manera posible. Trajeron el cuerpo horriblemente magullado. La bala le ha sido extraída del pecho. Todo el mundo está seguro de que la muerte se debe a un accidente; tan solo el comandante, quien, al parecer, conoce el altercado, movió la cabeza, aunque no dijo nada. No hay ninguna prueba contra usted, y puede dormir tranquilo… si es que puede… Adiós…

Tardé mucho en decidirme a abrir la segunda esquela… ¿Qué podía escribirme ella?… Un amargo presentimiento me inquietaba el alma.

He aquí esta carta, cada palabra de la cual se ha grabado para siempre en mi memoria:

Te escribo completamente convencida de que jamás nos volveremos a ver. Hace algunos años, al separarme de ti, pensaba lo mismo; pero el cielo quiso probarme por segunda vez. No he resistido la prueba: mi débil corazón se sometió de nuevo a la voz conocida… ¿Verdad que esto no te llevará a despreciarme? La presente es una despedida y una confesión: me siento obligada a expresarte lo que se ha ido acumulando en mi corazón desde que te quiero. No te culpo de nada. Te has portado conmigo como lo hubiera hecho cualquier otro hombre: me has querido como se quiere a una propiedad, como a una fuente de alegrías, inquietudes y tristezas que se sucedían alternativamente, y sin las cuales la vida resulta anodina y monótona. Desde el principio lo comprendí… Pero eras desgraciado, y me sacrifiqué, confiando en que alguna vez apreciarías mi sacrificio y comprenderías mi profunda ternura, que no depende de las circunstancias. A partir de entonces transcurrió mucho tiempo: penetré en todos los misterios de tu alma… y me convencí de que era una esperanza vana. ¡Sentí profunda amargura! Pero mi amor había echado raíces en mi alma: su llama perdió brillo, mas no se extinguió.

Nos separamos para siempre. Sin embargo, puedes estar seguro de que jamás

amaré a otro: mi alma ha consumido en ti todos sus tesoros, sus lágrimas y esperanzas. Una mujer que te haya querido alguna vez, no puede mirar sin cierto desprecio a los demás hombres, no porque tú seas mejor que ellos, ¡oh, no! Pero tu ser posee algo peculiar, tuyo, solo tuyo, algo altivo y misterioso; en tu voz, digas lo que digas, hay un poder invencible; nadie sabe con tanta perseverancia desear ser amado; en nadie es tan atrayente el mal; ninguna mirada promete tanto placer; nadie sabe aprovechar mejor sus dotes, y nadie puede ser tan verdaderamente desdichado como tú, porque nadie trata tanto de convencerse de lo contrario.

Ahora debo explicarte la causa de mi presurosa partida; te parecerá poco importante, ya que se refiere solamente a mí.

Esta mañana entró mi marido en mi habitación y me contó tu altercado con Grushnitski. Mi rostro debió alterarse mucho, porque me miró fija y largamente a los ojos; me faltó poco para caer desmayada al pensar que hoy debías batirte y que yo era la causa del desafío; me parecía volverme loca… Pero ahora, ya en condiciones de razonar, estoy segura de que estarás vivo; es imposible que mueras sin mí, ¡imposible! Mi marido estuvo paseando mucho rato por la habitación; no sé lo que me decía, ni recuerdo lo que le contesté… Debo haberle dicho que te amo… Lo único que recuerdo es que, al final de nuestra conversación, me ultrajó con una palabra espantosa, y se fue. Oí cómo ordenó enganchar el carruaje… Ya llevo tres horas sentada al lado de la ventana, esperando tu regreso… ¡Pero tú vives… tú no puedes morir!… El coche está casi preparado… ¡Adiós, adiós! Estoy perdida, pero ¿qué importa?… Si pudiera tener la seguridad de que te acordarás siempre de mí… No pido ya que me ames, no, sino sencillamente que me recuerdes. Adiós; ya vienen… Debo ocultar la carta…

¿Verdad que no quieres a Meri, que no te casarás con ella? Escucha, debes hacer por mí ese sacrificio; yo lo he perdido todo en el mundo por ti…

Salí corriendo como un loco a la terracilla, salté sobre mi Cherkes, que en ese instante era conducido por el patio, y tiré al galope por la carretera de Piatigorsk. Fustigaba sin misericordia al martirizado caballo, que, jadeante y cubierto de espuma, corría por el pedregoso camino.

Se había ocultado el sol en una nube negra, que reposaba sobre la cresta de las montañas del Oeste; el desfiladero estaba húmedo y oscuro. Abriéndose paso entre las piedras, rugía, sordo y monótono, el Podkúmok. Yo galopaba, ahogándome de impaciencia. La idea de que no la encontraría ya en Piatigorsk me martilleaba el corazón. ¡Un minuto, verla aunque fuera un minuto!, poder

despedirme, estrechar su mano… Rezaba, maldecía, lloraba, reía… ¡No! ¡Nada acertaría a, describir mi zozobra y mi desesperación!… Ante la posibilidad de perderla para siempre, Vera se convirtió para mí en lo más preciado del mundo; ¡más que la vida, el honor y la felicidad! Dios sabe las ideas locas y extrañas que me asaeteaban el cerebro… Y, mientras tanto, seguía al galope, fustigando implacablemente al caballo. De pronto observé que la respiración del animal se dificultaba: ya había tropezado dos veces en sitio llano… Cinco verstas me quedaban que recorrer hasta llegar a Esentukí, una *stanitsa* cosaca, donde podría cambiar de montura.

Todo hubiera salido bien si mi caballo resiste diez minutos más. Pero conforme se terminaban las montañas, subiendo un barranquillo en una curva muy pronunciada, se desplomó súbitamente en tierra. Salté con agilidad, intenté levantarlo, tiré de las bridas, pero todo en vano: un gemido mortecino se escapó de sus apretados dientes. Murió minutos más tarde. Quedé solo en la estepa, esfumada mi última esperanza; traté de seguir a pie, pero se me doblaban las piernas; extenuado por las emociones del día y por el insomnio, caí sobre la húmeda hierba y rompí en llanto como un niño.

Permanecí inmóvil largo tiempo, llorando amargamente, sin tratar de contener las lágrimas ni los sollozos; creía que el pecho me iba a estallar: toda mi firmeza y sangre fría se disiparon como el humo; mi espíritu quedó impotente, enmudeció mi inteligencia, y si en aquel instante me hubiera visto alguien, me habría apartado con desprecio.

Cuando el rocío nocturno y el aire de las montañas me refrescaron la cabeza calenturienta, devolviéndome la capacidad de pensar, comprendí que era inútil y disparatado perseguir la felicidad perdida. ¿Qué más quería? ¿Verla? ¿Para qué? ¿Acaso no había terminado todo entre nosotros? Un amargo beso de despedida no enriquecería mis recuerdos y, después de él, la separación se nos haría más dura.

¡Me agradaba, sin embargo, poder llorar! Aunque tal vez mis lágrimas obedecieron a un desarreglo nervioso, a la noche en vela, a los dos minutos vividos frente al cañón de una pistola y al estómago vacío.

¡No hay mal que por bien no venga! Este nuevo sufrimiento produjo en mí lo que los militares llaman una afortunada distracción de fuerzas. Llorar es saludable y, además, a no ser por la travesía a caballo y por las quince verstas que hube de recorrer a pie para regresar, es probable que tampoco aquella noche hubiera conciliado el sueño.

Volví a Kislovodsk a las cinco de la madrugada, me eché en la cama y dormí con el sueño de Napoleón después de Waterloo.

Cuando desperté, ya era de noche. Me senté junto a la ventana abierta, desabrócheme la pelliza, y el aire de las montañas refrescó mi pecho, que el pesado sueño del cansancio no había calmado. Allá a lo lejos, en la otra margen del río, por entre el follaje de los frondosos tilos que lo ensombrecían, parpadeaban las luces de los edificios de la fortaleza y del arrabal. Todo era silencio en nuestro patio; en casa de la princesa no había luz.

Entró el doctor: traía fruncido el ceño y, contrariamente a su costumbre, no me tendió la mano.

—¿De dónde viene usted, doctor?

—De casa de la princesa Ligóvskaia; su hija está enferma: postración nerviosa… Pero no es eso lo que me trae: las autoridades sospechan algo y, aunque nada puede demostrarse positivamente, le aconsejo, sin embargo, que tenga cuidado. La princesa me ha dicho hoy que sabe que usted se ha batido por su hija. Se lo ha referido todo ese vejete… ¿cómo se llama?, el que fue testigo de su altercado con Grushnitski en el restaurante. He venido para ponerle en guardia. Adiós. Tal vez no nos volvamos a ver. Es probable que le destinen a otro sitio.

Se detuvo en el umbral: sentía deseos de estrechar mi mano… y si yo le hubiera correspondido con el más mínimo ademán, se habría lanzado a mi cuello; pero permanecí frío como una piedra, y él salió.

¡Así son los hombres! Todos iguales: conociendo de antemano los aspectos negativos de un acto, ayudan, aconsejan y hasta lo aprueban, al ver que no hay otro recurso; pero luego se lavan las manos y se apartan con indignación del que ha tenido la audacia de afrontar la responsabilidad. ¡Todos son lo mismo, incluso los más bondadosos e inteligentes!…

A la mañana siguiente recibí de la superioridad la orden de trasladarme a la fortaleza de N., y fui a despedirme de la princesa.

Se asombró cuando, al preguntarme si quería decirle algo de suma importancia, respondí que le deseaba toda suerte de felicidades, etcétera.

—Yo, en cambio, tengo que hablarle muy en serio.

Me senté en silencio.

Era evidente que no sabía por dónde empezar; se le coloreó el rostro, sus dedos gordezuelos tamborileaban sobre la mesa; por fin abordó el tema, con voz entrecortada:

—Escuche, *monsieur* Pechorin; yo creo que es usted un hombre de bien.

Le hice una inclinación.

—Incluso estoy segura de ello —prosiguió—, por más que su conducta sea algo dudosa; pero tal vez tenga usted motivos que yo ignoro, y estos son los que debe usted confiarme ahora. Ha defendido a mi hija contra la calumnia, batiéndose por ella y arriesgando, por consiguiente, su vida… No necesito respuesta: sé que esto no lo reconocerá, porque Grushnitski ha muerto —la princesa se persignó—. ¡Dios le haya perdonado, y ojalá le perdone a usted también!… Eso a mí no me incumbe… No me atrevo a condenarle, porque mi hija, aunque inocente, ha sido la causa. Ella me lo ha contado todo… yo creo que todo: usted le ha hecho una declaración… ella confesó que le ama —al pronunciar estas palabras la princesa suspiró abatida—. Pero está enferma, ¡y creo firmemente que no es una dolencia cualquiera! Una pena oculta la mata; ella no lo confiesa, mas estoy segura de que la causa de ese mal es usted… Escúcheme; tal vez suponga que yo busco una gran posición o una riqueza enorme. Desengáñese; solo quiero la felicidad de mi hija. La situación actual de usted no es envidiable, pero puede reponerse; posee usted una fortuna; mi hija le quiere; con la educación que ha recibido, puede hacer feliz a su esposo. Yo soy rica, ella es hija única… Dígame, ¿qué le retiene?… Comprenderá usted que yo no debía haberle dicho nada de esto, pero confío en su corazón, en su honor. Recuerde que no tengo más que una hija… una…

Se echó a llorar.

—Princesa —le respondí—, me es imposible contestarle: permítame hablar a solas con su hija…

—¡Jamás! —exclamó ella, profundamente agitada, levantándose de la silla.

—Como guste —dije yo, presto a marcharme.

La princesa quedó pensativa, me hizo una señal con la mano para que esperara, y salió.

Pasaron unos cinco minutos; el corazón me latía tumultuoso, pero mis pensamientos eran serenos y la cabeza continuaba fría. Por más que trate de hallar en mi pecho aunque solo fuese un ápice de amor a la encantadora Meri, fue empresa baldía.

Se abrió la puerta y entró ella. ¡Dios mío! ¡Cómo había cambiado desde la última vez que la vi! ¡Y en qué poco tiempo!

Al llegar al centro de la habitación se tambaleó; acudí con presteza, le ofrecí mi brazo y la conduje hasta un sillón.

Permanecí de pie ante ella. Estuvimos callados mucho tiempo. Sus grandes ojos, rebosantes de indescriptible tristeza, parecían buscar en los míos un rayo de esperanza; los pálidos labios se esforzaban por sonreír, sin conseguirlo; las manos finas, enlazadas en las rodillas, eran tan enjutas y transparentes que sentí piedad de ella.

—Princesa —le dije—, ¿sabe que me he burlado de usted?… Debe despreciarme.

Sus mejillas se cubrieron de un rubor enfermizo.

Yo proseguí:

—Por lo tanto, no puede usted amarme…

Ella volvió la cara, apoyó los codos en la mesa, cubriose con una mano los ojos y me pareció entrever lágrimas brillando en ellos.

—¡Dios mío! —musitó Meri.

La situación se hacía insostenible. Un minuto más, y me hubiera echado a sus pies.

—Así pues —dije con la voz más firme que pude, dibujando una sonrisa forzada—, de por sí comprenderá que no puedo casarme con usted. Incluso si así lo quisiera usted ahora, no tardaría en arrepentirse. Mi entrevista con su madre me ha obligado a esta explicación tan franca y grosera. Confío en que ella está en un error: a usted no le costará trabajo desengañarla. Ya lo ve: estoy desempeñando ante sus ojos un papel de lo más lastimoso y vil, e incluso lo confieso. Es todo lo que puedo hacer por usted. Por deplorable que sea la opinión que tenga de mí, me someto a

ella… Soy un miserable ante usted… ¿Verdad que, aunque me haya usted amado, me desprecia desde este momento?

Se volvió hacia mí, pálida como el mármol; tan solo sus ojos despedían maravillosos destellos.

—Le odio… —dijo.

Le di las gracias, hice una respetuosa reverencia y salí.

Una hora más tarde abandoné Kislovodsk en una troika de posta. A unas verstas de Esentukí reconocí al borde del camino el cadáver de mi brioso caballo. Le habían quitado la silla —probablemente algún cosaco que por allí pasara— y en su lugar se habían posado dos cuervos. Suspiré y volví la cara…

Y ahora aquí, en esta aburrida fortaleza, suelo recorrer mentalmente el pasado, y me pregunto: ¿por qué no habré querido seguir la senda que me deparó el destino y que me brindaba dulces alegrías y tranquilidad espiritual?… ¡No, no me hubiera resignado! Mi alma es como la del marinero que, nacido y criado a bordo de un bergantín pirata, no reconoce otro mundo que el de las tempestades y las batallas. Arrojado a la orilla, sufre y languidece, por más que trate de seducirle la umbrosa arboleda y le prodigue sus rayos luminosos un sol apacible. Yerra todo el día por los arenales de la playa, atento el oído al monótono susurrar de las olas y puesta la vida en la nebulosa lejanía, en la raya blanquecina que separa el abismo azul de las nubecillas grises, con la esperanza de avizorar la ansiada vela que, al principio, semeja el ala de una gaviota, pero que, poco a poco, va destacándose de las espumosas ondas y avanza con acompasado ritmo hacia la rada solitaria…

3. EL FATALISTA

En cierta ocasión hube de pasar dos semanas en una *stanitsa* cosaca de nuestro flanco izquierdo. Un batallón de infantería estaba acantonado allí. Los oficiales se reunían, por turno, en casa de cada uno y jugaban a las cartas todas las tardes.

Una vez, hastiados del *boston*, tiramos la baraja debajo de la mesa y permanecimos charlando mucho tiempo en casa del mayor S. Contrariamente a lo habitual, la conversación era interesante. Se comentaba que entre nosotros, los cristianos, eran muchos los que compartían la creencia musulmana de que el sino de cada cual está escrito en el cielo. Unos y otros aducían lances extraordinarios en pro o en contra.

—Todo eso, señores, no es nada convincente —dijo el viejo mayor—. ¿A que ninguno de ustedes ha sido testigo de los extraños casos con que pretenden corroborar sus opiniones?

—Naturalmente que ninguno —respondieron muchos—, pero lo hemos oído contar a gente digna de confianza…

—¡Absurdo! —replicó alguien—. ¿Dónde está esa gente fidedigna que ha visto la lista en que se marca la hora de nuestra muerte?… Y si, efectivamente, existe el sino, ¿para qué, entonces, se nos ha concedido la voluntad y la razón? ¿Por qué hemos de rendir cuenta de nuestros actos?

En esto, un oficial, sentado hasta entonces en un ángulo del aposento, se levantó y, llegándose con paso lento a la mesa, nos envolvió a todos con una mirada serena y solemne. Era de origen servio, según se deducía de su apellido.

El aspecto del teniente Vúlich concordaba a la perfección con su carácter. Su alta estatura, su tez morena, los cabellos de azabache, los penetrantes ojos negros, la nariz grande, pero correcta, típica de su nacionalidad, y la sonrisa triste y fría que vagaba siempre por sus labios, todo en conjunto parecía tender a darle la apariencia de un ser excepcional, incapaz de confiar sus ideas y pasiones a aquellos que el destino le había deparado como camaradas.

Era valiente, hablaba poco, pero con brusquedad; a nadie revelaba sus secretos íntimos y familiares; casi nunca bebía y jamás galanteaba a las jóvenes cosacas, cuyo encanto es difícil de imaginar sin haberlas visto. Se decía, no obstante, que la esposa del coronel no era indiferente a sus inexpresivos ojos; pero él se enojaba muy en serio si se le hacía la más leve insinuación.

La única pasión que no escondía era el juego. Sentado ante el tapete verde se olvidaba de todo, pero solía perder, sin que los constantes reveses consiguieran otra cosa que exacerbar su terquedad. De él se contaba que una noche, en plena expedición, montó la timba en una almohada. La suerte le mimó enormemente. De pronto, resonaron disparos, se tocó generala y todos se precipitaron a las armas.

—¡Va banca! —gritó Vúlich, sin levantarse, a uno de los puntos más apasionados.

—Juego al siete —respondió este echando a correr.

Sin reparar en el alboroto general, Vúlich repartió las cartas, y salió la del otro.

Cuando se presentó en las líneas, se había trabado ya un intenso tiroteo. Pero Vúlich, sin preocuparse de las balas y de los sables chechenos, buscaba a su afortunado contrincante.

—¡El siete ha ganado! —gritó al encontrarle, por fin, en un piquete de vanguardia que empezaba a desalojar de un bosque al enemigo. Acercándose al ganancioso, sacó un bolsillo y la cartera y se los entregó, no obstante indicarle aquel la inoportunidad del momento. Cumplido el desagradable deber, Vúlich se lanzó delante, arrastrando tras de sí a los soldados; y hasta el mismo fin de la operación sostuvo, impasible, el tiroteo con los chechenos.

Cuando el teniente Vúlich se aproximó a la mesa, todos callaron, en espera de alguna salida original.

—Señores —empezó diciendo con voz reposada, aunque en tono más apagado de lo ordinario—, señores, ¿a qué enzarzarse en discusiones hueras? ¿Queréis pruebas? Pues yo os propongo que experimentéis en vosotros mismos si un hombre puede disponer de su vida a su arbitrio o bien si cada uno de nosotros tiene designado de antemano el minuto fatal… ¿Quién desea hacer la prueba?

—¡Yo no, yo no! —exclamaron por todas partes—. ¡Qué hombre más raro!

¡Qué ocurrencia!…

—Propongo una apuesta —tercié yo; en broma.

—¿Cuál?

—Afirmo que el sino no existe —dije, arrojando sobre la mesa unas veinte monedas de diez rublos, todo cuanto tenía en el bolsillo.

—Acepto —contestó Vúlich sordamente—. Mayor, usted será el árbitro; he aquí quince monedas de diez rublos; las otras cinco me las debe usted, y hará el favor de añadirlas a estas.

—Bueno —aceptó el mayor—, pero en verdad que no comprendo de qué se trata: ¿cómo vais a decidir la discusión?

Vúlich, sin decir palabra, se encaminó a la alcoba del mayor; nosotros le seguimos. Acercóse a la pared donde colgaban las armas y tomó al azar una de las pistolas. Aún no adivinábamos su intención. Pero cuando levantó el gatillo, y cargó la pólvora, a muchos se les escapó un grito, y le sujetaron por los brazos.

—¿Qué vas a hacer? ¡Mira que es una locura! —le gritaron.

—Señores —pronunció lentamente, desasiéndose—, ¿hay alguien que quiera pagar por mí las veinte monedas?

Todos enmudecieron y se apartaron.

Vúlich volvió a la otra habitación, seguido de los demás. Sentóse ante la mesa, nos invitó con un gesto a tomar asiento en derredor suyo y le obedecimos silenciosamente. En aquel momento había adquirido sobre nosotros un poder misterioso. Yo miré con fijeza a sus ojos; él sostuvo esta mirada inquisitiva con un aire sereno e impenetrable, y sus lívidos labios sonrieron; mas, a pesar de su impasibilidad, me pareció ver la muerte pintada en su pálido semblante. Tengo observado, y muchos combatientes veteranos lo confirman, que el rostro del hombre destinado a morir en breves horas suele llevar impreso el extraño sello del sino ineluctable, hasta el punto de que un ojo experto se equivoca rara vez.

—Usted morirá hoy —le dije yo. Se volvió rápidamente hacia mí, pero su réplica fue pausada y tranquila.

—Puede que sí, puede que no…

Después, dirigiéndose al mayor, le preguntó si estaba cargada la pistola. El mayor, desconcertado, no lo recordaba bien.

—¡Basta ya, Vúlich! —exclamó alguien—. Si estaba a la cabecera, es que está cargada. ¡Vamos a dejarnos de bromas!…

—Una broma estúpida —añadió otro.

—¡Cincuenta rublos contra cinco a que está descargada! —gritó un tercero.

Se concertaron nuevas apuestas.

Tan larga ceremonia me fastidiaba ya.

—Escuche —le dije a Vúlich—, péguese un tiro o deje la pistola en su sitio, y vámonos a dormir.

—¡Eso es! —exclamaron muchos—. A dormir.

—Señores, os suplico que no os mováis de vuestros lugares —dijo Vúlich aplicándose a la sien el cañón del arma.

Todos quedaron como petrificados.

—Señor Pechorin —prosiguió, dirigiéndose a mí—, elija una carta y tírela al aire.

Lo recuerdo como si lo estuviera viendo; tomé de la mesa el as de tréboles y lo arrojé a lo alto; a todos se nos cortó la respiración; los ojos, atemorizados y llenos de una curiosidad indefinida, pasaban de la pistola al as fatal, que estremeciéndose en el aire descendía lentamente; en el instante en que rozó la mesa, Vúlich apretó el gatillo… ¡El tiro no salió!

—¡Gracias a Dios! —se oyó exclamar—. No estaba cargada…

—Veamos, sin embargo —dijo Vúlich. Montó de nuevo el gatillo, apuntó a una gorra que pendía sobre la ventana, retumbó un disparo y el aposento quedó envuelto en una humareda. Al disiparse esta vimos la gorra atravesada justamente en el centro. La bala se había incrustado en la pared.

Cerca de tres minutos transcurrieron antes de que nadie pudiese pronunciar palabra. Vúlich se guardó tranquilamente mis monedas en el bolsillo.

Comenzó a discutirse por qué la pistola había fallado la primera vez; unos suponían que pudiera estar atascado el oído; otros cuchicheaban que al principio la pólvora estaría húmeda y que Vúlich habría añadido una carga seca; pero yo rebatí esta última conjetura, afirmando que no había perdido de vista el arma un solo instante.

—¡Es usted afortunado en el juego! —dije a Vúlich…

—¡Por primera vez en mi vida! —respondió él, sonriendo con satisfacción—. Este juego es mejor que la banca o el *shtos*.

—Algo más peligroso, en cambio.

—Y bien, ¿cree usted ahora en el sino?

—Creo; pero no acierto a comprender por qué me pareció que infaliblemente habría usted de morir hoy…

Y aquel hombre, que minutos antes se apuntaba impertérrito a la sien, enrojeció turbado.

—Bueno, basta —dijo levantándose—; nuestra apuesta ha terminado y sus comentarios me parecen ahora improcedentes…

Tomó la gorra y salió. Esto se me hizo extraño, y no sin razón.

Al poco rato se retiraron todos a sus casas, comentando cada cual a su manera las rarezas de Vúlich; y, a no dudarlo, me daban unánimes el calificativo de egoísta por haber mantenido una apuesta con un hombre que quería pegarse un tiro. ¡Cómo si él no fuera a encontrar la oportunidad sin intervención mía!…

Regresaba a mi casa por las desiertas callejuelas de la *stanitsa*; la luna llena, grana como el resplandor de un incendio, asomaba tras el almenado horizonte de las casas, relucían plácidamente las estrellas en la bóveda azul oscura, y me dio risa recordar que hubo antaño sapientísimos varones que pensaban que los astros celestes intervienen en nuestras nimias disputas por un trozo de terreno o por cualquier derecho imaginario. Y, ya lo vemos: estas mariposas, que, según ellos, ardían con el solo fin de iluminar sus contiendas y sus triunfos, siguen

resplandeciendo con el mismo fulgor, mientras que sus pasiones y esperanzas se extinguieron al mismo tiempo que ellos, como una pequeña hoguera encendida en la linde de un bosque por un peregrino despreocupado. Y, no obstante, ¡qué fuerza de voluntad les infundía la certeza de que el cielo entero, con sus infinitos moradores, los contemplaba con invariable, aunque muda simpatía!… Nosotros, sus míseros descendientes, que vagamos por la Tierra sin convicciones ni orgullo, sin placer ni temor (si no contamos la involuntaria angustia que nos oprime el corazón al pensar en el fin inevitable), no somos ya capaces de grandes sacrificios, ni en bien de la Humanidad ni aun en pro de nuestra propia dicha, porque sabemos que esta es imposible e, indiferentes, pasamos de una duda a otra, igual que nuestros antepasados iban de yerro en yerro, con la diferencia de que no tenemos las esperanzas que abrigaban ellos ni tan siquiera ese deleite, no por incierto menos intenso, con que se recrea nuestro espíritu en toda lucha contra los hombres o contra el destino…

Muchas otras ideas semejantes acudían a mi mente; no trataba de profundizar en ellas, porque no soy amigo de detenerme en ningún pensamiento abstracto. ¿Qué gana uno con eso?… En mi primera juventud fui un soñador; gustaba de acariciar alternativamente las imágenes, ya lúgubres, ya radiantes, que me ofrecía mi inquieta y ávida imaginación. Pero ¿qué he venido a sacar? Solo cansancio, como después de una batalla nocturna contra una visión fantasmagórica, y un recuerdo desvaído, lleno de pesares. En esta pugna estéril agoté el calor de mi alma y la constancia de mi voluntad, imprescindible para una vida real; cuando entré en esta vida, la había vivido ya mentalmente, y sentí el mismo tedio y asco que quien lee una mala imitación de un libro que ya hace tiempo conoce.

Lo sucedido aquella noche me produjo una impresión bastante profunda y me irritó los nervios. No puedo decir a ciencia cierta si ahora creo o no en el sino, pero aquella noche creía firmemente: la prueba había sido asombrosa, y, a pesar de haber hecho burla a nuestros antepasados y a su servicial astrología, me deslicé involuntariamente por su camino; menos mal que me detuve a tiempo en esa peligrosa dirección, y, como tengo por norma no rechazar nada de plano ni confiar ciegamente en cosa alguna, abandoné la metafísica y decidí mirar el terreno que pisaba. Esta preocupación resultó de lo más oportuna: poco me faltó para caer al tropezar con un cuerpo grueso y blando, evidentemente inanimado. Me incliné. La luna iluminaba ya de lleno el camino, y vi delante de mí un cerdo partido en dos de un sablazo… Apenas tuve tiempo de apercibirme, cuando oí ruido de pasos: dos cosacos salían corriendo de un callejón; se me acercó uno, preguntándome si había visto a un cosaco borracho que iba en persecución de un cerdo. Le contesté que no había visto al cosaco, y señalé la infeliz víctima de su intrepidez.

—¡Qué bandido! —dijo el segundo cosaco—. En cuanto se emborracha con *chijir*[55], destroza todo lo que encuentra a mano. Vamos a buscarle, Ereméich, hay que atarle, porque si no…

Se alejaron; yo proseguí mi camino con mayor cautela y, por fin, llegué sano y salvo a mi casa.

Estaba hospedado en el domicilio de un viejo *uriádnik*, a quien quería por su buen carácter y, sobre todo, por su linda hija Nastia.

Como siempre, Nastia me esperaba junto a la cancela, arrebujada en el abrigo; sus encantadores labios, azuleados por el frío nocturno, brillaban a la luz de la luna. Me sonrió al reconocerme, pero yo no estaba de humor para entretenerme con ella.

—¡Adiós, Nastia! —le dije al pasar por su lado.

Ella quiso responder algo, pero se limitó a suspirar.

Cerré tras de mí la puerta de la habitación, encendí una vela y me arrojé en la cama; pero esta vez el sueño se hizo esperar más que de costumbre. Cuando me dormí, había comenzado ya a clarear por Oriente, pero, sin duda alguna, estaba escrito en el cielo que aquella noche no dormiría tranquilo. A las cuatro de la madrugada dos puños golpearon en mi ventana. Di un salto: ¿qué podía ser?…

—¡Levántate, vístete! —me gritaron varias voces. Me vestí con celeridad y salí.

—¿Sabes lo ocurrido? —me dijeron al mismo tiempo los tres oficiales que habían llegado a buscarme; estaban pálidos como la muerte.

—¿Qué?

—Vúlich ha sido asesinado.

Me quedé estupefacto.

—¡Sí, asesinado! —repitieron—. Vamos deprisa.

—Pero ¿adónde?

—Por el camino te enterarás.

Echamos a andar. Me contaron lo sucedido, mezclándolo con observaciones respecto al extraño destino que le había salvado de una muerte cierta media hora antes de morir. Vúlich iba solo por una calle oscura; a su encuentro salió el cosaco borracho que había degollado al cerdo; tal vez habría pasado de largo y no le hubiera visto si Vúlich, de pronto, no se detiene, diciéndole: «¿A quién buscas, hombre?». «¡*A ti*!», respondió el borracho, descargando el sable sobre él y hendiéndole de un tajo desde el hombro casi hasta el corazón… Los dos cosacos que me topé, y que perseguían al asesino, llegaron en aquel instante y levantaron al herido; pero estaba ya a punto de expirar y musitó tan solo dos palabras: «¡Tenía razón!». Fui el único que comprendió la oscura significación de sus palabras: se refería a mí. Sin quererlo, predije al desdichado su destino. Mi instinto me había sido fiel: leí con certeza en sus alteradas facciones el signo del próximo fin.

El asesino se había encerrado en una casa vacía, en el extremo de la *stanitsa*. Fuimos allá. Infinidad de mujeres corrían, llorosas, en la misma dirección: de vez en cuando algún cosaco rezagado salía a la calle a todo correr, ciñéndose apresuradamente el puñal, y se adelantaba a nosotros. El alboroto era enorme.

Llegamos, por fin. Alrededor de la casa, cuyas puertas y ventanas estaban cerradas por dentro, se había congregado una muchedumbre. Los oficiales y los cosacos discutían acaloradamente entre sí. Chillaban las mujeres en medio de interjecciones y lamentos. Saltó a mi vista el rostro impresionante de una vieja, que expresaba una loca desesperación. Estaba sentada en un grueso tronco, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos: era la madre del asesino. En algunos momentos movía los labios… ¿rezando o maldiciendo?

Pero algo había que hacer para apoderarse del criminal. No obstante, nadie osaba lanzarse el primero.

Me acerqué a la ventana y miré por una rendija de los postigos. El asesino, pálido, yacía en el suelo, empuñando la pistola con la mano derecha; el sable ensangrentado descansaba a su vera. Sus expresivos ojos giraban, torvos, mirando en derredor, se estremecía de vez en cuando y se llevaba las manos a la cabeza, como si recordara confusamente lo ocurrido por la noche. No me pareció ver una gran decisión en su inquieta mirada, y le dije al mayor que lo procedente era ordenar a los cosacos echar abajo la puerta y abalanzarse dentro, porque más valía hacerlo ahora que después, cuando se recobrase del todo.

En aquel momento, un viejo *esaúl*[56] se acercó a la puerta y le llamó por su nombre, a lo cual respondió.

—Has pecado, hermano Efímich —dijo el *esaúl*—. No te queda otra cosa que entregarte.

—Pues no me entregaré —contestó el cosaco.

—¡Piensa en Dios! Tú no eres un checheno maldito, sino cristiano bueno. Y, ya que el pecado te arrastró, no tiene remedio: ¡no podrás escapar a tu sino!

—¡No me rendiré! —rugió el cosaco, amenazador. Se oyó el chasquido del gatillo al montarse.

—¡Eh, madre! —gritó el *esaúl* a la vieja—. Habla con tu hijo… quizá te obedezca… Con esas cosas no hace más que irritar a Dios. Y, además, ya lo ves: los señores llevan dos horas esperando.

La anciana le miró fijamente y movió la cabeza.

—Vasili Petróvich —dijo el *esaúl*, aproximándose al mayor—, ese no se rinde, le conozco bien; y, si echamos la puerta abajo, matará a muchos de nosotros. ¿No le parece mejor que le peguemos un tiro? En el postigo de la ventana hay una rendija ancha.

En aquel instante se me vino a la cabeza una extraña idea. A semejanza de Vúlich, quise tentar el sino.

—Espere —dije al mayor—, yo le apresaré vivo.

Ordené al *esaúl* que entretuviese hablando al criminal y coloqué junto a la puerta a tres cosacos, dispuestos a derribarla y a lanzarse en mi ayuda apenas les hiciese una señal: di la vuelta a la casa y me acerqué a la ventana fatídica: el corazón me latía acelerado.

—¡Ah, maldito! —gritaba el *esaúl*—. ¿Es que te burlas de nosotros, o qué? ¿Te crees que no podemos contigo?

Empezó a golpear la puerta con todas sus fuerzas: yo, pegado el ojo al resquicio, no perdía de vista ningún movimiento del cosaco, que no esperaba el ataque por aquel lado. De repente hundí los postigos y me arrojé cabeza abajo por la ventana. Un disparo resonó encima de mi oído, la bala me arrancó una charretera. Pero el humo que se esparció por la habitación impidió a mi enemigo encontrar el sable que tenía allí cerca. Le atenacé por los brazos; los cosacos irrumpieron en la

habitación, y antes de tres minutos el delincuente estaba ya maniatado y era conducido con escolta. Dispersose la gente. Los oficiales me felicitaron y, efectivamente, había motivo para ello.

Después de tales cosas, ¿cómo no va uno a sentirse fatalista? Pero ¿quién sabe con certeza si está convencido o no de algo?… ¡Y con cuánta frecuencia tomamos por convicción un engaño de nuestros sentidos o un error de nuestra mente!… Me gusta dudar de todo; lo cual no excluye tener un carácter decidido; por el contrario, en lo que a mí se refiere, siempre avanzo con mayor valentía cuando no sé lo que me espera. Nada puede ocurrir peor que la muerte, ¡y la muerte es inevitable!

Al volver a la fortaleza, referí a Maxim Maxímich todo lo sucedido conmigo y lo que había visto y me interesé por conocer lo que él opinaba acerca de la predestinación. Al principio no entendió el vocablo. Se lo expliqué como pude, y entonces dijo, moviendo la cabeza con aire significativo:

—Sí… efectivamente. ¡Es asunto bastante enrevesado!… Aunque, dicho sea de paso, esos gatillos asiáticos suelen fallar si están mal engrasados o si no se aprieta bien el dedo al disparar. Confieso que tampoco me gustan los fusiles circasianos: son poca cosa para nosotros… La culata es corta, y a las primeras de cambio puede uno quemarse la nariz… Pero, eso sí: tienen unos sables de padre y muy señor mío…

Después de pensarlo un poco, Maxim Maxímich añadió:

—Sí, ¡pobrecillo!… ¡El diablo le empujaría a hablar de noche con un borracho!… Pero, por lo visto, ¡ese era su sino!…

No pude sacarle nada más. En general, no es amigo de las divagaciones metafísicas.

1838-1839

MIJAÍL Y. LÉRMONTOV. (Moscú, 1814-Piatigorsk 1841). Poeta y novelista romántico, considerado como el Byron ruso. Tras cursar estudios universitarios, ingresó en la escuela militar de San Petersburgo. Influido inicialmente por Pushkin, en 1837 le dedicó la elegía La muerte del poeta, en la que culpaba a la nobleza del duelo en que este encontró la muerte, a causa de lo cual Lérmontov tuvo que exiliarse al Cáucaso. Sus obras fueron severamente censuradas por su apasionada defensa de la libertad y por sus opiniones antirreligiosas, pero también contribuyeron a suscitar el interés por el folclore del pueblo ruso. Murió en 1841 en el Cáucaso, como resultado de un duelo que le enfrentó a un compañero suyo, también oficial. A pesar de que solo contaba 26 años en el momento de morir, Lérmontov había demostrado ser un brillante escritor dotado de un enorme talento, hasta el punto de que fue aclamado como sucesor de Pushkin y depositario de la mejor tradición de la literatura rusa.

Notas

[1] Antigua medida itineraria rusa equivalente a 1,06 km. (*N. del T.*)<<

[2] Yermólov, conocido militar que mandó un cuerpo de ejército en el Cáucaso, de 1816 a 1827. (*N. del A.*)<<

[3] Bebida espirituosa de mijo. (*N. del T.*)<<

[4] En tártaro, malo. (*N. del T.*)<<

[5] *Kunak* significa amigo. (*N. del A.*)<<

[6] Aldea montañesa del Cáucaso. *(N. del* T.)<<

[7] Vivienda de los montañeses. *(N. del* T.)<<

[8] Complicados ejercicios ecuestres. (*N. del T.*)<<

[9] Diestros jinetes caucasianos. (*N. del T.*)<<

[10] En lengua osetia, bandolero. Así se denominaba durante la guerra del Cáucaso a los montañeses rebeldes. *(N. del* T.)<<

[11] Especie de caftán guateado. *(N. del* T.)<<

[12] Buen caballo, muy bueno (en tártaro en el original). (*N. del T.*)<<

[13] Nombre despectivo que daban los musulmanes a los de otra raza. *(N. del T.)*<<

[14] Por Alá, te juro. (*N. del T.*)<<

[15] No (en tártaro en el original). (*N. del T.*)<<

[16] La mejor clase de sables en el Cáucaso. *(N. del T.)*<<

[17] Ruego a los lectores que me disculpen por haber versificado la canción de Kázbich, que a mí, naturalmente, me fue transmitida en prosa; pero el hábito es una segunda naturaleza. *(N. del A.)*<<

[18] Rescate que se pagaba a los padres de la novia. *(N. del T.)*<<

[19] Velo. *(N. del T.)*<<

[20] ¡Ruso malo, malo! (en tártaro en el original). *(N. del T.)*<<

[21] En los cuentos persas, hada bienhechora. *(N. del T.)*<<

[22] Nobles del Cáucaso. Aquí, sus allegados. *(N. del T.)*<<

[23] El monte de San Cristóbal (en francés en el original). J. J. Gamba, cónsul francés en Tiflis, capital de Georgia, publicó en 1826 en París un libro de impresiones de un viaje por el Cáucaso. En dicha obra el autor llama al monte Krestóvaia «le Mont St. Christophe», sin comprender que el nombre «Krestóvaia» proviene de la palabra rusa «kriest» (cruz). El autor ironiza cuando da a Gamba el título de sabio. (*N. del T.*)<<

[24] Juego de palabras intraducible: en ruso «chort»: diablo; «chertá»; línea. *(N. del T.)*<<

[25] Monstruo del folklore ruso que, de un silbido, derribaba a un hombre. (*N. del T.)*<<

[26] Baile caucasiano. *(N. del T.)*<<

[27] Barrancos. *(N. del A.)*<<

[28] Antigua medida rusa de longitud equivalente a 2,134 m. *(N. del T.)*<<

[29] Especia de seda. *(N. del T.)*<<

[30] Se trata del flanco derecho de la línea del Cáucaso, que pasaba más allá del río Kubán y limitaba con el litoral del mar Negro. (*N. del T.)*<<

[31] Tribu circasiana. (*N. del T.)*<<

[32] Se trata de la *stanitsa* cosaca de Yekaterinográdskaia, en el Cáucaso del

Norte. Posteriormente se convirtió en la ciudad de Yekaterinodar, hoy Krasnodar. *{N. del T.)*<<

[33] Ciudad del Cáucaso, a orillas del estrecho de Kierch. *(N. del T.)*<<

[34] Suboficial de cosacos. *(N. del T.)*<<

[35] Responsable de diez isbas en las aldeas. *(N. del T.)*<<

[36] Joven Francia: nombre que se daban los jóvenes escritores románticos franceses después de la revolución de 1830. (*N. del E.)*<<

[37] Primer verso de la poesía de A. S. Pushkin, *La nube*. (*N. del T.)*<<

[38] Pechorin se refiere a los oficiales nobles, degradados y desterrados al Cáucaso con motivo de los sucesos del 14 de diciembre de 1825. Los soldados que servían en el Cáucaso usaban gorra blanca. En los botones del uniforme llevaban el número de su regimiento. (*N. del T.)*<<

[39] En la Rusia zarista, suboficial de procedencia noble. *(N. del T.)*<<

[40] De color pulga, marrón rojizo (en francés en el original). *(N. del T.)*<<

[41] A lo campesino (en francés en el original). *(N. del T.)*<<

[42] Querido, yo odio a los hombres para no despreciarlos, pues de otro modo la vida sería una farsa desagradable por demás (ídem) (en francés en el original). *(N del T.)*<<

[43] Querido, yo desprecio a las mujeres para no amarlas, pues de otro modo la vida sería un melodrama demasiado ridículo (en francés en el original). *(N. del T.)*<<

[44] Ciudad del centro de Rusia. El autor evoca las palabras de Chatski, protagonista de la famosa comedia *La desgracia de tener ingenio*, de A. S. Griboiédov. Chatski decía que en la alta sociedad «imperaba todavía una mezcla del idioma francés con el ruso de Nizhni Nóvgorod». *(N. del T.)*<<

[45] No tema usted, señora. No soy más peligroso que su caballero (en francés en el original). *(N. del T.)*<<

[46] Los *nogaitsi* eran tártaros de las estepas de Crimea. (*N. del T.)*<<

[47] ¡Es intolerable! (en francés en el original). *(N. del T.)*<<

[48] ¡Encantador, delicioso! (en francés en el original). *(N. del T.)*<<

[49] Lérmontov alude a Pável Kaverin, a quien Pushkin menciona en su novela *Eugenio Oneguin*. (*N. del E.)*<<

[50] Revista literaria de San Petersburgo donde Lérmontov publicó algunos de sus poemas. (*N. del E.*)<<

[51] Uno de los últimos grados civiles de la antigua Rusia. (*N. del T.)*<<

[52] Últimas líneas de la dedicatoria de *Eugenio Oneguin*, de Pushkin. *(N. del E.)*<<

[53] Su corazón y su fortuna (en francés en el original). *(N. del T.)*<<

[54] Según la leyenda, el día de su muerte, cuando se dirigía al Senado, Julio César tropezó y se cayó, lo que fue interpretado como un mal agüero. (TV. *del E.)*<<

[55] Clase de vino caucasiano. *(N. del T.)*<<

[56] En el ejército zarista, grado militar de las tropas cosacas, equivalente al de capitán de infantería. *(N. del T.*)<<